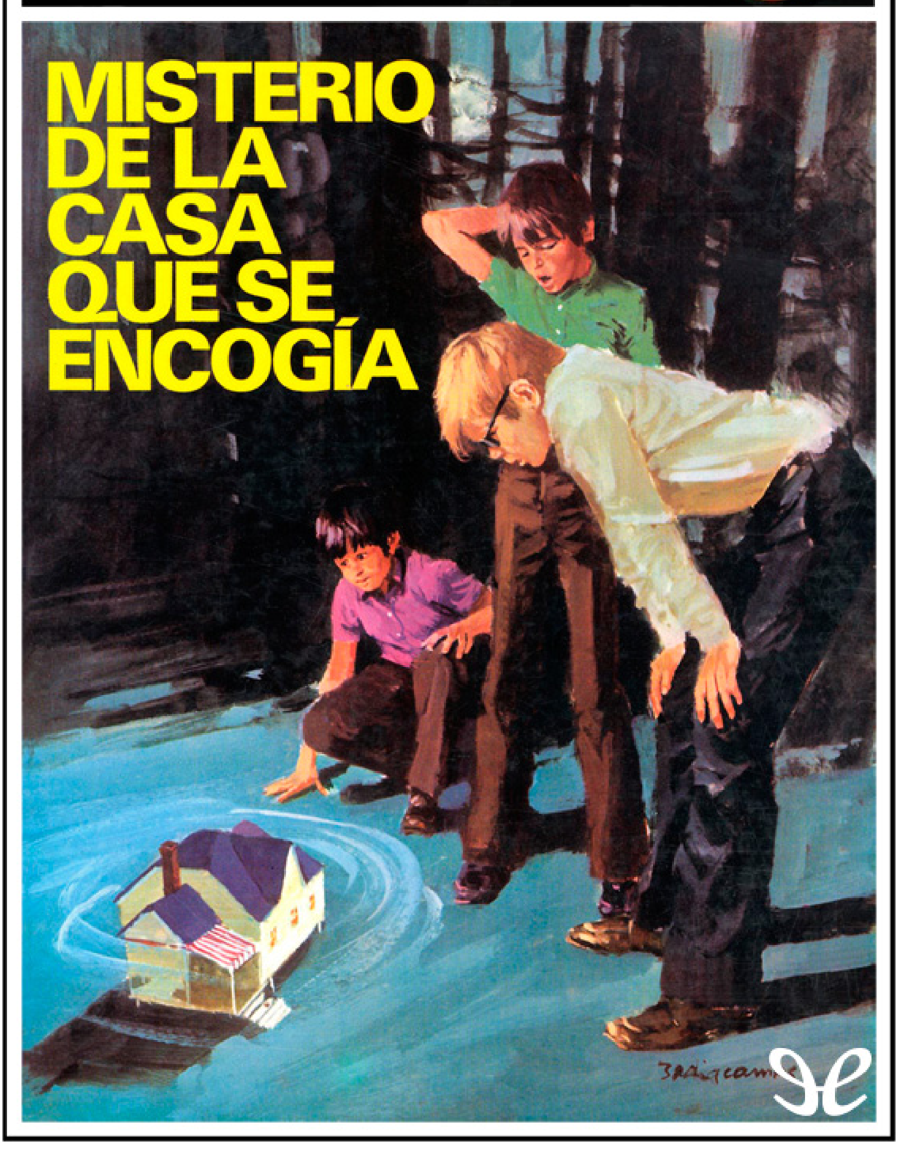
ALFRED HITCHCOCK Y LOS TRES INVESTIGADORES



La intervención del mago del suspense, como ha dado en llamársele, ya sea en cine, televisión o novela, es de por sí garantía de intriga y desenlace inesperado.

En esta ocasión Hitchcock dedica su atención a los jóvenes, ofreciéndoles una serie de novelas de acción. Los adolescentes, al leer las aventuras de Alfred Hitchcock y los Tres Investigadores se sienten incorporados al formidable equipo de Jupiter Jones, Pete Crenshaw y Bob Andrews. Junto a ellos practican métodos deductivos que agilizan sus mentes, vencen el miedo a lo desconocido, luchan por causas justas y gozan el placer de ser útiles a sus semejantes.



William Arden

(Basado en los personajes de Robert Arthur)

Misterio de la casa que se encogía

Alfred Hitchcock y Los Tres Investigadores - 18

ePub r1.1

Titivillus 19.10.16

Título original: *The mystery of the shrinking house*
William Arden, 1972
Traducción: Miguel Giménez Sales
Ilustraciones: Jack Hearne
Cubierta: Ángel Badía Camps
Retoque de portada: Titivillus

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2



Presentación de Alfred Hitchcock

Cuando conocí el trío de muchachos que se hacen llamar Los Tres Investigadores, yo tontamente prometí presentar sus casos más interesantes. ¡Poco me daba cuenta de lo prolífico que serían los muchachos! Como veras, hice todo lo posible para evitar la introducción de este caso, pero los muchachos me suplicaron. Así que voy a cumplir con mi deber, y proceder a una nueva introducción de Los Tres Investigadores.

Los miembros de esta firma de intrépidos jóvenes detectives, son Jupiter Jones, Pete Crenshaw y Bob Andrews. Los tres residen en la ciudad de Rocky Beach, California, a pocos kilómetros de Hollywood. Jupiter es el cerebro de la empresa. Pete proporciona la fuerza muscular. Y Bob, el más estudioso de los tres, es el encargado de la investigación.

Juntos, los tres muchachos son un equipo formidable. Ellos han burlado al más inteligente de los ladrones y sobrevivido a las situaciones más terribles. En su caso más reciente se les solicita para localizar las posesiones que faltan de un artista muerto. Con un cometido lo suficientemente sencillo, pero que los llevará por caminos extraños de misterio e intriga.

Ahora ya sabes lo suficiente para empezar a leer la historia… si te atreves.

Deploro la tendencia moderna de mimar a la juventud. Por lo tanto estas ahora instado a leer el libro por ti mismo para conocer el resto.

ALFRED HITCHCOCK

Capítulo 1

Una figura en negro

—¡Tío Titus! —exclamó Jupiter—. ¡Mira allí!

La camioneta del «Patio Salvaje», la chatarrería de los Jones, acababa de detenerse en el sendero de la vieja casa del Cañón Remuda, en las afueras de Rocky Beach. Jupiter y su amigo Pete Crenshaw iban sentados en la cabina de la camioneta junto al tío Titus Jones.

—¿Qué? —Se sobresaltó tío Titus—. ¿Que mire adónde, Jupiter?

—¡Allí! ¡Al lado de aquella casa!

Jupiter extendió un dedo en medio del crepúsculo. Una forma negra pareció estar casi pegada a un costado de la antigua casa del cañón.

—No veo nada, Jupiter —gruño tío Titus.

—Caramba, ni yo tampoco, Jupe —añadió Pete.

Jupiter volvió a mirar con más atención. La figura de negro había desaparecido. El instante anterior estaba como pegada a la casa, pero ahora se había desvanecido en el aire. ¿O había estado allí alguna vez?

—¡Estoy seguro de haber visto a alguien! —gritó Jupiter—. ¡Algo negro junto a la casa!

Tío Titus contempló dudosamente el enorme caserón. Los muros del cañón arrojaban unas sombras raras, esféricas, sobre la aislada casa y la pequeña casita que había muy cerca de la primera. Todo estaba quieto y en calma.

—Probablemente habrás visto una sombra, Jupe —observó tío Titus.

—Las sombras del cañón juegan malas pasadas —asintió Pete.

—No —insistió Jupiter—. Vi a alguien vestido de negro, y creo que penetró en la casa por una ventana.

Tío Titus vaciló. Sabía que su gordo sobrino poseía una gran imaginación, y no quería provocar una falsa alarma. Mas también sabía que Jupiter casi siempre tenía razón.

—Está bien, vamos allá —accedió tío Titus—. Será mejor contarle al profesor Carswell lo que has visto.

Los dos muchachos siguieron a tío Titus por un paseo muy frondoso hasta la puerta principal del caserón. Era una mansión del siglo pasado, con torreones de madera, muchos adornos y aleros, columnas que sostenían un gran porche, y una puerta muy maciza.

El individuo que contestó a la llamada era alto y delgado, con unos ojos muy hundidos. Llevaba una chaqueta de mezclilla, a pesar de estar en julio, y un grueso libro escrito en un lenguaje extranjero, bajo el brazo.

—¿El profesor Carswell? —preguntó tío Titus.

El profesor sonrió.

—Usted debe de ser el señor Jones del Patio Salvaje. Entre. Lo que tengo para vender…

—No deseo alarmarle —le Interrumpió tío Titus—, profesor, pero mi sobrino insiste en decir que vio una figura vestida de negro que trepaba por un costado de la casa hace unos instantes.

—¿Una persona trepando por un lado de la casa? —repitió el profesor desconcertado—. Chico, debes estar equivocado.

—No, señor —arguyó Jupiter—. Estoy seguro de que lo vi. ¿No posee nada de valor que pueda tentar a un ladrón?

—Temo que no, jovencito. Absolutamente nada —repuso el profesor Carswell—. Aunque, si afirmas haber visto algo, es muy posible que así sea. Sólo que no puedo imaginar que… ¡Oh, claro! Habrás visto a mi hijo entregado a uno de sus juegos. Posee un equipo de vaquero y nunca consigo convencer a Hal de que las puertas son preferibles a las ventanas para entrar en casa.

El profesor Carswell volvió a sonreír y tío Titus Inclinó la cabeza en señal de asentimiento.

—Naturalmente, esto fue. Conozco a los muchachos, sí, señor —afirmó el dueño del «Patio Salvaje».

—¿Qué edad tiene su hijo, profesor? —preguntó Jupiter.

—Es un poco más joven que tú, supongo, aunque más alto. Tan

alto como tu amiguito —añadió el profesor señalando a Pete.

—La persona que vi era mucho más mayor —replicó Jupiter con firmeza.

—¿Sí? —El profesor contempló al muchacho con escepticismo—. Bien, jovencito. Veremos si en la casa hay algún ladrón.

El profesor les condujo hacia abajo. La mayor parte de las habitaciones estaban vacías y cerradas.

—Un profesor de idiomas no puede permitirse el lujo de mantener hoy día una casa como ésta —explicó Carswell con tristeza—. Mis antepasados fueron acaudalados capitanes de barcos que trajeron aquí grandes riquezas de Oriente. Ellos edificaron esta mansión. Pero ahora ya sólo la ocupamos mi hijo y yo. Hace años, abandonó la casa un primo nuestro. Entonces cerré casi todas las habitaciones y alquilé la casita del antiguo portero, a fin de compensar los gastos.

En las estancias de abajo no hallaron nada, por lo que subieron al piso superior. Casi todas las habitaciones de aquella planta estaban vacías, y no hallaron el menor signo de un intruso. Jupiter examinó todos los cuartos.

—No hay mucho que robar —admitió.

—Pareces desanimado —observó el profesor.

—A Jupe le gustan los misterios —explicó Pete—. Pero no está seguro de que aquí se oculte un ladrón.

—El hijo del profesor Carswell no está en casa —reflexionó Jupiter—. Y yo estoy seguro de haber visto a alguien. Usted llamó a tío Titus para venderle algunos objetos con destino al «Patio Salvaje». ¿Hay algo de valor entre ellos?

—Ojalá fuese así —suspiró el viejo profesor—. Se trata solamente de lo que el pobre Cameron poseía cuando falleció en nuestra casita, hace un mes. El contenido de dos maletas y algunos de sus cuadros como pintor aficionado. El viejo Cameron era un huraño. Poseía muy pocas cosas, y los últimos meses ni siquiera pudo abonarme las rentas. Bien, espero conseguir algunos dólares de sus escasas pertenencias, gracias a tu tío.

—Los solitarios ocultan a veces tesoros valiosos —le recordó Jupiter.

El profesor Carswell sonrió.

—Pareces un detective —manifestó.

—¡Somos detectives! —exclamó Pete—. ¡Enséñaselo, Jupiter!

El aludido exhibió una tarjeta en la que habían impreso:

LOS TRES INVESTIGADORES	
"Investigamos Todo"	
? ? ?	
Primer Investigador	Jupiter Jones
Segundo Investigador	Pete Crenshaw
Tercer Investigador	Bob Andrews

—Bien, muy impresionante —concedió el profesor Carswell—. Siento que aquí no haya nada que investigar, chicos. Tú debiste ver una sombra del cañón.

Apenas había acabado de hablar el profesor, cuando se oyó un agudo grito:

—¡Socorro! ¡Socorro!

Todos se inmovilizaron. El profesor Carswell prestó atención, y palideció profundamente.

—¡Socorro! —repitió el grito en el exterior de la casa—. ¡Auxilio! ¡Papá!

—¡Es mi hijo, Hall! —exclamó el profesor—. ¡Vamos!

El profesor Carswell descendió corriendo la escalera, seguido de los muchachos y tío Titus. A la luz crepuscular del cañón, el grito volvió a resonar, agudo, lastimero, procedente de la casita situada a la izquierda del caserón.

—¡Socorro!

Capítulo 2

Jupiter tiene razón… ¡y está equivocado!

El profesor Carswell atravesó corriendo el patio en dirección a la casita, seguido por tío Titus y Pete, muy de cerca, mientras que el gordinflón de Jupiter iba más rezagado. Casi sin respirar, llegaron todos al porche de la casita y penetraron como una exhalación en el saloncito. La habitación apenas estaba amueblada y se hallaba… ¡vacía!

—¡Harold! —llamó el profesor, alarmado.

—¡Papá! —le respondió una voz aguda—. ¡Socorro!

La voz procedía del diminuto dormitorio de la vivienda. Pete y tío Titus siguieron al profesor. Vieron una cama estrecha, una silla y un escritorio enorme que estaba volcado. Un muchacho delgado se hallaba en el suelo, medio enterrado bajo el escritorio El profesor corrió hacia él.

—Estoy bien, papá —le tranquilizó Harold—. Pero no puedo salir de aquí.

El profesor, Pete y tío Titus levantaron conjuntamente la mesa y libertaron a Harold Carswell, el cual se puso de pie, quitándose el polvo de encima.

—Oí un ruido aquí, papá —explicó Hal—, y vine a investigar. Había alguien vestido de negro… y enmascarado. Cuando le chillé, empujó el escritorio hacia mí, me hizo caer debajo y él huyó.

—¡Jupiter tenía razón! —exclamó Pete—. Vio a un individuo vestido de negro… pero entonces debía salir y no entrar en la casa. Jupe…

Pete volvió la cabeza y no vio a su amigo ni en el dormitorio ni en el salón. ¡Jupiter no estaba en la casita!

—¡Jupiter Jones! —gritó tío Titus.

—Caramba —murmuró Pete—, si estaba detrás de nosotros cuando salimos del caserón. ¿Dónde estará?

El profesor Carswell volvióse hacia su hijo.

—¿Por dónde huyó el ladrón?

—Por la parte de atrás.

—¿Llevaba algún arma, Hal?

—No vi nada…

De nuevo se inmovilizaron al escuchar un grito fuera. El profesor Carswell dio media vuelta sobre sí mismo.

—¡Creo que el grito ha sonado en el barranco de atrás! ¡Tal vez haya caído alguien abajo!

—¿Es muy profundo el barranco? —preguntó nerviosamente tío Titus.

—No, pero sí lo bastante hondo para que una persona quede malherida —repuso el profesor—. Síganme.

El viejo profesor les guió rápidamente hacia la parte posterior de la casa, pasando por entre un chaparral y un robledal, en tanto las sombras del crepúsculo se iban alargando sobre el suelo. Se detuvieron todos bruscamente al borde de un precipicio estrecho, de paredes muy empinadas, de unos tres metros de profundidad. Corría a través del cañón, curvándose y perdiéndose de vista en ambas direcciones. El fondo estaba formado por rocas pesadas y árboles erosionados.

Por ninguna parte se veía a Jupiter.

—¡Mirad! —exclamó Pete de pronto.

Había una mancha oscura sobre unas rocas de la grieta, hacia la derecha. Los cuatro descendieron por la abrupta ladera, hasta llegar a las rocas indicadas. Pete tocó la mancha. Estaba húmeda.

—Sangre… —afirmó el Segundo Investigador, tragando saliva.

* * *

Cuando Pete y los demás llegaron a la casita, Jupiter se hallaba bastante rezagado. Y vio la figura ataviada de negro que corría por detrás de la casita hacia el chaparral existente detrás de la

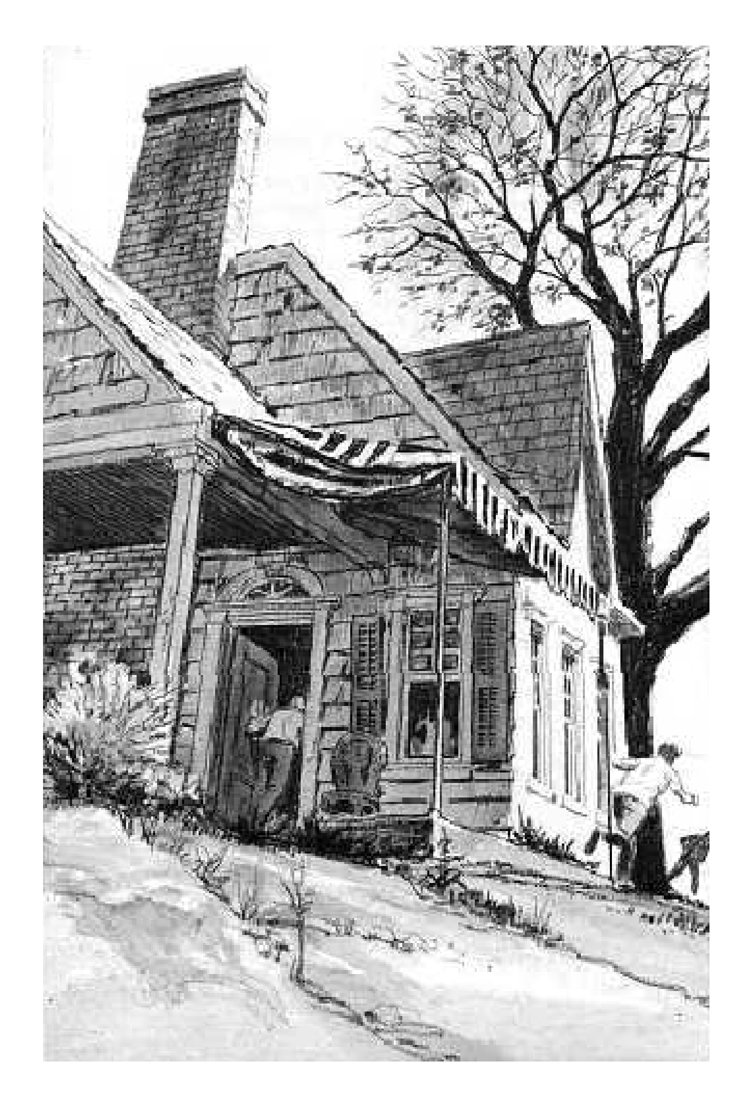
propiedad.

El Primer Investigador comprendió que nadie más había visto al fugitivo intruso. Con toda seguridad, aquel hombre lograría escapar si Jupiter perdía algún tiempo advirtiendo a los que ya estaban dentro de la casita. Por tanto, sólo vaciló una fracción de segundo, y echó a correr en persecución del fugitivo.

Jupiter no consiguió ver con detalle a aquel individuo antes de que penetrase entre las sombras de los gruesos y frondosos robles. Jadeando, el Primer Investigador llegó a la espesa maleza… y entonces oyó el grito hacia el frente. Hubo un ruido como de maleza rota, luego, el rumor de algo que resbala y cae, y por fin un golpe sordo y un chillido.

Jupiter se acercó, por entre el espeso chaparral, hasta el borde del barranco. Entre la penumbra del fondo del precipicio, la figura ataviada de negro se incorporó y comenzó a avanzar hacia la derecha, por el fondo del barranco. El hombre arrastraba la pierna izquierda.

Jupiter empezó a descender y, en el fondo del barranco, halló sangre en algunas rocas. El rastro de sangre iba hacia la derecha. Jupiter siguió el rastro con toda cautela. El barranco era un lugar perfecto para una emboscada si el intruso sabía que era perseguido.



Al frente se oyó una portezuela de coche al cerrarse y un motor al ponerse en marcha. Jupiter echó a correr. Poco después, el barranco surgía al cañón principal, que rodeaba la propiedad de los Carswell antes de tomar la dirección de Rocky Beach. Cuando Jupiter llegó allí, las luces traseras del coche se desvanecían ya en dirección a la ciudad.

* * *

Pete todavía se hallaba contemplando las manchas de sangre en las rocas, en el fondo del barranco, cuando oyó que llegaba alguien. Tío Titus también lo oyó.

—¡Agáchate, Pete! —Le avisó—. Alguien viene. ¡Todos abajo!

Todos se agazaparon en las sombras, dispuestos a saltar sobre el intruso.

Fue Jupiter quien apareció por el recodo del precipicio.

—¡Jupe! —preguntó Pete—. ¿Qué ha sucedido?

—Perseguí a ese individuo —explicó el muchacho—, pero lo he perdido.

—¡Jupiter Jones! —estalló tío Titus—. ¡Nunca debiste emprender solo la persecución de un ladrón!

—No trataba de capturarlo —replicó Jupe—. Sólo le seguí para verle la cara. Pero estaba muy oscuro y tenía un coche aguardándole.

El profesor Carswell meneó la cabeza.

—No entiendo qué buscaba. Supongo que se equivocó de casa. En las residencias de esos cañones vecinos vive gente acaudalada, y ese tipo debió confundirse de mansión. Bien, creo que será mejor que hablemos de negocios, señor Jones.

Todos regresaron a la casita. El profesor encendió las luces y sacó dos maletas de piel del armario del dormitorio. En una había ropas: un traje pasado de moda, otro de franela gris, varias camisas, corbatas y calcetines. En la otra, había varias pinturas, un búho disecado, una estatuilla de Venus, unos prismáticos y una caja con cubiertos de plata.

—El viejo Joshua era maniático, y sólo llevaba corrientemente un suéter y unos pantalones viejos —explicó el profesor Carswell—. Pero yo me di cuenta de que era muy educado, y siempre usaba cubiertos de plata cuando comía. Sin embargo, en los siete meses que vivió aquí, todo lo que hizo fue sentarse en el jardín, en nuestra silla de lona, y bosquejar cuadros. De noche, siempre pintaba. ¿Lo ven?

El profesor apartó una lona que cubría un montón en un rincón, dejando al descubierto veinte cuadros. Todos ellos eran pinturas de la casita del jardín. En unos, se veía la casita en primer plano, mientras en otros estaba tan lejos que apenas se distinguía el porche con sus remiendos.

—No están mal —opinó tío Titus.

Sus ojillos relucieron al examinar el contenido de las dos maletas, ante los cubiertos de plata y las pinturas. A tío Titus le encantaba comprar cosas que pudiera vender en su «Patio Salvaje». Su esposa, tía Mathilda, frecuentemente se quejaba de los objetos sin valor que su marido adquiría. Pero tío Titus estaba firmemente convencido de que todo tenía su comprador. Y usualmente estaba en lo cierto.

—¿Vende todo esto? —preguntó.

—Sí. El viejo me debía al morir varios meses —repuso el profesor Carswell—. A veces, recibía algún dinero de Europa, y anoté la dirección para escribir a mi vez allá, mas no he obtenido ninguna respuesta. Nadie ha venido a verme, ni a pagarme la deuda, y yo necesito dinero.

Mientras tío Titus y el profesor discutían el precio, Jupiter comenzó a examinar los bienes del difunto Joshua Cameron con profundo desaliento. No había nada verdaderamente valioso.

—¿Qué le ocurrió al señor Cameron, Hal? —preguntó luego.

—Se puso enfermo —explicó el muchacho—. Yo traté de ayudarle, pero el hombre deliraba por la fiebre. Y sólo balbuceaba algo referente a telas y zigzag. Vino el médico y pretendió llevárselo a un hospital, pero el señor Cameron murió antes de poder ser trasladado. Era muy viejo y estaba muy enfermo.

—Bueno —intervino Pete—, aquí no hay nada que pueda tentar a un ladrón, Jupe. Supongo que ese fulano se habrá equivocado de sitio.

Jupiter asintió tristemente. Luego, procedieron a cargar los bienes del difunto Cameron en la camioneta de los Jones y se encaminaron hacia el «Patio Salvaje», pasando por el sinuoso cañón. Al llegar delante de la boca del barranco, Jupiter frunció el ceño.

—Los ladrones no suelen equivocarse de casa —musitó pensativamente el obeso Primer Investigador.

—Bueno, supongo que ya nunca sabremos qué buscaba aquel ladrón —rezongó Pete.

—Supongo que no —suspiró Jupiter.

Pero los dos muchachos estaban equivocados.

Capítulo 3

Llega un Cliente

Era por la tarde y una semana después, Jupiter y el tercer miembro de Los Tres Investigadores, Bob Andrews, estaban trabajando en el «Patio Salvaje», la chatarrería de los Jones. Fue Bob el que primero vio llegar el «Mercedes» largo y amarillo, que penetró en el «Patio» y se detuvo delante del despachito.

Del deslumbrante automóvil saltó al suelo un caballero elegante y no muy alto. Su pelo gris parecía brillar bajo el sol del atardecer como plata. Llevaba un traje blanco de verano y un chaleco de seda azul. Empuñaba un bastón negro y algo relucía en su mano. Vaciló un instante y dirigió la mirada hacia los muchachos. Luego, penetró resueltamente en el despacho.

Los dos chicos contemplaron estupefactos al elegante hombrecito. Luego, Jupiter pareció volver en sí de un sueño.

—Lo había olvidado… Tenemos que vigilar el despacho de tío Titus. ¡Vamos!

Los dos amigos corrieron hacia allí. Cuando llegaron junto al «Mercedes» amarillo, se abrió la portezuela posterior y del coche emergió una dama de elevada estatura y cabello gris. Lucía un vestido de seda blanco y un broche de diamantes. Contempló a los muchachos con mirada regia.

—Deseo hablar con el señor Titus Jones —dijo—. ¿Está aquí?

—Mi tío me ha dejado a cargo del «Patio Salvaje», señora —repuso Jupiter serenamente, sin bajar los ojos ante aquella dama de aspecto soberano.

—¿De veras? ¿Y puede una persona tan joven como tú asumir este cargo?

—Creo que sí, señora —afirmó Jupiter con decisión.

—Bien —sonrió la dama—, me gusta la confianza, jovencito.

—Además —añadió Bob, sonriendo a su vez—, no recibimos a ningún cliente después de las cinco.

La dama se echó a reír.

—También me gusta la honestidad. Ahora tenéis una cliente ante vosotros. El señor Marechal, mi encargado de negocios, está ya en vuestra oficina. Sugiero que nos reunamos con él.

Cuando los dos amigos siguieron a la bella dama al interior de la oficina, observaron que el caballero del pelo plateado se apartaba bruscamente del escritorio de tío Titus. Jupiter se fijó en que el libro registro de compras de su tío se hallaba encima de la mesa, fuera de su sitio habitual.

—Armando —dijo la imperiosa dama—, por lo visto estos muchachos están a cargo del negocio.

—¿De veras? —El caballero saludó cortésmente a los dos investigadores, los cuales observaron que lo que tanto relucía en su mano era el puño de plata del bastón—. Entonces, hablemos de negocios. La Condesa desea recuperar los bienes dejados por el difunto Joshua Cameron, y que el profesor Carswell les vendió a ustedes. Naturalmente abonaremos un precio conveniente por las molestias.

—¿Había algo valioso entre aquellas cosas? —preguntó Jupiter ávidamente.

—No, se trata sólo de un valor sentimental —contestó la dama.

—La Condesa es hermana de Joshua Cameron —informó el caballero.

—¿Es usted realmente una Condesa? —se admiró Bob.

—Sí, porque mi difunto esposo era Conde —sonrió la dama—, pero mi apellido de soltera era Cameron. Soy la hermana menor del pobre Joshua. Mi hermano era muy excéntrico y le gustaba vivir como un recluso, y como yo tengo veinte años menos que él, no nos tratábamos demasiado. Sin embargo, me apenas saber que murió en un sitio extraño.

—Bueno, chicos —intervino el señor Marechal—, hemos estado en África hasta hace unos días, y por eso hemos tardado tanto en recibir una carta del profesor Carswell contándonos la trágica muerte de Joshua. Entonces, cogimos el primer avión para América,

mas por desgracia el profesor ya había vendido todo lo de Joshua. Nosotros ahora pagaremos el doble por conservar los recuerdos del pobre Joshua.

—Claro está, señora Condesa —asintió Bob—. Nosotros se lo traeremos todo.

Los muchachos cogieron el libro de compras y salieron al «Patio». Jupiter comenzó a buscar las dos maletas, las ropas y los cubiertos. Bob trató de localizar el búho disecado, la estatua de Venus y los prismáticos. Los dos fueron a preguntar a Hans y Konrad, los hermanos bávaros que trabajaban en el «Patio», respecto a los veinte cuadros. Quince minutos después, los muchachos regresaron a la oficina con aspecto desolado.

—Lo siento —se disculpó Jupiter tristemente—. Por lo visto, ya lo hemos vendido todo, excepto las ropas.

—Podéis quedároslas —gruñó Marechal—. ¿No habéis hallado nada más? ¿Ni siquiera sus cuadros?

—Es muy raro —observó Jupiter—. No vendemos muchos cuadros, pero éstos han desaparecido todos.

—¿Y dónde están? ¿Quién los tiene? —inquirió Marechal. Jupiter meneó la cabeza.

—Llevamos un archivo de todo lo que compramos, señor Marechal, pero no de nuestros clientes. Aquí vienen muchas personas que adquieren un solo objeto, y como vendemos de todo… Konrad, uno de nuestros ayudantes, cree que le vendimos todos los cuadros al mismo individuo, mas no recuerda quién era. Oh, ninguno de nosotros se acuerda de todos los compradores.

—Es una verdadera lástima, chicos —murmuró la Condesa.

—¿No podríais localizar todo lo vendido? —preguntó Marechal.

Los ojos de Jupiter se animaron.

—Bien, tal vez podríamos buscarlo… si…

Jupiter vaciló y la Condesa frunció el ceño.

—Sí, ¿qué? —le alentó la dama—. Vamos, habla.

Jupiter trató de erguirse todo lo posible para darse importancia.

—Si ustedes desean contratarnos. Bob y yo, y nuestro amigo Pete, somos investigadores. Vean nuestra tarjeta.



El gordo jefe de Los Tres investigadores entregó una tarjeta, junto con una carta en que se leía:

> *Certifico que el portador de la presente es Comisario Ayudante Voluntario, en colaboración con la fuerza de policía de Rocky Beach. Agradeceremos toda la ayuda que puedan prestarle.*
>
> *Firmado, Samuel Reynolds*

La Condesa sonrió.

—Esto es muy impresionante, chicos, pero…

—Perdone, Condesa —la interrumpió Marechal. Luego se volvió hacia los muchachos—. Nosotros somos extranjeros aquí —prosiguió—. Vosotros, en cambio, conocéis esta región y sabréis dónde buscar. Además, el comprador se sentirá más dispuesto a devolver todo lo de Joshua a vosotros que a nosotros —hizo una pausa y volvióse a la Condesa—. Parecen muy inteligentes. ¿Por qué no les contratamos?

La Condesa consideró la proposición.

—Muy bien. Armando, tal vez tengas razón. Me gustaría mucho recuperar esos recuerdos de familia y los últimos cuadros del pobre Joshua.

—Nosotros lo encontraremos todo, señora —prometieron los dos muchachos al unísono.

—Bien —aprobó Marechal—. Nosotros estamos en el club House Motel, junto a la costa. Permaneceremos allí una semana. Después, la Condesa ha de regresar a Europa. Buena suerte, amiguitos.

La Condesa y Marechal fueron hacia el «Mercedes», subieron a él y se alejaron del «Patio Salvaje».

—Jupe —exclamó Bob, tan pronto como el coche hubo desaparecido—. ¿Cómo conseguiremos…?

El archivero del trío calló en medio de la frase. Jupiter estaba mirando un auto azul que pasaba por delante de la portalada del «Patio Salvaje» y se desvaneció calle abajo, detrás del «Mercedes».

—Es curioso… —musitó Jupiter.

—¿Qué? —inquirió Bob.

—Ese coche azul ha arrancado tan pronto ha salido de aquí el «Mercedes». Debía estar parado en la calle.

—¿Y qué?

—Muy pocas personas se estacionan ahí, a menos que vengan a nuestro «Patio»… y en la última media hora no hemos tenido más clientes que la Condesa y el señor Marechal.

—Piensas que el coche azul estaba siguiendo a…

Antes de que Bob pudiera terminar de exponer su pensamiento, penetró en el «Patio» un chico montado en bicicleta. Era el flacucho

y moreno hijo del profesor Carswell.

—¡Eh, chicos! —gritó el recién llegado—. ¿Ha estado aquí la Condesa?

—Acaba de marcharse, Hal —repuso Bob.

—¿Le habéis devuelto las cosas del señor Cameron?

—Ya las habíamos vendido casi todas —replicó Jupe—. Pero creo que las localizaremos pronto.

—Oh, vaya alivio… —suspiró Hal—. La Condesa y el señor Marechal estuvieron esta tarde en casa. Cuando papá les manifestó que os había vendido a vosotros todo lo del señor Cameron, la Condesa se enfadó mucho, alegando que hubiésemos debido esperar su respuesta a nuestra carta. El señor Marechal la calmó, diciéndole que nosotros no sabíamos que el viejo Joshua tuviese una hermana. Pero yo sé que papá estaba preocupado. Quizá no hubiésemos tenido que vender nada. Estoy seguro de que la Condesa nos buscará algún problema si no recupera todo lo de su hermano.

—Dime, Hal —le interrumpió Jupe—. Cuando la Condesa y el señor Marechal estuvieron en vuestra casa, ¿os fijasteis si cerca de allí había un coche azul?

—¿Un coche azul? —repitió Hal, pensativo—. ¡Ah, si, había uno! Tan pronto como la Condesa se marchó en el «Mercedes», salió un coche azul del cañón. Me acuerdo porque era un coche desconocido para nosotros. Por allí hay muy poco tráfico, como sabéis, ya que nuestra calle es en realidad un callejón sin salida y usualmente sólo pasan por él los vecinos. Bueno, ¿de qué se trata?

—Se trata de que acabamos de ver que un coche azul seguía al «Mercedes» de la Condesa —explicó Bob.

—¿Quieres decir que alguien la espía?

—Aparentemente, sí —afirmó Jupiter—. Primero —añadió, reflexionando en voz alta—, un ladrón penetra en vuestra casa, Hal. Ahora, alguien espía a la Condesa y al señor Marechal. En ambos casos, están en juego las pertenencias del difunto señor Cameron. Amigos, en todo esto hay algo muy raro.

—¿Crees que el viejo Joshua poseía algo de mucho valor? —preguntó Bob.

—Aún no lo sé, Bob. Primero, tenemos que recuperar todas las cosas de la persona que las adquirió.

—¿De la persona que las adquirió? —repitió Hal, estupefacto—.

¿Es que no sabéis quién fue?

—No tenemos la menor idea —asintió Jupiter.

—Entonces —quiso saber Hal—, ¿cómo las recuperaréis?

—Creo que ya lo sé —dijo Bob.

—Sí —agregó Jupe—, utilizaremos la «Cadena Fantasma».

Capítulo 4

El error de Jupiter

—¿La «Cadena Fantasma»? —se extrañó Hal—. ¡Pero si los fantasmas no existen!

—Algunos científicos no estén tan seguros —replicó Jupiter—. Claro que, en realidad, los fantasmas no tienen nada que ver con nuestro sistema.

—Pero los mayores sí creen que son los fantasmas los que nos ayudan —añadió Bob, riendo.

Unos instantes después, tío Titus llegó al «Patio Salvaje» conduciendo la camioneta, y Jupe y Bob estuvieron libres hasta después de cenar. Junto con Hal, los dos muchachos se deslizaron al puesto de mando de Los Tres Investigadores, que era un viejo remolque estropeado y escondido bajo un enorme montón de chatarra, a un lado del «Patio Salvaje». La entrada principal era un tubo ondulado, al que llamaban túnel dos, que por debajo de la chatarra llevaba a una trampilla que se habría en el suelo del remolque. Arrastrándose por el tubo, los muchachos surgieron a una estancia llena de aparatos y utensilios: una mesa escritorio, sillas, archivadores, un teléfono privado y varios artilugios que Jupiter había inventado para facilitar la labor de Los Tres Investigadores. Contiguos a la oficina general había un laboratorio y un cuarto oscuro para revelar fotografías.

Hal admiró el conjunto, mas, rápidamente volvió a referirse al tema que les mantenía ocupados.

—¿Cómo podréis encontrar las cosas del señor Cameron —quiso saber—, si no sabéis quién se las quedó?

—¿Cuántos amigos tienes, Hal? —Fue la sorprendente pregunta

de Jupiter.

—¿Yo? Bueno… por lo menos cinco íntimos. ¿Por qué?

Jupiter le explicó que tenía que llamar a sus amigos y entregarles a cada uno una lista de los objetos que deseaban recuperar. Luego, cada amigo llamaría igualmente a otros cinco amigos, que a su vez llamarían a cinco más… y así sucesivamente. Jupiter, Bob y Pete harían lo mismo.

—Dentro de unas horas, todos los chicos de Rocky Beach estarán buscando esos objetos. Tal vez incluso los chicos de Los Ángeles u Oxnard.

—¡Cáspita! —exclamó Hal, maravillado. Mentalmente sumó los miles de muchachos que podían ocuparse de la búsqueda—. ¡Podéis poneros en contacto con todo el mundo!

—Bueno —admitió Jupiter—, todavía no hemos intentado nunca ponernos en contacto con el mundo entero, mas si solucionásemos el problema de los idiomas, seguramente nos ayudaría mucho en nuestras investigaciones.

—¿Cuándo obtendréis los resultados? —se interesó Hal—. Yo he de ir a casa a cenar, y papá me lleva esta noche a Los Ángeles.

—No será antes de mañana —decidió Jupiter—. Los chicos empezarán a buscar después de cenar, cuando casi todo el mundo está en casa. Nuestro mensaje llevará una lista de lo que queremos, lo que pagaremos y dónde hay que llevarlo todo. También especificaremos que los chicos han de llamarnos antes y describir los objetos encontrados. De este modo, podremos rechazar las cosas que no eran del señor Cameron, y los chicos no nos marearán aquí.

—Tendremos que ofrecer una recompensa —intervino Bob.

—Hum… —refunfuñó Jupiter—. Bien, a todo el que traiga uno de los objetos deseados podrá elegir alguna cosa del «Patio», que no valga más de un dólar. Y, naturalmente, pagaremos el valor de lo adquirido.

Entre los tres compusieron el mensaje con la lista de objetos, y Jupiter llamó a Pete para comunicarle lo que iban a hacer. Luego, los tres amigos se fueron a sus respectivos domicilios a cenar. A las ocho de aquella noche, todos los muchachos y muchachas de Rocky Beach buscaban los objetos que en vida pertenecieron al difunto señor Cameron.

* * *

A las nueve de la mañana siguiente, Los Tres Investigadores estaban ya reunidos en el puesto de mando, aguardando los resultados de la «Cadena Fantasma». Miraban el teléfono con expectación.

—Habrá muchas llamadas equivocadas —indicó Jupiter—, pero telefoneando los chicos, nosotros no perderemos tanto tiempo.

Jupiter estaba orgulloso de su plan y su previsión, mas hacia las diez todo pareció salir mal. El teléfono del puesto de mando no había sonado ni una sola vez. La confianza de Jupiter empezó a desvanecerse, y Pete estaba enfurruñado.

Jupiter se tironeó del labio.

—Ya debía haber llamado alguien…

Hubo una súbita llamada en la trampilla del túnel dos. Los muchachos se miraron entre si inquisitivamente. Por fin, Bob se levantó y abrió la trampilla. Hal Carswell penetró en el remolque. —Caramba, chicos, ¿por qué estáis aquí? —preguntó el hijo del profesor—. ¡El «Patio Salvaje» está lleno de chicos que preguntan por vosotros!

—En el «Patio» —tartamudeé Jupe—. Si les dijimos…

—Oh, Jupe —le interrumpió Pete—, estaba tratando de recordar… En el mensaje decíamos que debían llamarnos por teléfono, mas nos olvidamos de poner nuestro número.

—¡Cáscaras, pues es verdad! —reconoció Bob.

—¿El número del teléfono? —repitió Hal.

Jupiter enrojeció y repasó minuciosamente el original del mensaje redactado la noche anterior con destino a la «Cadena Fantasma».

—Yo… oh, sí, creo que me olvidé de ponerlo —confesó después —. Bien, será mejor salir al «Patio».

—¿Está tío Titus ahí fuera? —indagó Pete.

—Sólo he visto a esos forzudos ayudantes vuestros —respondió Hal—. Están rodeados de chicos.

—Yo no quiero salir —decidió Pete, atemorizado.

Jupiter respiró hondamente.

—Temo que tendremos que salir todos.

Salieron al escenario de aquel caos.

—¡Oh, no…! —gruñó Pete.

—¡Vaya! —se admiró Hal—. Todavía siguen llegando más.

Jupiter se limitó a mirar el panorama del «Patio».

Los chicos y las chicas de todas las edades se movían alborotadamente por todo el «Patio». Gritaban, corrían, y algunos trepaban a las pilas de chatarra. Había más de cien, y parecían hormigas. Giraban alocadamente alrededor de Hans y Konrad, mostrándoles los objetos conseguidos gracias a la «Cadena Fantasma». La mayoría de ellos iban montados en bicicletas, motocicletas y otros vehículos personales, y otros a pie.

—¡No sé qué queréis! —chillaba Hans.

—¡Nosotros no os hemos pedido que vinierais! —Le apoyaba Konrad.

De repente, algunos de aquellos chicos vieron a Jupiter y sus amigos.

—¡Allí! ¡Allí están! —vocearon todos a la vez.

En medio segundo, toda la horda se abalanzó hacia Los Tres Investigadores y Hal. Jupiter palideció. De niño, había sido una estrella de cine infantil, con el nombre de Bebé Fatty, y desde que en sus tiempos de triunfo se había visto aclamado por las multitudes, odiaba aquel alboroto.

—¿Qué hacemos, Jupe? —preguntó Bob.

—Yo… yo… —tartamudeó el aludido.

—¡Echemos a correr! —propuso el asustado Pete.

De pronto, Hal Carswell se subió encima de un depósito de gasolina. Por encima del griterío de los demás, Hal comenzó a chillar un extraño lenguaje y a agitar los brazos imperiosamente. Confusos y asombrados, todos los chicos vacilaron y le miraron con incertidumbre.

—De prisa, Jupe —le urgió Pete—, ¿qué podemos darles a todos como recompensa? ¡De prisa!

—¿Darles…? —balbuceó Jupe—. Bueno… tenemos un barril lleno de botones de una antigua campaña política. Tal vez…

—¡Eh! —gritó Pete—. ¡sostened vuestros sombreros!

Luego, Pete pasó por entre los grupos de chicos y chicas, cada cual con algún objeto que vender.

—¡Está bien! —gritó—. ¡Un valioso botón de campaña política para cada uno! ¡Y nadie lo tendrá igual! El que quiera uno, que se ponga en fila ante nosotros. ¡Formad cinco filas, vamos! La primera

a la izquierda con las maletas. La siguiente con los búhos disecados y las estatuas. La tercera con los prismáticos. La cuarta con los cubiertos de plata. La última con los cuadros. Sin empujar… que a todo el mundo le llegará el turno. Uno de nosotros se situará delante de cada fila e irá examinando todos los objetos presentados. Vamos… ¡a formar!

Los chicos, incluso los adolescentes, se apresuraron a formar filas. Habían comprendido que era el modo más sencillo de acabar con aquel caos.

—Buen trabajo, Pete —alabó Jupiter.

—Gracias a Hal, que los ha hecho callar —replicó el muchacho —. Uno de nosotros examinará las filas, y Hal irá entregando los botones.

Uno de los Investigadores comenzó a inspeccionar rápidamente los objetos de cada fila, a medida que los muchachos iban pasando. Todos aquellos que llevaban un objeto equivocado, eran enviados a Hal para recoger el correspondiente emblema. Al cabo de una hora, el «Patio Salvaje» estaba casi vacío… y los muchachos tenían ya el búho disecado, las dos maletas, los prismáticos y los cubiertos de plata.

—Una niña me dio la dirección del sitio donde está la estatua de Venus —indicó Bob—, pero la señora que la compró no quiere devolverla. De todos modos, le di a la niña todo el premio ofrecido.

—Bob —ordenó Jupiter—, mira si puedes recuperar la estatua. Tú, Pete —añadió—, llama al señor Marechal y a la Condesa al Cliff House Motel y cuéntale lo que hemos conseguido.

Los dos investigadores se apresuraron a obedecer.

—Buena labor, Jupiter —alabó Hal Carswell, contemplando los objetos recobrados—. Lástima que no hayamos encontrado ninguno de los cuadros.

—Temo que los comprara alguien de otra población… — Comenzó a decir Jupiter. De pronto calló.

Estaba mirando un coche muy brillante que acababa de entrar en el «Patio Salvaje».

Del vehículo saltó al suelo un joven flacucho y alto, no mucho mayor que el trío de investigadores. Se puso a mirar malévolamente a Jupiter… ¡y bajo el brazo llevaba un cuadro!

Capítulo 5

Un viejo enemigo

—¿Es acaso éste uno de los cuadros que buscas, Jones? —preguntó el recién llegado.

—¡Skinny Norris! —exclamó Jupiter—. ¿Qué haces aquí?

E. Skinny Norris miró heladamente a Jupiter. El joven odiaba cordialmente el trío de investigadores, y a causa de los celos que sentía había intentado estropearles todos los asuntos desde que los conoció. Aunque no era mucho mayor que ellos, Skinny poseía licencia de conducir porque su padre era residente legal de otro Estado. Y esto le hacía considerarse superior a Los Tres Investigadores.

—No importa —replicó Skinny—. Dime solamente si se trata de uno de los cuadros que buscas.

Jupiter y Hal reconocieron la pintura como perteneciente a las últimas obras de Joshua Cameron. Hal iba a abrir la boca cuando se le adelantó Jupiter.

—No estoy seguro, Skinny. ¿Dónde lo encontraste?

—Eso es asunto mío —gruñó Skinny.

—Nosotros tenemos que estar seguros de que tienes derecho a venderlo —observó Hal.

Skinny palideció.

—¿Qué quieres decir? —preguntó.

—Yo sé que tú no lo compraste aquí —remachó Jupiter.

—¡Tal vez lo has robado! —declaró Hal.

—¡No! —protestó Skinny, estrechando los ojos—. Ya. De modo que se trata de uno de los cuadros… Ya me lo parecía.

—Sí —admitió Jupe—. Te lo compraremos, Skinny.

—No, no quiero venderlo por ahora —rechazó el muchacho la oferta, retrocediendo rápidamente hacia el auto.

Antes de que los otros pudieran detenerle, Skinny había desaparecido con su coche del «Patio Salvaje»…

Pete llegó corriendo de la oficina.

—¿Qué quería Skinny? —indagó.

—¡Tiene uno de los cuadros de Joshua Cameron! —gritó Hal.

—Mas de pronto no ha querido venderlo —añadió Jupiter.

—Oh… —murmuró Pete, aturdido—. Y ahora vendrá el señor Marechal…

Mientras los muchachos aguardaban la llegada de Marechal, Bob volvió de la casa adonde había ido intentando recuperar la estatua de Venus.

—Aquella señora no quiere vender la estatua —anuncio, desolado. Esto y la pérdida del cuadro empañaba terriblemente el éxito de la «Cadena Fantasma». Mas cuando llegó el señor Marechal en busca de los cinco objetos encontrados, sonrió alborozado.

—¡Chicos, sois unos detectives estupendos! Os felicito.

—Pero no hemos conseguido la estatua —replicó Bob—. La tiene una tal señora Leary, de la calle Rojas, 22, y no quiere devolverla. Jupiter explicó el incidente ocurrido con Skinny y el cuadro.

—Bueno, ya tengo una dirección —se conformó Marechal—. Hablaré con la señora Leary en persona. En cuanto a ese chico Norris… ¿vive en Rocky Beach? Se trata de una familia muy conocida, ¿verdad?

—Oh, sí —asintió Pete—. Tienen una mansión inmensa en la playa.

—Entonces, estoy seguro de que vosotros hallaréis la manera de recobrar ese cuadro, ¿eh? Incluso una de las últimas obras del difunto Joshua le complacería mucho a la Condesa. Bien, os daré una recompensa de tres dólares por cada objeto, más el coste de la compra. Lo cual hace quince dólares por vuestro servicio. ¿Está bien?

—¡Oh, sí, señor! —exclamaron a la vez Los Tres Investigadores.

—Bueno —sonrió Marechal—. Ahora, espero que con los cuadros obtengáis el mismo éxito.

Jupiter redactó un recibo para el señor Marechal, mientras los demás llevaban los objetos recobrados al «Mercedes». Tras un ligero

saludo, Marechal volvió al coche, jugueteando con su bastón de puño de plata, y Hal se marchó a su casa para informarle a su padre sobre lo sucedido aquella mañana.

Después de almorzar, Los Tres Investigadores volvieron a reunirse en el puesto de mando. Jupiter sentóse a la mesa con aspecto pensativo.

—Amigos —comentó el Primer Investigador—, no creo que Skinny quiera vendernos el cuadro, al menos por ahora. Sólo quería que se lo identificásemos.

—¿Por qué, Jupe? —inquirió Bob.

—No lo sé, Archivos. Posiblemente, porque sabe dónde están los otros, y quería asegurarse de que todos son los buscados antes de cogerlos para vendérnoslos. O posiblemente, porque trabaja para alguien que no sabe cómo son los cuadros del difunto Cameron. Tal vez trabaja para la persona que conduce aquel coche azul.

—¿Quién puede ser? —murmuró Pete.

—No lo sé —confesó Jupiter—. Pero hemos de intentar encontrar los veinte cuadros para el señor Marechal, y sólo podemos lograrlo a través de Skinny.

—Tal vez quiera más dinero —sugirió Bob.

—Sí, sería muy propio de él —admitió Pete—. Vamos a llamarle. Jupiter marcó el número, y puso en funcionamiento el altavoz que había construido para acoplar al teléfono, a fin de que sus amigos pudieran escuchar también las conversaciones telefónicas. Un instante después, la voz de Skinny Norris resonó en el remolque. —Deja de molestarme, Bebé Fatty. He de reintegrarme a mi nuevo empleo.

—Skinny, te pagaremos el doble de lo que cobramos por el cuadro —ofreció Jupiter.

—¿Qué cuadro? —se burlé Skinny.

—¡Ya sabes de cuál se trata, bribón! —estalló Pete.

—Vosotros debéis estar soñando, tontuelos —rió Skinny.

Hubo un chasquido y resonó el tono del teléfono. Skinny acababa de colgar.

Los Tres Investigadores se miraron desconcertados.

—Podemos vigilarle, Primero —apuntó Pete—, y seguirle por todas partes.

Jupiter suspiró.

—Tiene coche, Segundo. Y nosotros sólo bicicletas. Tío Titus nos dejaría ir en la camioneta con Hans o Konrad si supiésemos adónde hemos de ir, pero no lo sabemos. No tenemos idea de dónde consiguió Skinny el cuadro.

—Podemos colocar nuestra baliza emisora en su auto —sugirió Bob—. Dijo que tiene un empleo… tal vez allí encontró el cuadro. Sus padres no le permitirían trabajar muy lejos. Podríamos apostarnos cerca de su casa con nuestras bicicletas, y tal vez uno de nosotros estará lo bastante cerca para seguirle con el radiogoniómetro.

—Bueno —reconoció Jupiter—, creo que vale la pena intentarlo. Trataremos de hablar una vez con él en su casa, y si fracasamos, usaremos la baliza…

El sonido distante de una voz hizo que Jupiter callara. Alguien le llamaba por su nombre. Pete se acercó al «Todolové». Era un periscopio burdo aunque muy eficaz, que Jupiter había ideado para poder mirar desde el puesto de mando hacia el «Patio». Pete aplicó el ojo al cristal.

—Es tía Mathilda —anunció—. Y hay un hombre con ella. ¡Oh, parece muy enfadada!

—¿Quién es el hombre, Pete? —preguntó Jupiter.

—No le conozco. Bajo y recio… con un traje oscuro y sombrero, y… ¡Jupe! ¡Lleva una caja plana y grande!

Jupiter miró también por el periscopio.

—Si, parece una caja para llevar cuadros —decidió—. ¡Vamos, amigos!

Y todos se apresuraron a salir por el túnel dos.

Capítulo 6

El hombre cojo

—Ah, estáis aquí… —exclamó tía Mathilda cuando los muchachos aparecieron por detrás del montón de chatarra—. ¿Dónde estabais para salir de entre tanta chatarra? Cuando queréis, nadie puede hallaros.

—Lo siento, tía Mathilda —se excusó Jupiter.

—No me vengas con cuentos, Jupiter Jones —le riñó tía Mathilda—. Éste es el señor De Groot. Dice que es un marchante de arte de Holanda. Y quiere preguntaros algo respecto a los veinte cuadros que vosotros y tío Titus comprasteis la semana pasada en Cañón Remuda. Aunque ignoro por qué la gente puede interesarse por esos cuadritos.

—No es su tema lo que importa, señora —observó el extranjero, con voz áspera—, sino la habilidad de la pintura.

—Yo sólo sé lo que me gusta y lo que no —replicó tía Mathilda —, y esos cuadros no me gustan. Todos son distintos, pero en ninguno se ve una casa que lo parezca de veras, a mi entender.

Tía Mathilda salió de la oficina, dejando a los chicos con el señor De Groot. El marchante de cuadros tenía unas pupilas aceradas, oscuras.

—He venido de Ámsterdam para conocer a Joshua Cameron —explicó el entendido en arte—, y veo que ha muerto. Después, por el botones del motel donde estoy, me enteré de que tres investigadores querían localizar veinte cuadros… Y me enteré asimismo de que Los Tres Investigadores son los muchachos del «Patio Salvaje» de los Jones. Bien, he venido a comprar los veinte cuadros. ¿Los tenéis?

—No hemos recuperado ni uno solo, caballero —meneó Pete tristemente la cabeza.

—¿Ninguno? —De Groot dio unos pasos por el patio, como enojado, y después miró fijamente a los muchachos—. Los pagaré bien.

—Skinny Norris nos trajo uno, señor De Groot —comenzó a explicar Bob—, pero…

Jupiter contemplaba pensativamente al obeso holandés, y luego fijó su mirada en la entrada del «Patio». Cuando Bob iba a contar lo ocurrido con Skinny, Jupiter le interrumpió.

—No era uno de los cuadros del difunto Cameron, señor De Groot —dijo.

Bob y Pete contemplaron extrañados a su amigo, mas nada dijeron. Habían aprendido a no objetar ante las palabras de su grueso jefe, por muy extrañas que fuesen. De Groot los miró a los tres y frunció el entrecejo.

—Supongo que no me estarás mintiendo —rezongó.

—No miento, señor —balbució tímidamente Jupiter.

—No, tal vez no —conformóse el holandés, aunque con tono suspicaz—. Ese Norris que decís, ¿es un chico alto y delgado?

—¿Cómo lo sabe? —inquirió rápidamente Pete.

—Tengo mis métodos —replicó secamente De Groot—. ¿Es rica su familia? ¿Coleccionan cuadros? ¿Compran objetos de arte?

—Creo que poseen una pequeña colección artística —asintió Bob.

—Realmente, apenas conocemos a Skinny Norris —mintió Jupiter con voz inocente—. Ni siquiera sabemos dónde vive.

—Entonces, ¿no podéis ayudarme? —refunfuñó el holandés.

—Me gustaría hacerlo, pero…

—Ya… —gruñó De Groot, sin dejar de mirar fijamente a Los Tres Investigadores—. Bien, en caso de que recuperéis los cuadros, llamadme al Motel Dunas, ¿entendido? Y recordad que os los pagaré bien.

Los chicos asintieron, y De Groot dio media vuelta y echó a andar hacia la salida del «Patio Salvaje». Bob y Pete siguieron con la vista al entendido en arte. ¡De Groot cojeaba ligeramente!

—¡Jupe! —gritó Bob—. Tiene…

—Sí, Archivos, ya lo veo —le atajó Jupe—. Renquea. Es lo

primero que observé cuando hace unos momentos empezó a pasearse. Como si la pierna le doliera desde hace poco… ¡Tal vez por haberse caído en el barranco!

—Puede ser el ladrón que perseguimos la semana pasada —declaró Bob.

—Por esto no quisiste contarle lo de Skinny —manifestó Pete—, y que su cuadro era de Joshua Cameron, ¿verdad?

—Sí, éste fue uno de los motivos —admitió Jupe.

—¿Hubo otro motivo, Primero? —inquirió Bob.

—Vi su coche fuera del «Patio» —informó—. Fijaos.

Mientras lo miraban, el auto arrancó.

—¡El coche que seguía al de la Condesa! —exclamó Pete.

—¡Y yo que le iba a contar lo de Skinny y el cuadro! —gimió Bob.

—Apenas empezaste a contárselo —le consoló Jupe—, y no creo que importe mucho lo que dijiste. Opino que el señor De Groot ya sabía algo respecto a Skinny antes de venir aquí, y también que será mejor que cuanto antes nos pongamos en contacto con Skinny.

—¡Vamos! —exclamó Pete.

—Ahora no, amigos —objetó Bob—. Yo he de hacer un recado para mi madre.

Jupiter meditó unos instantes.

—Está bien, Bob, utilizaremos la baliza rastreable, y si no te entretienes mucho con el recado puedes traer el receptor después.

—¡No tardaré! —prometió Bob.

—Bien, entonces nosotros iremos a casa de Skinny.

La casa de Skinny Norris era una mansión señorial, de ladrillos rojos, en una calle de casas de playa. La de Skinny daba directamente a la arena. Entre las casas corría un callejón lateral. Y toda la calle estaba arbolada con palmeras e hibiscos.

Pete y Jupiter dejaron sus bicicletas detrás de un hibisco, cruzaron la calzada y fueron hacia la casa de Norris. Se apostaron no muy lejos del edificio, desde donde podían vigilar la entradas principal y lateral, y la única portada del garaje. El coche deportivo de Skinny estaba allí.

—Primero hablaremos con él —decidió Jupiter. Recogieron las bicicletas y las condujeron por el senderito enarenado que llevaba a la puerta principal. Se abrió una ventana del segundo piso y se

asomó Skinny.

—¿Eh, detectives de pega? ¡Vaya parejita! ¿Qué os trae por aquí?

—Queremos comprarte el cuadro, Skinny —le propuso Jupiter.

Skinny echóse a reír.

—¡Id a hacer volar una cometa, detectives!

—Sabemos que tienes el cuadro, Skinny —insistió Jupiter.

—Ja, ja, ja… No sabéis nada. Marchaos de aquí antes de que llame a la policía y os acuse de invadir mi casa.

Con aspecto deprimido, Pete y Jupiter montaron en sus bicicletas y desaparecieron de la vista de la casa. Luego, regresaron para dejar los vehículos detrás del hibisco, y se agazaparon, disponiéndose a esperar.

—Me arrastraré desde la playa hasta el coche de Skinny y le colocaré el emisor —explicó Jupiter—. Tú vigila la puerta principal y las laterales, así como el garaje, Pete. Si sale Skinny, silba.

—De acuerdo —accedió Pete—, y también espiaré la llegada de Bob.

Jupiter se dispuso a dirigirse hacia la playa, mas detuvo de improviso.

—¡Hay alguien cerca de la casa de Skinny! —susurró. Pete miró hacia allá. Un individuo de uniforme se aproximaba al callejón lateral. Llevaba una gorra muy echada hacia la frente, que le ocultaba los ojos. Caminaba con torpeza, como perdiendo el equilibrio a cada paso que daba, debido al peso del equipo que transportaba.

—Es un empleado de teléfonos —murmuré Pete, aliviado. Jupiter vio cómo el hombre desaparecía doblando la esquina de la casa de Skinny.

—Sí —asintió, frunciendo el ceño—, supongo que sí, pero…

—¿Pero qué? —indagó Pete.

—No sé… —replicó lentamente Jupe, mirando aún hacia la esquina—. Hay algo raro, aunque no sé qué es.

—Mantendré los ojos bien abiertos —le prometió Pete. Jupe asintió y se alejó hacia la playa. Pete se instalé detrás del hibisco dispuesto a no perder de vista la casa de Skinny Norris.

Hacia la playa descendía un riachuelo seco entre la casa de Skinny y la contigua. Aquél era un buen sitio para que Jupiter se

escondiera y deslizara después hacia el garaje sin ser visto.

Skinny no estaba a la vista. Jupiter comprobó el estado del transmisor de la radiobaliza, que contenía un imán que lo mantendría pegado al coche de Skinny. El mismo Jupiter había fabricado el aparato en su taller. El transmisor enviaba una leve señal, un ligero bip-bip, más fuerte a medida que uno se acercaba al mismo. El instrumento receptor de la señal indicaba por medio de una flecha sobre un cuadrante, la dirección de donde procedía la señal.

Lo único que tenían que hacer los investigadores era colocar el transmisor en un coche, y mediante el receptor podían seguirlo desde lo bastante lejos para no ser vistos.

Jupiter comenzó a arrastrarse por el cauce seco del riachuelo, y de pronto se detuvo. Vio que el empleado de teléfonos había rodeado la casa de Skinny, y se hallaba ya al lado del garaje. Estaba inclinado allí, trabajando con los cables que penetraban en la casa. De repente, Jupiter vio claramente lo que le había parecido extraño en aquel hombre. ¡En toda la calle no había ninguna camioneta de teléfonos!

¿Qué hacia un empleado sin camioneta? ¡Aquel hombre era un impostor! Y sin embargo, estaba atareado con los cables telefónicos. ¿Estaría conectando una derivación en el teléfono de los Norris? Olvidándose de poner el emisor en el coche, Jupiter comenzó a arrastrarse por el lecho seco del riachuelo hasta un lugar donde poder espiar al falso empleado de teléfonos sin ser visto.

Como Jupiter era bastante gordo, la tarea de arrastrarse por el duro suelo no le resultó muy fácil. Y cuando llegó al lugar que juzgó más ideal, detrás del «empleado de teléfonos», estaba jadeando. Cuando recobró el aliento, levantó cautelosamente la cabeza por encima de la orilla del riachuelo.

—¡Humm!

Jupiter estaba mirando directamente al rostro del falso empleado. A unos metros de distancia, unos ojillos oscuros miraban fijamente a Jupiter… los ojos del tratante de arte holandés… ¡los ojos de De Groot!

Y aquel hombre empuñaba un cuchillo de mal aspecto, y su mirada contenía una violenta amenaza.

Pete, agazapado detrás del hibisco, no veía ni a Skinny ni a Jupiter por ninguna parte. Bob aún no había llegado con el receptor.



—¡Pete!

La voz procedía directamente de la parte de atrás de la casa, al otro lado de la calle.

—¡Pete, socorro!

El muchacho cruzó a todo correr la desierta calzada y dobló la esquina. Una mano se pegó a su boca. Otra mano le retorció un brazo. ¡Pete había sido capturado!

Capítulo 7

¡Prisioneros!

Bob vio las dos bicicletas cuando llegó a casa de Skinny. ¡Las bicicletas de Pete y Jupiter detrás de un hibisco! ¿Dónde estaban los dos investigadores? Asustado, Bob escudriñó arriba y abajo la desierta calle.

Deteniendo en seco su propia bicicleta, oyó un coche que arrancaba en el callejón. Del mismo no tardó en surgir un coche azul, que giró a la derecha con gran rechinar de ruedas, y echó a correr calle abajo.

Bob miró aturdidamente el auto. ¡El coche del tratante de cuadros! ¿Qué había estado haciendo allí De Groot?

«¡Bip-bip-bip-bip!».

De pronto, Bob escuchó la señal que parecía salir de su bolsillo. Extrajo de allí el receptor de zumbidos. La flecha señalaba calle abajo, y los «bips» eran fuertes y rápidos… si bien iban decreciendo de intensidad. Al momento, Bob adivinó lo ocurrido.

Jupiter y Pete no habían plantado el emisor en el coche de Skinny. ¡Lo llevaban consigo! ¡Y se hallaban en el auto azul del holandés! Frenéticamente, Bob montó en su bicicleta en persecución del coche azul, que ya se había perdido de vista. Fue siguiendo las señales del receptor y no tardó en llegar a la carretera de la costa. Continuó siguiendo los «bip» hacia la izquierda, en dirección a los arrabales del norte de Rocky Beach. Por dos veces perdió las señales cuando el coche azul se alejaba demasiado, y por dos veces las recapturó cuando el auto se veía obligado a detenerse ante una señal de tráfico.

Bob no se detuvo ante nada, ni siquiera ante los semáforos. Mas

a la tercera vez de perder los «bip» no volvió a oírlos.

Desesperado, Bob continuó pedaleando, buscando la carretera principal de la costa, y escudriñando arriba y abajo las calles desiertas, a medida que la población de Rocky Beach se iba transformando en campo abierto.

Atados con cables telefónicos y amordazados, Pete y Jupiter yacían apretujados en el portaequipajes del coche azul de De Groot. Poco antes de que el coche saliera del callejón de la casa de Skinny, Jupiter consiguió poner en marcha el emisor. Los dos muchachos pensaban haber oído frenar una bicicleta en la calle. Mas habían ya transcurrido diez minutos y el coche azul sólo se había detenido o aflojado la velocidad dos veces.

Bob no podía seguirles, aunque supiese que De Groot los había capturado.

Mentalmente, Jupiter se reprochó a sí mismo no haber reconocido que el paso del falso empleado era la cojera del holandés.

Al cabo de otros diez minutos, no más, el coche azul efectuó un giro fuera de la carretera y aparcó. Se abrió el portaequipajes. De Groot sacó de allí a los dos chicos y los condujo apresuradamente hacia el último pabellón de un pequeño motel.

El tratante en cuadros no despegó los labios desde que atrapó a Jupiter.

Dentro del pabellón, De Groot sentó a los muchachos uno al lado del otro en el diván, les quitó la mordaza, sacó del bolsillo el cuchillo largo y repulsivo, y se sentó frente a ambos. Sus pupilas relucían siniestramente.

—Muy bien… Ese Skinny Norris no os llevó el cuadro de Cameron. Vosotros no estabais interesados en su pintura. Ni siquiera sabíais dónde vivía, ¿eh? ¡Embusteros! ¡Queríais robar el cuadro de Joshua para vosotros!

—¡Oh, no! —protestó Pete acaloradamente—. Los estamos buscando por cuenta de la Condesa. ¡Le pertenecen a ella!

—Conque sí, ¿eh? De modo que trabajáis por cuenta de la Condesa y Armand Marechal. ¿Qué os contaron?

—Que deseaban recuperar los recuerdos familiares del difunto Joshua Cameron —explicó Jupiter—. Y lo hemos encontrado todo, menos los cuadros.

—Otra mentira. Vosotros sabéis más cosas. ¿Cuáles son los planes de Marechal? ¿Qué quiere? ¿Qué mensaje les envió Cameron antes de morir?

—Lo que sabemos —replicó intrépidamente Pete— es que usted ha estado siguiendo a la Condesa por todas partes, y que hace una semana estuvo en casa del profesor Carswell…

Jupiter le interrumpió rápidamente.

—¿Por qué piensa que Joshua Carneros le envió un mensaje a la Condesa? Ella no sostenía relaciones muy íntimas con…

—No trates de engañarme, chico —le previno De Groot, sin dejar de mirar a Pete—. ¿Qué has dicho sobre mí y la casa del profesor?

Pete tragó saliva. El Segundo Investigador comprendía que Jupiter no deseaba que el holandés supiese que sospechaban que él era el misterioso intruso en la casa del profesor una semana atrás.

—Hum… sabemos que usted estuvo en casa del profesor Carswell el día en que llegaron el señor Marechal y la Condesa —rectificó.

De Groot estudió ferozmente a los muchachos.

—No. Alguien estuvo en casa del profesor antes de la llegada de la Condesa. Alguien misterioso, ¿eh? Y vosotros creéis que fui yo. ¿Por qué?

Los dos amigos callaron.

—Bien, bien… ¿No queréis revelar por qué os resulto sospechoso? ¿No sabéis que Joshua Cameron envió un mensaje a la Condesa? Vosotros habéis hablado con el profesor Carswell y su hijo, y tal vez el difunto Cameron les pasó a ellos un mensaje de palabra, ¿eh? Las últimas palabras de un moribundo, ¿no?

—No sabemos nada de eso, señor —repuso Jupiter cortésmente.

El marchante de arte les estudió atentamente.

—Bah… Opino que sois unos estúpidos que no sabéis en qué asunto os habéis metido.

Volvió a mirar fijamente a los dos amigos y se puso de pie.

—Aunque tal vez sepáis demasiado, ¿eh?

De Groot continuó empuñando el cuchillo y mirando a los dos investigadores siniestramente.

Bob siguió con su bicicleta por la carretera de la costa, en medio de una terrible indecisión. Solo ¿qué oportunidades tenía de

encontrar el coche azul? Y si iba a visitar al jefe de policía Reynolds, seguramente perdería todo rastro que sus amigos hubiesen podido dejar.

De modo que continuó pedaleando lo más de prisa posible. La carretera norte de la población estaba atestada de nuevos moteles. Por esto, trató de recapturar de nuevo las señales y de ver por alguna parte el coche azul.

De Groot estuvo cojeando en torno al pabellón, empuñando el avieso cuchillo, durante unos diez minutos. Por lo visto, no lograba llegar a una decisión.

—¿Qué voy a hacer con vosotros? Sois una molestia para mí, ¡así yo me confunda, rayos y truenos! Y os habéis interpuesto en mi camino…

—¿Había algo realmente valioso en las cosas de Joshua Cameron…?

—¡No me fastidies! —Le fulminó De Groot—. ¿Qué os parecería trabajar para mí y no para la Condesa?

—Ya tenemos una cliente —repuso Jupiter con dignidad.

—¡Idiota! Bien, no puedo permitir que…

El repiqueteo del teléfono obligó al holandés a dar media vuelta. Miró fijamente el aparato como si fuese una serpiente. Luego, sin dejar de vigilar a los muchachos, fue hacia él y lo descolgó.

—¿Sí? —De repente se le iluminaron las pupilas—. ¿Cómo? ¿Un chico?… ¿Norris? Sí, le conozco… No, no le mande aquí… Yo iré a la oficina. ¡Reténgale allí!

Al colgar el teléfono, el aspecto de De Groot era de triunfo.

—Bien, he de dejar de atenderos por ahora. El muchacho al que apenas conocéis, ese Norris, ha venido a verme.

—Ya sabía que Skinny tenía un plan —gruñó Pete.

—No se fíe de Skinny, señor De Groot —le avisó Jupiter.

—No me fío de nadie, amiguito —replicó el holandés.

Volvió a amordazar a ambos chicos y salió del pabellón. Pete y Jupiter forcejearon con sus ataduras, aunque sin ningún resultado. Luego, se hundieron en el diván… ¡viendo cómo se abría la puerta trasera!

Bob estaba en el umbral, mirándoles sonriente. Luego, el más pequeño del trío corrió hacia ellos, desató sus ligaduras y les quitó las mordazas.

Jupiter se aclaré la garganta.

—¡Chico! —exclamó Pete—. ¡Cuánto me alegro de verte! ¿Cómo demonios…?

—Seguí la baliza, pero la perdí. Bueno, seguí pedaleando. Casi estaba a punto de abandonar la partida cuando volví a captar la señal. Pero no supe dónde estabais hasta que recordé el nombre del motel de De Groot: Las Dunas.

—Buen trabajo, archivero —aprobó Jupiter—. Ahora… ¡Vámonos de aquí!

—¿Y Skinny? —objetó Pete—. Se halla en la oficina del motel, probablemente vendiendo a De Groot los cuadros.

Bob se echó a reír.

—Skinny no vende nada. Ni está aquí. Fui yo el que telefoneé. De Groot estaba tan afanoso por comprar los cuadros que ni siquiera reconoció mi voz, y me confundió con el conserje del motel.

—Pero ahora ya lo sabe —exclamó Jupiter—. ¡Vámonos! Los tres corrieron hacia la puerta principal. No había moros en la costa. Acto seguido, corrieron por el patio hasta el sitio donde estaba la bicicleta de Bob.

—Pete puede montar —decidió Jupiter—. Es el más resistente de los tres. Yo iré detrás, y Bob se cogerá al manillar. ¡De prisa!

Aún no habían recorrido veinte metros cuando oyeron detrás un grito de rabia. De Groot estaba delante del pabellón que ellos acababan de abandonar. De repente, echó a correr hacia ellos, pero cojeaba y hasta con una bicicleta tan supercargada le tomaron ventaja. De Groot dio media vuelta y regresó al motel.

—¡Va a buscar el coche! —advirtió Jupiter—. Tenemos que escondernos.

—Oh, no —sonrió Bob, enseñando un puñado de cables de colores—. He arrancado los cables del encendido de su coche.

—Buena idea, Bob —exclamó Jupiter con admiración—. Sin embargo, no tardará en encontrar otro coche. Sugiero que pedalees muy de prisa, Pete.

El aludido asintió, gruñendo.

—¡Pobre de mí! —suspiró.

Unos minutos más tarde, un hombre que conducía un camión se detuvo y les dejó subir al vehículo hasta Rocky Beach. Allí

recuperaron las otras dos bicicletas y pedalearon hasta sus domicilios respectivos, a tiempo para cenar. Antes de acostarse, volvieron a reunirse de nuevo en el puesto de mando.

Jupiter estaba muy serio.

—Hay algo muy raro en todo esto. De Groot piensa, por lo visto, que el viejo Joshua Cameron dejó escrito algo importante en un mensaje. Tenemos que hablar con la Condesa y el señor Marechal.

Pero cuando llamó por teléfono no obtuvo respuesta.

—Volveremos a probar mañana por la mañana —decidió—. Mientras tanto, creo que debemos enterarnos de algo más con respecto al difunto Cameron. Lo primero que harás por la mañana, Bob, será buscar noticias relacionadas con Joshua Cameron en la biblioteca.

Capítulo 8

Una súbita sospecha

En la biblioteca, a la mañana siguiente, Bob se dirigió a la sección de hemeroteca. A muy pocas personas les permitían estar entre las estanterías de aquella sección, pero Bob estaba empleado a horas en la biblioteca. La bibliotecaria, la señorita Bennet, se limitó a sonreír cuando el joven pasó por su lado. El chico encontró los estantes donde se hallaban las revistas de arte… y empezó a buscar. ¡Casi todos los enormes volúmenes sobre pintura habían desaparecido! Cuando Bob salió de entre las estanterías la señorita Bennet levantó la mirada.

—¿Ocurre algo, Robert?

—Señorita Bennet, ¿dónde están las obras sobre arte?

—Un caballero las tiene en la sala de lectura. Ha venido cuando hemos abierto, y también vino ayer. ¿Deseas alguna en particular? Se las puedo pedir cuando termine.

—No, gracias —se apresuré Bob a negar—. Miraré otra cosa hasta que ese hombre termine.

Tan pronto estuvo lejos de la mirada de la señorita Bennet, Bob corrió hacia la sala de lectura. Se asomó con toda precaución. Divisó el alto montón de obras sobre arte encima de un pupitre y alguien oculto por ellas. En aquel momento, el consultante cogió otro libro del montón y Bob le vio el rostro con toda claridad: ¡era el profesor Carswell!

Bob retrocedió apresuradamente. El cerebro le daba mil vueltas vertiginosamente. ¡El profesor Carswell estaba examinando los libros referentes a obras artísticas! Muy excitado, Bob se situó quedamente en un lugar desde donde pudiese vigilar la puerta de la

sala de lectura. No sabía si seguir al profesor. Mas cuando éste salió del salón, Bob ya había decidido que aquello era un asunto de la competencia de Jupiter. En realidad, podía localizar al profesor siempre que quisiera.

Por tanto, cuando el profesor devolvió los libros, Bob comenzó a examinarlos a su vez, buscando todo lo referente a Joshua Cameron.

Jupiter frunció el ceño.

—¿El profesor Carswell estudiaba esos libros?

—Seguro, Jupe —asintió Bob—. ¡todos los volúmenes tratan de arte!

—¡Diantre! —exclamó Pete—. ¿Por qué está tan interesado en pintura?

Los tres amigos se hallaban escondidos en el remolque del «Patio Salvaje». Ya había pasado la hora del almuerzo, y Bob acababa de llegar con su informe. Jupiter estaba meditando la noticia sobre el profesor Carswell y la búsqueda de Bob en la biblioteca.

—De manera que no has encontrado absolutamente nada sobre Joshua Cameron en todos esos libros de consulta, ¿eh? —preguntó Jupiter lentamente.

—Ni una palabra —aseguró Bob—. Y dos de los volúmenes presentan una lista de todos los artistas del mundo entero. Al menos, de eso presumen.

—Es posible que su nombre figure en otra parte —decidió Jupiter—. Aunque esto todavía ensombrecería más el asunto.

—Entonces, ¿por qué desea tanto De Groot sus cuadros? —inquirió Pete.

—Tal vez no sean los cuadros lo que desea realmente —reflexionó Bob—. Quizás haya algo muy valioso entre las cosas que tenía el viejo Joshua Cameron, algo que ignoran la Condesa y el señor Marechal.

—Esto explicaría el misterio del intruso la semana pasada en casa del profesor —asintió Jupiter—. Tal vez quería llevarse algo de valor antes de que alguien se presentase a reclamar las cosas de Joshua. Pero el profesor lo vendió todo al tío Titus, y el intruso todavía tratará de encontrar lo que sea.

—¡Y esto es precisamente lo que está haciendo ese De Groot! —exclamó Pete.

—Entonces ¿por qué se halla tan interesado el profesor Carswell

en las obras de arte? —preguntó súbitamente Bob.

Jupiter se rascó la nariz.

—Recordad que De Groot estaba interesado en un mensaje, quizás en las últimas palabras pronunciadas por Joshua. Ah, tal vez esas últimas palabras fueron un mensaje. Hal dijo que el viejo deliraba, que balbucía palabras incoherentes. Quizá pretendía transmitir un mensaje, y el profesor Carswell sepa algo que nosotros ignoramos.

—¡Y que también ignora la Condesa! —añadió Bob.

—Lo mejor será ir a casa del profesor —dijo Jupiter.

—No, chicos —negó Hal—, ignoro por qué papá está tan interesado en los libros sobre arte.

Los cuatro muchachos se hallaban en el sombreado jardín del caserón de Cañón Remuda.

—¿Dijo algo sobre sus cuadros el viejo Joshua? —indagó Jupiter.

—No mucho —respondió Hal—. Quería enseñarme a pintar, pero ni siquiera pudo trazar un mal dibujo. Recuerdo que en una ocasión dijo algo raro. Sí, dijo que él era el pintor más raro del mundo, aunque nadie lo sabía. Luego, se echó a reír. No sé por qué.

—Sí, no tiene mucho sentido —asintió Pete.

—No, ninguno —corroboró Jupiter.

—No entiendo lo que sucede, amigos —declaró Hal—. El viejo Joshua vivía aquí solo y jamás vino a verle nadie. Y ahora que ha muerto, todo el mundo está interesado en él. La Condesa y el señor Marechal están en casa hablando con papá.

—¡Tal vez han descubierto algo! —se excitó Pete.

—Ya lo veremos —decidió Jupiter.

En el salón del enorme caserón, el profesor Carswell estaba apoyado en la repisa de la chimenea de cara al señor Marechal y la Condesa. Ésta sonrió al ver a los muchachos.

—Ah, los jóvenes detectives… ¿Aún seguís buscando? Oh, lo hicisteis muy bien… —aprobó la elegante dama.

—Todavía no hemos localizado los cuadros, señora —se disculpó Jupiter—. ¿No le enseñó nunca su hermano Joshua sus cuadros, no le vendió ninguno?

—No, Jupiter. En realidad, era un simple aficionado. Aunque me gustaría guardar sus últimas obras. Supongo que continuaréis

buscando y que las encontraréis.

—Oh, sí —aseguró Jupiter, añadiendo—: Si alguien no las encuentra antes que nosotros.

—¿Alguien? —repitió Marechal intrigado.

—Por ejemplo, un tipo llamado De Groot, que se autocalifica como marchante de arte —explicó Jupiter—. Les sigue a ustedes y quiere apoderarse de los cuadros del difunto.

El Primer Investigador pasó a relatar todo lo relacionado con De Groot, y cómo los muchachos habían logrado escapar de su encierro. La Condesa estaba horrorizada.

—¡Ah, esto es terrible! Muchachos, debéis de andar con mucho tiento. No entiendo tanto interés por mi hermano. ¿Qué quiere en realidad ese hombre?

—Aún no lo sé —confesó Jupiter—, pero el holandés no es el único interesado en esos cuadros. También el profesor Carswell estuvo examinando muchos libros sobre obras de arte.

Todos dirigieron sus miradas al aludido. Hal vio que su padre se mostraba inquieto. El señor Marechal fue hacia el profesor.

—¿Acaso sabe usted algo que nosotros ignoramos, Carswell? —le pregunté.

—No, Marechal. Estoy simplemente intrigado lo mismo que la Condesa —repuso el profesor—. Me preocupa este súbito interés por los cuadros de Joshua Cameron, de modo que estuve en la biblioteca local para ver si podía enterarme de algo. Pero no hallé nada. Lo cual me deja perplejo, ya que no entiendo el interés de ese holandés… y todos los demás, cualesquiera que sean, por el difunto Joshua. Por ejemplo, el intruso que estuvo aquí la semana pasada.

La Condesa se sobresaltó.

—¿Hubo aquí un intruso, profesor? ¿Antes de que llegásemos el señor Marechal y yo? ¿Alguien que deseaba robar las cosas de Joshua?

—Fue una semana antes de que usted llegase, Condesa —asintió Bob—, y aún no sabemos qué buscaba el ladrón.

—Ya —murmuré la Condesa, mirando a Marechal.

—Tal vez fuese De Groot —sugirió él—. Por lo visto, tiene un gran interés en Joshua, lo cual no comprendo.

—¡Vaya si tiene interés! —exclamé Pete.

—Profesor Carswell… Hal —comenzó Jupiter doctoralmente—:

De Groot piensa sin duda que el viejo Joshua dejó un mensaje antes de morir. Ustedes nos contaron que el enfermo estuvo delirando y murmurando palabras incoherentes antes de expirar. ¿No estaría tratando de comunicar un mensaje? ¿Frases que para alguien podían tener sentido?

—Es muy posible, Jupiter. Se mostró muy insistente en seguir farfullando —admitió el profesor—. Pero no tengo idea de lo que quería decir. Sus palabras no tenían para mí ningún sentido. Decía constantemente algo respecto a «zig zag» y a «erróneo»… y a «telas»… También pronunció mucho la palabra «cuadro» y algo referente a «maestras»… Hal estuvo con él, hacia el final, mucho más que yo.

El muchacho asintió con tristeza.

—No recuerdo exactamente sus palabras, pero deliraba y murmuraba palabras como: «diles…» «zig… cuando zag»… «zag…» «camino…» «equivocado…» «maestra…» «mis cuadros…» «mis telas…» «equivocado…» «a zig zag…» «diama» «equivocado…». Y así, una y otra vez. Siempre, las mismas frases.

Todos se miraron consternados, esperando que uno de los presentes pudiese descifrar aquel acertijo. Mas ninguno lo logró. Hasta Jupiter parecía aturdido.

—No saco nada en claro de esto —confesó Marechal.

—Ni yo —añadió la Condesa—. Supongo que deliraba.

—Profesor —preguntó Jupiter—, ¿guardaba el señor Cameron todo lo que poseía en la casita?

—Creo que sí, Jupiter.

El Primer Investigador asintió.

—Bien, ahora será mejor que nos marchemos. Sigo pensando que ese Skinny Norris sabe quién tiene los cuadros.

—Tened cuidado, chicos —les previno la Condesa—. Estoy muy inquieta por vosotros. ¿Nos avisaréis si surge algún problema?

Los muchachos se lo prometieron. Ya fuera, montaron en sus bicicletas y se alejaron de la casa del profesor. Al pasar por delante del barranco, lejos de la vista de la casa, Jupiter giró repentinamente a la izquierda, en dirección al precipicio. Sobresaltados, Pete y Bob le siguieron.

—¿Qué vamos a hacer, Jupe? —Quiso saber Bob, confuso.

—Estoy convencido de que el viejo Joshua intentó dejar un

mensaje y que no deliraba —declaró Jupiter—. Aunque todavía ignoro cuál era el mensaje. De todos modos, el viejo no abandonaba jamás la casita, por lo que, si escondió algo, tiene que estar allí. Seguidme. Escondieron las bicicletas y se abrieron paso por el barranco hasta la casita. Una vez dentro, miraron a su alrededor durante unos instantes, sin saber por dónde iniciar el registro. De repente, oyeron unos pasos fuera.

—¡De prisa! —susurró Jupiter—. Ocultémonos y veamos quién viene.

Vigilaron desde las sombras del dormitorio y vieron que Hal Carswell entraba en la casita por la puerta principal. El muchacho se dirigió rápidamente a un rincón del saloncito, levantó una tabla que al parecer estaba suelta y buscó algo debajo del suelo. Los investigadores irrumpieron en la habitación.

—¡De manera, Hal, que conoces el escondrijo del viejo Joshua! —proclamó Jupiter.

El acusado se enderezó, evidentemente asustado, escondiendo algo en una mano.

Capítulo 9

Un agujero negro

—¡Cáspita, chicos! —gritó Hal, soltando un respingo—. Me habéis asustado.

—¿Qué has sacado de ahí abajo? —preguntó Pete.

—¿Sacado? Esto… —Hal enseñó una llave antigua, muy grande, mirándolos a todos—. Vaya, vosotros habéis vuelto a esta casa, ¿eh? ¿Creéis que el viejo Joshua escondió algo aquí?

—Hemos considerado esta posibilidad —asintió Jupiter.

—Lo mismo que yo —afirmó Hal—. Cuando os fuisteis, me acordé de algo. Papá todavía está conversando con la Condesa y el señor Marechal, y pensé que era buena ocasión para venir sin ser visto.

—¿Qué recordaste, Hal? —Quiso saber Bob.

—Que el viejo Joshua solía guardar sus cuadros en la cabaña de adobe del cañón. Está vacía, y papá la mantiene cerrada porque es histórica y no quiere que unos gamberros la arruinen. Pero yo le entregué al viejo Joshua una llave de la cabaña cuando se trasladó a vivir aquí.

—¿Y ésta es la llave de la cabaña? —se interesó Jupiter.

Hal asintió.

—Se me ocurrió que, mientras papá está conversando, y vosotros ya en vuestras casas, podría registrar yo solito la cabaña —explicó.

—Entonces, podemos ir todos —decidió Jupiter.

Bajo el sol de la tarde, Hal condujo al trío de investigadores por el barranco, apartándose de la calle. El barranco daba la vuelta a la casa de los Carswell, y torcía casi en ángulo agudo hacia el cañón.

Poco después, Hal se internó por el chaparral. Los otros le siguieron por entre la espesura, hasta llegar a un pequeño claro, cuyo piso era de caliza endurecida y bien apisonada. Allí se alzaba una cabaña achaparrada, con un tejado de madera y las ventanas con los postigos cerrados. La vieja cabaña, construida con arcilla secada al sol, lo que en México llaman adobe, estaba silenciosa, como apartada del mundo.

—La edificaron los dueños españoles del cañón en tiempos muy antiguos —explicó Hal—. Al menos, hace ciento cincuenta años. Sólo hay una chimenea, y no tiene cuarto de baño.

Hal abrió la puerta, hecha de plancha de hierro forjado, que giraba chirriante sobre unos goznes oxidados. En el interior, los muchachos vieron que la cabaña estaba casi vacía por completo. El suelo de madera tenía una capa de polvo y mugre. Después de la salita, había un dormitorio muy pequeño y una cocinita. Las escasas ventanas mostraban unos marcos muy gruesos, cerrados desde fuera. A través de las grietas de los postigos se filtraba una luminosidad muy tenue.

—¡Cáscaras! —Se asombró Pete—. ¡Estas paredes tienen casi un metro de espesor!

—Así se construía con adobe —les informó Jupiter—. El adobe no tiene la fuerza del ladrillo normal, por lo que hay que construir las paredes muy gruesas para que soporten el peso. Pete, busca en la cocina, y tú, Bob, registra el dormitorio Hal y yo examinaremos la salita.

Jupiter y Hal encontraron telas sin utilizar y latas de aceite de linaza, pero ningún cuadro. Había un marco dorado, muy labrado, y Jupiter lo contempló con expresión pensativa.

—¿Por qué dejaría el viejo Joshua este marco vacío? —preguntó.

—Cuando vino aquí por primera vez, en este marco había un cuadro pintado por otro pintor —replicó Hal—. Una imitación, ¿entiendes?

Él lo llamó un grabado. Dijo que no le gustaban los grabados y se deshizo de aquél.

—Pero no del marco —indicó Jupiter—. Mira el dibujo de este marco, Hal.

—¡Diantre, todo son zigzags! ¿Crees que se refería al marco éste

cuando estaba delirando y hablando de zigzags?

—Es bastante grueso para esconder algo.

Los dos muchachos examinaron el marco, estudiando sus junturas y presionando sobre todos los resaltes de los zigzag. Jupiter, al fin, meneó la cabeza.

—No creo que esto oculte nada —decidió.

Pete salió de la cocina.

—Si ahí hay algo escondido, ha de estar en las paredes.

—Tampoco nosotros hemos encontrado nada —confesó Hal.

—¡Eh, amigos! —gritó Bob en aquel momento—. ¡Aquí! En el diminuto dormitorio, Bob se hallaba encima de un colchón muy maltratado que había en un rincón. La funda mostraba un diseño de rayas diagonales.

—Dentro de este colchón hay algo —observó Bob.

Pete palpó el colchón por el sitio indicado por el tercer investigador.

—¡Sí, seguro! —exclamó—. Como una bolsa llena de piedras preciosas… ¡Es posible que sean joyas!

—Ábrelo, Pete —ordenó Jupe con excitación.

Pete sacó el cuchillo del bolsillo y cortó la tela del viejo colchón. Los muchachos se agruparon a su alrededor. Dentro del colchón había una colección de objetos redondos, pequeños, de color oscuro.

—¿Qué son? —preguntó Hal con perplejidad.

—Maíz y piñones —repuso Jupe malhumorado—. Esto es el granero de alguna ardilla o rata de campo.

Los muchachos contemplaron aquel montoncito de cereales y se echaron a reír. La diferencia entre unas joyas y el maíz era tan inmensa que resultaba risible. Se rieron, pues, hasta que las lágrimas les bañaron el rostro.

Todavía reían cuando la puerta del dormitorio se cerró desde fuera con un sordo portazo.

Pete dejó de reír y contempló la puerta asombrado.

—¿Qué…?

Hubo un sonido chirriante cuando el cerrojo se corrió… y todos los amigos quedaron encerrados en la habitación.

—¡Estamos presos! —gritó Hal—. ¡Eh! ¿Quién hay ahí fuera? ¡Estamos aquí!

—¡Abra la puerta! ¡Estamos aquí dentro! —chilló Bob.

Pete comenzó a golpear la madera con todas sus fuerzas.

—¡Eh!

—Esperad —les calmó Jupiter.

Los otros dejaron de golpear y gritar. Fuera, en la salita, se movía alguien. Fuese quien fuese, lo hacía lentamente, golpeando las paredes y el suelo, derribando las telas y el marco, las latas de aceite de linaza y las pinturas.

—Están registrando la cabaña —susurró Jupiter.

El rumor del registro duró unos minutos. Luego, todo quedó en silencio. La puerta exterior se cerró y los muchachos oyeron cómo giraba la llave.

—¡Oh, no! —gimió Hal, desconsolado—. ¡Me había dejado la llave en la cerradura!

Y todos empezaron de nuevo a gritar y a golpear las paredes.

Fuera era ya de noche. Unos débiles resplandores de la luz de la luna se filtraban por entre las grietas de los postigos de la única ventana del dormitorio.

Habían transcurrido varias horas. Los muchachos habían gritado hasta enronquecer. La cabaña de adobe estaba demasiado lejos del caserón para ser oídos. La puerta y la ventana estaban cerradas con seguridad, y las paredes eran demasiado gruesas para horadarías con el cortaplumas de Pete.

Habían hallado un agujero en el suelo, donde empezaba un hoyo, mas no había ninguna salida por allí. Los muchachos se habían sentado sobre el colchón desvencijado, altamente desanimados.

—Ya hemos llegado tarde a la cena —gruñó Pete.

—A mí me parece que llegaremos tarde a varias cenas —observó tristemente Bob—. Estamos bien atrapados aquí.

—En casa habrá escándalo —añadió Jupiter, suspirando.

—Mi padre no tardará en echarme de menos —manifestó Hal—. Y nos encontrará.

—¿Viene mucho por aquí, Hal? —Quiso saber Pete.

—No —repuso el interrogado—. Creo que no. Además, hay otros muchos sitios donde me buscará antes.

—Entonces tu padre puede tardar mucho en venir aquí —suspiré Bob.

Todos los muchachos guardaron silencio. Pete se puso de pie y empezó a patear en el suelo cerca de un armario construido en un rincón en forma de alacena. El Segundo Investigador, de repente, se puso a escuchar el sonido a hueco que hacía su pie.

—Si al menos pudiéramos descender al sótano… —sugirió—. Tal vez hallásemos un camino de salida. Pero únicamente poseemos mi cortaplumas y…

Hal se puso también de pie y golpeó la pared a lo largo de la alacena, escuchando también el sordo ruido producido, como pegando en hueco.

—No sabía que hubiese un sótano bajo esta cabaña —murmuró—. ¿Por qué lo construirían? En California no es costumbre utilizar sótanos.

—No, cierto —asintió Jupe—. Especialmente, no en las viejas cabañas de adobe.

Meditó unos instantes, mientras los otros esperaban con expectación.

—¡Claro, claro! —exclamó súbitamente, muy excitado—. No construían sótanos bajo las cabañas de adobe, pero cuando los españoles y los norteamericanos fueron enemigos, a menudo construyeron túneles de escape. ¡Opino que ahí abajo hay una salida subterránea!

Jupiter, acto seguido, se puso a estudiar el dormitorio.

—Yo diría que desde aquí hay un subterráneo… pero… —sus ojos se fijaron en la puerta de la alacena.

—¡Amigos, nos queda este armarito para examinar!

Fue Pete quien llegó primero a la alacena. Era muy estrecha y en el suelo interior tenía una capa de polvo y suciedad. Bob y Pete, conjuntamente, lo limpiaron como mejor supieron. El primero sacó luego el cortaplumas y trató de sondear las grietas existentes entre las tablas del suelo.

—¡Esta parte se mueve! —proclamó poco después el Segundo Investigador.

Bob y Pete acabaron por levantar toda una sección del suelo. Debajo había mucha suciedad… y una trampilla con un aro de hierro oxidado en el centro. Bob y Pete cogieron el aro, tiraron con todas sus fuerzas y la trampa se abrió, dejando al descubierto un negro agujero. Los muchachos lo contemplaron estupefactos y

animados.

—¿Podéis ver el fondo? —preguntó Bob nerviosamente.

—No —repuso Hal—. Está muy negro.

—Si pensáis que yo voy a saltar dentro de un pozo del que no se ve el fondo —declaró Pete—, estéis locos. Me quedo aquí.

—La persona que nos encerró podría volver —indicó Jupiter.

—¡Oh, no! —gimió Pete—. De acuerdo… que vaya otro por delante.

—Si tuviésemos al menos las linternas que hay en nuestras bicicletas… —gimió Jupiter.

El negro agujero parecía mirarles ominosamente.

Fue Bob el que dio el primer paso hacia dentro.

—Bueno, ahí voy, chicos —declaró—. ¡Animo, pandilla!

Bob se introdujo en el agujero, se asió un momento al borde del mismo… y se dejó caer dentro de las engullidoras tinieblas.

Capítulo 10

Una cacería nocturna

Jupiter, Pete y Hal miraron escrutadoramente hacia abajo.

—¿Bob? —gritó el segundo ansiosamente. Una voz surgió en la oscuridad.

—Sí, amigos, es un túnel cavado en la tierra. No veo nada, pero tanteo las paredes. Un momento…

Los tres muchachos apretujados en la alacena oyeron algún movimiento abajo. Parecieron transcurrir varias horas, si bien sólo fue cosa de minutos hasta que Bob volvió a gritar.

—Este túnel sólo tiene unos tres metros por debajo del dormitorio. Luego, al final hay otra trampilla, pero no logro moverla. Además, nuestro amigo también cerró la puerta principal. Sin embargo, por el otro lado este túnel se prolonga y, por lo visto, sale fuera de la casa.

Pete se mostró inquieto.

—¿Cómo podemos saber adónde va a dar, Jupe?

—Podríamos extraviarnos —apuntó Hal.

Jupiter se tiró del labio. Luego, llamó hacia abajo.

—Bob, ¿qué tal es el aire? ¿Se mueve o no?

—No hay ningún movimiento —respondió Bob—, pero el aire parece fresco.

Jupiter vaciló. Volvió a contemplar el negro agujero. ¿Dónde conduciría?

—Este túnel podría ser peligroso —decidió al fin el jefe de Los Tres Investigadores—. Si nos extraviamos en él, esto será el final de nuestra sociedad… y también de Hal. Pero sentándonos en este dormitorio tampoco iremos a ningún parte. Y tampoco me gusta la

perspectiva de esperar aquí que vuelva el tipo que nos encerró. Esta vez podría…

—Oh, sí, me has convencido —asintió rápidamente Pete. El Segundo Investigador se dejó caer dentro del agujero y desapareció de la vista de dos otros dos. Hal le siguió, después Jupiter.

Ya en el fondo del estrecho túnel, todos trataron de ver se en la oscuridad, pero resultaba imposible. ¡Las tinieblas eran demasiado espesas! También hacía mucho frío. Y todos se pusieron a temblar.

—Será mejor que nos movamos —decidió Pete, tomando su cargo el asunto—. Yo iré delante, Jupiter detrás mí luego Hal y por fin Bob, en la retaguardia. Que cada uno se coja al cinturón del que vaya delante, para que nadie pierda. Bien, adelante.

Comenzaron a avanzar lentamente por el oscuro pasadizo. Pete iba tanteando el suelo antes de dar un paso. El túnel tenía un techo bajo y todos tenían que agacharse ligeramente al caminar.

—Creo que este túnel va en línea recta —anuncié Pete poco después—. Pero no estoy seguro. He perdido mi sentido de orientación.

En completa oscuridad, los cuatro amigos se movían cautelosamente. Cada vez que Pete daba un paso, le parecía más difícil bajar el pie. Hablaban menos a medida que avanzaban, pues se sentían abrumados por la oscuridad, y el pesado silencio.

—Pete —preguntó Jupiter—, ¿sientes si se mueve algo? A mi me ha parecido…

Todos se quedaron inmóviles.

—¿Aire? —preguntó Bob—. ¿Es el aire el que se mueve, chicos?

Pete dio unos pasos más de prisa. El pasadizo torcía bruscamente… y todos lo vieron al frente: ¡la oscuridad se trocaba en penumbra!

—¡Una salida! —proclamé Pete.

Otros veinte pasos, y todos estuvieron bajo el cielo estrellado de la noche. Por unos momentos, se limitaron a sonreír. Estaban a salvo…, fuera de la cabaña de adobe y de la terrible oscuridad del túnel. Después de las tinieblas del subterráneo, el claro de luna les parecía pleno día.

—Estamos en el barranco —anunció Hal, mirando a su alrededor.

Las laderas empinadas del barranco parecían elevarse hasta muy

arriba. Cuando volvieron la cabeza para mirar hacia la entrada del abismo, vieron que estaba completamente oculta por un saliente de una ladera y una espesura de manzanitas.

—Ahora —decidió Jupiter—, retrocederemos y…

—¡Aaaaggghhh! —resonó un grito a través del claro de luna.

¡Hubo un nuevo chillido, a menos de diez metros de distancia, que terminó con un golpe seco y pesado!

—¿Qué diantre…? —masculló Pete.

Una figura surgió ante ellos, como nacida de la noche.

—¿Quién está ahí? —preguntó la figura con voz áspera—. ¡Ah, sois vosotros, los chicos…!

Los cuatro amigos vieron ante sí el fiero rostro del sedicente marchante de arte, el holandés De Groot, como un fantasma a la luz de la luna. Iba cojeando hacia ellos, con el traje cubierto de polvo y otros residuos, como si acabase de caer dentro del barranco.

Los muchachos echaron a correr.

—¡Eh, deteneos!

Todos corrieron hacia el distante extremo del barranco, donde habían dejado las bicicletas. Detrás de ellos, el marchante de arte les iba persiguiendo, tropezando con las rocas que esmaltaban el piso del barranco. Los muchachos corrían como perseguidos por el diablo.

—¡Allí están las «bicis»! —anunció Pete.

Todos redoblaron la velocidad… ¡y Pete, delante de todos fue a parar a las manos de un hombre! ¡Aquellas manos pretendieron asirle, pero el muchacho logró esquivarías!



—¡Cuidado! —avisó Pete a sus compañeros—. ¡Hay que correr más!

El hombre trató de interceptar a los cuatro amigos, pero éstos lograron eludir su presa.

—¡Hal, soy yo!

—¡Papá!

El profesor Carswell estaba bañado por la luz de la luna junto a las bicicletas de los muchachos.

—De Groot… —explicó Pete jadeando—. ¡Nos persigue!

—¡Nos encerró en la cabaña de adobe! —añadió Hal.

—Hemos hallado un túnel secreto —agregó Bob—, de lo contrario, no estaríamos aquí.

El profesor atisbó por el barranco.

—No veo a nadie persiguiéndoos, chicos —observó. El barranco estaba en silencio bajo la luz lunar.

—Nos perseguía, profesor —aseguró Jupiter.

A continuación pasó a relatar todo lo ocurrido en la vieja cabaña de adobe.

—Después de encerrarnos —prosiguió—, se dedicó a registrar la cabaña. Debió tener la misma idea que nosotros.

—Y alguien ha vuelto a registrar también la casita —explicó el profesor Carswell—. Supongo que era De Groot.

—Seguro que sí, papá —afirmó Hal—. Luego, nos encontró en el barranco y quiso apresarnos otra vez. Pero cayó en el barranco y le oímos, a tiempo de echar a correr.

—De no haber salido en busca de Hal, y hallado las bicicletas, podíais haberos visto en un peligro muy grave —les amonestó severamente el profesor—. Admito que no habéis hecho nada malo, pero no me gusta que ese De Groot esté por aquí. ¡Este asunto se está poniendo demasiado serio para vosotros, muchachos!

Capítulo 11

Jupiter hace deducciones

Cuando Los Tres Investigadores regresaron a sus respectivos hogares, todos recibieron sendas recriminaciones y regañinas por haber faltado a la cena. Tía Mathilda murmuró que el demonio siempre halla trabajo para las manos ociosas, pero por fortuna se distrajo cuando la televisión inició su programa favorito, y Jupiter se vio dispensado de realizar algunos trabajos extra como castigo. Pete tenía que segar el jardín después de cenar, pero su padre le ordenó que lo hiciera por la mañana, tan pronto como desayunase. Por lo tanto, cuando finalmente llegó al puesto de mando al día siguiente, fue el último en asistir a la reunión.

—Tuve que segar el jardín, amigos —anunció.

De pronto calló. Jupiter y Bob estaban sentados desmayadamente en torno al escritorio. Bob se hallaba totalmente desanimado, y Jupiter parecía enfermo.

—Parece como si se os hubiese muerto alguien —exclamó Pete —. No, no quise decir eso. Con nosotros, podría ser verdad. ¿Qué os pasa, chicos?

—El señor Marechal nos ha despedido —suspiró Bob.

Jupiter le imitó.

—Nos llamó hace unos minutos —explicó luego—. El profesor Carswell le contó lo que anoche nos ocurrió en la cabaña de adobe. El señor Marechal opinó que la situación se ha vuelto excesivamente peligrosa y que hay que avisar a la Policía. Cree, además, que nosotros ya no podemos hacer nada más. Y nos enviará un sobre con dinero para pagar nuestros servicios.

—¡Dios mio! —masculló Pete, dejándose caer sobre una silla—.

¡Nuestro primer fracaso!

—Con tantas cosas que aún están confusas —gimió Jupiter.

—Bueno, supongo que continuarán confusas largo tiempo —murmuró Bob.

Jupiter asintió lentamente, y después, durante algún tiempo, guardó silencio. Sus ojos parecían contemplar algo que se hallaba fuera del puesto de mando. Pete le acechaba astutamente.

—No cuelgues todavía tu insignia de detective, Bob —le recomendó a su amigo—. Tengo la sospecha de que Jupiter no se considera todavía despedido ni confuso. Pero el señor Marechal podría enfadarse sí continuamos metiendo las narices en este caso, Jupe.

—Entonces, tenemos que convencerle de que nos permita continuar —declaró el aludido—. Los Tres Investigadores no abandonan un caso hasta que se ha concluido.

—¿Cómo le convenceremos para que nos deje proseguir? —Quiso saber Bob.

—Demostrándole que en este asunto hay más cosas de las que piensa: un misterio, Archivos. ¡Y demostrándole que nosotros somos los únicos que podemos solucionarlo!

Pete sacudió amargamente la cabeza.

—No lo sé, Primero. Tal vez el señor Marechal tenga razón. No tenemos nada con qué continuar.

—¡Sí tenemos algo! Tenemos las últimas palabras del difunto Joshua Cameron, y nuestras deducciones.

—¿Qué deducciones? —preguntó Pete.

Jupiter se inclinó sobre el escritorio.

—Primero, que el viejo Joshua debía poseer algo de más valor, o más importante, de lo que suponemos. Segundo, que posiblemente esto lo sabe más de una persona. Tercero, que los veinte cuadros desaparecidos forman parte del secreto. Y, cuarto, que las últimas palabras pronunciadas por el viejo Joshua en su pretendido delirio formaban parte de un mensaje.

El jefe, de rostro orondo, de Los Tres Investigadores, se retrepó en su asiento.

—Ahora, sólo nos queda solucionar el enigma de las últimas palabras del difunto Joshua… siempre que nos hayan repetido las verdaderas palabras pronunciadas por él.

—¿Crees que Hal y su padre nos han mentido? —exclamó Bob.

—Sabemos que el profesor necesita dinero —replicó Jupiter—. Sabemos también que el viejo Joshua no pagó su renta de los últimos meses y que el profesor incluso llegó a prestarle algo. Bien, el profesor Carswell pudo saber que el anciano ocultaba algo de valor, o lo sospechó la primera vez que aquel misterioso intruso penetró en la casita.

—No creo que Hal haya mentido —objetó Pete con firmeza.

—Tal vez —asintió Jupiter—. Por tanto, supondremos que los últimas palabras del viejo Joshua fueron las mismas que nos han dicho. Yo las anoté tal como Hal y el profesor las pronunciaron. Diciendo esto, Jupiter exhibió una hoja de papel que dejó sobre la mesa.

—Según el profesor, Joshua pronunció las palabras «cuadros, zigzag, equivocado, telas y maestra» —leyó Jupiter—. Hal, que estuvo con el moribundo más tiempo que su padre, nos informó con más detalle. Dijo que las casi ininteligibles palabras del viejo Cameron fueron: «Zig cuando… zag… camino equivocado… maestra… mis cuadros… mis telas… equivocado a zigzag… diles… diama… equivocado…». Una y otra vez, éstas fueron las palabras balbuceadas en general.

Pete se rascó la cabeza.

—«Diama» no tiene sentido… «diles» parece un mensaje… y «zig cuando zag» y «camino equivocado» me suenan a orientaciones. Un camino está equivocado. Mas ¿cuál es el bueno?

—Sí —asintió Jupiter—, esto está muy confuso. Mas observa que la segunda vez que Hal utilizó la palabra «equivocado» lo hizo sin la palabra «camino».

—¿A qué te refieres, Jupiter? —indagó Bob.

—No lo sé realmente —repuso Jupiter lentamente—. Además, existe otra diferencia. Hal nos dijo que el viejo pronunció primero la frase «diama», y «diles» la segunda vez.

—Bueno, pueden ser dos conceptos distintos. Incluso pudo decir «diana» —objetó Pete.

—Sí, es muy posible —admitió Jupiter.

Bob estudió las anotaciones unos instantes.

—«Maestra» y «cuadros» podrían significar que Joshua creía que sus pinturas eran obras maestras… a pesar de no ser más que un

aficionado. «Mis telas» y sólo «telas» son las formas en que un pintor suele referirse a sus cuadros.

—De Groot piensa, según se ve, que los cuadros de Joshua son muy buenos —comentó Pete.

—¡Puede ser esto! —gritó Bob—. ¡Tal vez, en realidad, Joshua Cameron era un gran pintor! ¡Un excelente artista!, si bien muy excéntrico, y no quería exponer ni vender sus obras

Tal vez De Groot piensa que podría vender los cuadros de Joshua por un montón de dinero.

—Es posible, pero si es así las últimas palabras de Joshua no fueron ningún mensaje —indicó Jupiter—. Y yo estoy seguro de que sí eran parte de un mensaje… un mensaje que me intriga mucho… ¿Por qué Joshua dijo «diles»? ¿Quiénes son «ellos»?

—La Condesa y el señor Marechal —repuso decididamente Pete.

—El señor Marechal no es más que el administrador general de la Condesa —le refutó Jupiter—. ¿Los juntaría el viejo Joshua en un plural? ¿No habría dado el mensaje solamente para su hermana, y habría dicho, por tanto, «dile» o «díganle»…? Y si se refería a otra persona, habría dicho las mismas palabras también en singular… A menos, que el mensaje fuese para más de una persona… tal vez para una banda…

—¿Una banda? —repitió Pete sorprendido.

—¿Quizás una banda de ladrones? ¿O contrabandistas? —sugirió Jupiter, meditando en voz alta.

—El viejo Joshua se escondía sin salir jamás de la casita… como si estuviera asustado. ¡Tal vez huía de alguien!

—Y De Groot forma parte de la banda —adivinó Pete—. Y está buscando el botín, o algo que fue pasado a este país de contrabando.

—Esto explicaría el registro que De Groot hizo de la cabaña de adobe la otra noche —asintió Jupiter—, mientras que la idea de Bob, según la cual los cuadros de Joshua son realmente valiosos, no explica nada. De Groot no habría registrado la cabaña de haber estado buscando los veinte cuadros, y menos aún habría volcado las telas y el marco…

Jupiter calló de repente, mostrando una expresión absorta.

—¿Qué pasa, Jupe? —Quiso saber Bob.

—No estoy muy seguro —repuso lentamente el Primer

Investigador—. Mientras hablaba ahora de lo que ocurrió anoche en la cabaña, me ha parecido que había algo equivocado. En algún rincón de mi cerebro sé que he pasado un hecho por alto, por más que pienso no logro aclarar cuál es.

—No veo que anoche cometiésemos ningún error —replicó Pete.

—Tal vez no —reconoció Jupiter—. Además, creo que ya tenemos bastantes deducciones para poder acudir al señor Marechal y pedirle que nos deje continuar en este asunto. Al menos, iremos Pete y yo.

—¿Y qué hago yo? —preguntó Bob.

—Archivero, todavía hay que encontrar los cuadros. Al fin y al cabo, tu idea de que sean buenos todavía sigue en pie, y tal vez sean los cuadros lo que quiere De Groot —explicó Jupiter. Tras una pausa, añadió—: Tú irás a hablar con Skinny Norris. Y procura enterarte dónde sacó aquel cuadro.

Capítulo 12

¡Fracaso!

El Motel Cliff House era un lugar elegante de la costa del océano Pacífico, a dos kilómetros al sur de Rocky Beach. Pete y Jupiter dejaron las bicicletas junto a una cerca y penetraron en el reluciente vestíbulo. Un individuo alto y de aspecto severo, sentado en la conserjería, les contempló suspicazmente.

—¿Puedo preguntaros qué os trae por aquí, chicos? —preguntó.

Pete estaba nervioso, pero Jupiter no se dejaba intimidar fácilmente. El obeso muchacho se irguió en toda su estatura y cuando habló lo hizo con un acento inglés muy señorial.

—Buen hombre, anúncienos a la Condesa —ordenó, apuntando su gruesa nariz al empleado—. Jupiter Jones Cuarto, y el señor Peter Crenshaw. También puede comunicarle al señor Marechal que estamos aquí.

Pete apenas consiguió disimular la risa. Ya había presenciado otras veces cómo se comportaba Jupiter en tales ocasiones, mas no así el conserje. Éste vaciló con incertidumbre, ya que Jupiter hablaba como un auténtico noble.

—Pensándolo bien —rectificó el muchacho—, si es usted tan amable que nos indique el número de la habitación de Armand, bueno, me refiero, al señor Marechal, mi buen amigo, nos presentaremos a él personalmente.

—Eh… —volvió a vacilar el conserje—, el señor Marechal está en el pabellón número diez. Un botones…

—No se moleste, buen hombre —le detuvo Jupiter con grandilocuencia—. Supongo que lo encontraremos. Vamos, Pete. Todavía con gestos ampulosos, Jupiter atravesó majestuosamente el

vestíbulo y salió por la puerta lateral hacia el bellísimo jardín del elegante motel.

Una vez fuera, Jupiter recuperó sus modales de siempre y se echó a reír.

—Según este cartel indicador, Pete, el pabellón diez está a la izquierda.

—Tus fingidos modales nos pondrán algún día en un apuro —observó Pete, congestionado por la risa. Luego, ya más calmado, agregó—: Al menos, te valdrán un buen puñetazo en la nariz.

—No lo creo. Los empleados de esos sitios tan caros se dejan asustar fácilmente. Han de tener mucho cuidado para no ofender a las personas que pueden ser importantes —replicó Jupiter.

Siguieron un estrecho sendero a través de arbustos de camelias e hibiscos. Oían a los huéspedes del hotel nadando en la piscina y riendo o conversando en la terraza. Los pabellones, solitarios y diseminados por el jardín, así como los más grandes, divididos en varias habitaciones menos caras, quedaban medio escondidos entre los árboles y las plantas del lugar.

—Aquél es el pabellón nueve —señaló Jupiter—, lo que significa que el diez está detrás de aquella palmera.

Los muchachos dieron la vuelta a la gruesa palmera… y se detuvieron en seco. ¡Alguien, parado delante de la ventana del pabellón diez, estaba mirando hacia el interior! Aquel individuo, de pronto, se dirigió hacia la puerta del pabellón y trató de forzar la entrada.

—¡Jupe! —murmuró Pete—. Es…

La voz de Pete, pese a ser murmurada con el aliento, asustó al intruso, el cual se volvió hacia los dos amigos.

—¡Skinny Norris! —exclamó finalmente Jupiter.

La boca de su enemigo se abrió un momento, como un espantajo sorprendido. Luego, cuando los dos amigos corrieron hacia él, Skinny dio media vuelta y se hundió por entre la espesa vegetación del parque.

—¡Vamos tras él, Segundo! —gritó Jupiter.

Pete echó a correr tras el delgado fugitivo, por entre los grupos de palmeras e hibiscos. Jupiter comprendió que, por su parte, jamás conseguiría alcanzar a Skinny, analizó la situación y vio que éste tenía que dar la vuelta por el extremo más alejado de la piscina si

quería escapar por la puerta principal del motel. Con Pete detrás, Skinny tenía que dar aquella vuelta. Por tanto, Jupiter corrió directamente hacia la piscina.

Llegó a la terraza, y cruzó el piso de cemento en dirección a la piscina. Estaba atento a percibir a Skinny o a Pete, que aparecerían de un momento a otro, y por esto no vio al señor Marechal hasta que prácticamente lo tuvo encima.

—¡Aaaahhh! —gritó el muchacho, deteniéndose a tiempo justo de no chocar con el elegante caballero del pelo plateado.

—Jupiter, ¿qué diablos haces aquí? —gruñó aquél—. ¿Es éste tu método detectivesco? ¿Chocar con todo el mundo?

—Señor —jadeó el muchacho—, acabamos de descubrir a Skinny Norris pretendiendo entrar en su pabellón. Pete le está dando caza ahora, y yo intento interceptarle el paso.

—¿Es el muchacho que tiene uno de los cuadros del difunto Joshua?

—El mismo. Si Pete logra atraparlo…

En aquel momento, el nombrado apareció muy desanimado, viniendo de la puerta principal del establecimiento.

—Ha huido —anunció—. Lo siento, señor Marechal.

—Lástima —frunció el ceño el caballero—. ¿Qué demontre hacia en mi pabellón?

—¿Está allí todo lo que recuperamos nosotros para la Condesa, señor? —Quiso saber Jupiter, agregando—: Las cosas del señor Joshua Cameron.

—Sí, ¿mas para qué las querrá ese chico? Un búho disecado… unos prismáticos… ¿Qué diantre…? El señor Marechal se interrumpió. Estaba mirando a la terraza. —Creo que la Condesa nos llama. Está muy preocupada por todo este asunto.

Los muchachos divisaron a la Condesa sentada a una mesa de la terraza. Siguieron al señor Marechal hacia allí. Efectivamente, la dama parecía muy inquieta.

—¿Os pasa algo, chicos?

El señor Marechal le explicó rápidamente lo referente al espionaje de Skinny Norris, y les indicó a los dos investigadores que se sentasen.

—Pero vosotros no vinisteis aquí para perseguir a ese Skinny, ¿eh? —añadió—. Supongo que teníais otra razón…

—Deseamos, señor, que nos permita continuar con el caso —manifestó Pete—. Nosotros…

—Nos gustaría, chicos, pero…

—Hemos conseguido varias deducciones interesantes, señor —explicó Jupiter precipitadamente.

A continuación procedió a relatar todas las conclusiones extraídas de las últimas palabras pronunciadas en su delirio por el difunto Joshua Cameron, según las cuales éste poseía algo de mucho valor, que alguien también lo sabía, que los cuadros perdidos estaban mezclados en el caso, y que las últimas palabras del anciano eran parte de un mensaje.

—Estamos convencidos de que sólo hay dos explicaciones posibles —agregó después—. Primera, que quizás, al fin y al cabo, el viejo Joshua era un buen pintor y sus cuadros valen mucho, y que De Groot lo sabe. Y, segunda, que Joshua formaba parte, secretamente, de una banda, y había escondido un botín o algún tesoro de mucho valor.

—¿Una banda? —repitió el intendente de la Condesa—. ¿De criminales? ¿El hermano de la Condesa? ¡Esto es imposible, muchachos!

—Sin embargo —la Condesa murmuró lentamente—, ese De Groot parece querer algo, y ese hombre me da muy mala espina.

—Joshua pudo ser un bribón disfrazado de buena persona —opinó Jupiter.

—Hum… —gruñó el señor Marechal, mirando a la Condesa—. El viejo Joshua era un excéntrico. Chicos, es posible que hayáis dado en el clavo. En cuyo caso, este asunto resultaría más peligroso que antes, y habrá que avisar a la Policía.

—¡Pero, señor Marechal —protestó Jupe—, nosotros podemos ayudar!

—Esto está absolutamente fuera de cuestión, muchachos —replicó Marechal autoritariamente—. Lo siento. Y adiós, amiguitos.

Lentamente, Jupiter y Pete se pusieron de pie y abandonaron la terraza. ¡Ahora sí que todo había terminado! ¡Los Tres Investigadores habían fracasado por primera vez!

Capítulo 13

Un ataque repentino

Jupiter y Pete anduvieron lentamente, cruzando el refulgente vestíbulo del motel, hasta llegar fuera, donde tenían las bicicletas. Tan abstraídos iban que no se dieron cuenta de que el portero les estaba siguiendo apresuradamente. Cuando Jupe estaba montado en su bicicleta, sintió de pronto una mano que se posaba sobre su brazo.

—¿Sois vosotros los dos investigadores? —preguntó. Pete tragó saliva, muerto de miedo.

—Nosotros…

—¡Vamos, chicos! ¿Lo sois, sí o no?

—Sí… si, señor —tartamudeó Jupiter.

—Entonces, seguidme… ¡De prisa!

Los muchachos se miraron mutuamente, se encogieron de hombros y siguieron tímidamente al portero, de nuevo hacia el vestíbulo. Vieron allí que el conserje les miraba con severidad, y que también les estaban contemplando igualmente los botones desde distintas puertas. Caramba, ¿qué habían hecho esta vez? El portero, no obstante, les condujo a una salita lateral, cerrando la puerta tras ellos.

La Condesa se hallaba sola, sentada en un sofá.

—Tenía que veros antes de que os marchaseis —les explicó, sonriendo—. No me gustaba veros marchar tan desanimados, después de haber trabajado tanto y tan bien para mí.

—¿Quiere decir que continuamos a cargo del caso? —preguntó Pete con voz triunfante.

—¿Ha cambiado de opinión el señor Marechal? —añadió Jupiter

alborozado.

—No, y probablemente tiene razón —repuso la Condesa—. Pero vosotros habéis demostrado ser inteligentes y que sabéis lo que hacéis, y creo que tenéis más sentido de la responsabilidad de lo que se imagina el señor Marechal.

—¡Lo tenemos, señora! —exclamaron ambos muchachos a la vez.

—Recuerdo que vuestra carta dice que el jefe de Policía cree en vosotros —prosiguió la Condesa—. Si os permito seguir trabajando para mí, ¿me prometéis tener siempre mucho cuidado?

—¡Seguro! —afirmó Pete.

—Bien —sonrió de nuevo la Condesa, a pesar de que por su rostro se extendía un velo de tristeza—. Necesito saber si vuestras deducciones contienen un fondo de verdad. Como ya os dije, no conocía muy bien a mi hermano. Era un hombre extraño, misterioso… En realidad, nunca supe a qué se dedicó en todos esos años… Jamás tuvo un hogar fijo, y algunos de sus amigos eran… muy raros.

—Tal vez algunos canallas lo tenían amedrentado —reflexionó Jupiter.

—Es preferible que fuese eso a que fuese un verdadero delincuente —suspiró la Condesa—. Hasta ahora, vosotros habéis actuado muy bien, y pienso que podéis averiguar la verdad que busco. Sí, quiero saber toda la verdad respecto a mi pobre hermano.

—Condesa —se inclinó Jupiter—, ¿no ha hallado nada en absoluto en lo que ya hemos averiguado?

—Nada, Jupiter. Y vosotros, ¿qué creéis que puede haber en todo eso? ¿Qué hay en el fondo de este asunto, si es que hay algo?

—Aún lo ignoramos —admitió Jupiter.

—Pero estáis seguros de que Joshua escondía algo en alguna parte, y que sus últimas palabras fueron un mensaje, ¿no es cierto?

—Estoy seguro de ello —asintió Jupe.

—Muy bien, adelante, pero tened cuidado. Guardaos especialmente de ese De Groot, sea quien sea. Por favor, no deseo tener que lamentar haberos permitido continuar trabajando por mi cuenta. Cuando hayáis averiguado algo más, venid a comunicármelo, amigos.

La elegante dama les obsequió con una regia sonrisa y despidió a

los dos muchachos. Muy contentos por volver a ocuparse del caso, los dos corrieron otra vez hacia sus bicicletas.

Pete y Jupiter después de haber gateado por el túnel dos, hallaron a Bob aguardándoles.

—¡Tengo noticias, chicos! —les anunció tan pronto como vio a sus dos amigos.

—¡Y nosotros también! —replicó Pete.

—Volvemos a ocuparnos del caso, Archivos —agregó Jupiter.

Acto seguido, le contó a Bob todo lo sucedido en el motel.

—De modo que de allí venía Skinny con tanta prisa —comentó Bob—. A mí me pareció que estaba asustado. Canastos, es estupendo que volvamos a ocuparnos del caso.

—¿Viste a Skinny en su casa, Bob? —Quiso saber Jupiter—. ¿Las noticias que tienes se refieren a él?

—Seguro que sí —declaró el chico—. Cuando llegó a casa, se metió corriendo y ya no se movió para nada. Pero yo logré sostener una conversación con el jardinero de los Norris antes de que llegase Skinny, y así descubrí dónde trabaja él.

—¿Es importante? —preguntó Pete.

—¿Dónde, Bob? —inquirió Jupiter por su parte.

—¡Trabaja como ayudante del señor Maxwell James!

Pete se mostró intrigado.

—¿Maxwell James? ¿No es…?

—¡El famoso artista! —exclamó Jupiter, con las pupilas muy relucientes—. ¡Sus cuadros son célebres en el mundo entero, y él vive aquí mismo, en Rocky Beach!

—En una mansión inmensa, con un estudio aparte —les recordó Bob—. Es una verdadera coincidencia que nosotros estemos trabajando para buscar unos cuadros, y Skinny trabaje para un famoso pintor.

—Demasiada coincidencia —comenté Jupe—. Después de almorzar, iremos a visitar a ese señor Maxwell James.

Dejaron las bicicletas apoyadas en la verja de hierro de la finca propiedad de Maxwell James. Desde allí divisaron los torreones de piedra de una mansión que simulaba un castillo, por encima de los árboles del bien poblado parque. La cancela estaba abierta, y por el parque no había nadie al parecer.

—Será mejor que entremos —decidió Pete.

Cruzaron la portalada del seudo castillo y emprendieron la marcha por un estrecho sendero que se internaba sinuosamente por entre aquella casi selvática vegetación. Al instante, resonó por el parque una especie de alarido. Fue como el chillido de una mujer o un niño presos de un gran dolor.

—¿Qué ha sido eso? —susurró Bob.

—¡Yo no quiero saberlo! —declaró Pete, atemorizado—. ¡Vámonos!

De nuevo se oyó el alarido de antes. Hacia la izquierda del parque.

—¡Alguien necesita ayuda! —exclamó Bob.

—Vamos, adelante —ordenó Jupiter—. Alerta todos.

Comenzaron a moverse cautelosamente por el sendero. Volvió a oírse el chillido… ¡directamente frente a ellos! Jupiter apartó las hojas de unos arbustos y, protegidos por éstos, miraron un pequeño claro.

¡Allí había un felino enorme, acostado al sol!

Mudos de asombro, los muchachos contemplaron un breve instante aquellas pupilas verdes que les miraban salvajemente. Luego, el felino abrió la boca, enseñando unos blanquísimos colmillos… y soltó el mismo alarido de antes.

—¡Una pantera! —gritó Jupiter—. ¡Corramos!

—¡No! —Les detuvo Pete—. No corráis… ¡Quedémonos aquí!

Detrás de los chicos sonó una voz áspera y aguda.

—De manera que ya os he cogido, ¿eh? ¡No intentéis escapar!



Los tres amigos dieron media vuelta, y se encontraron ante un individuo semejante a un oso, con una barba roja y un pelo sumamente enmarañado, y del mismo color. Sus ojos destellaban coléricamente y empuñaba una reluciente lanza con una hoja estrecha, pero de un metro al menos de longitud.

Buscando por dónde escapar, los muchachos volvieron a enfrentarse con el monstruoso felino. Y con un súbito gruñido, ¡la pantera saltó con tremenda fuerza hacia los muchachos!

Capítulo 14

Los cuadros embrujados

La salvaje pantera dio un terrible salto hacia los tres muchachos… ¡Y pareció chocar contra un muro invisible! Luego, volvió a caer al suelo. Dolorida por el topetazo, se alejó gruñendo por el claro, donde se agazapó, mirando a los intrusos con sus verdes pupilas relucientes de maldad.

—¿Cómo…? —preguntó Bob, sintiendo un nudo en la garganta.

Pete alargó una mano por entre las hojas de los arbustos. A menos de medio metro de distancia, su mano chocó contra la pared invisible.

—¡Cristal! —gritó el Segundo Investigador—. La pantera está encerrada en una enorme jaula de cristal. Y nosotros estamos tan cerca de la jaula, que no podemos ver el vidrio. ¡Todo ese claro está dentro de la jaula!

—Naturalmente —asintió el de la barba roja, a sus espaldas—. ¿Pensáis que un ser humano en plenas facultades mentales dejaría a una pantera africana suelta por un parque de Rocky Beach?

—No, claro… —balbuceé Jupiter.

—¿Y por qué la tiene usted dentro de esa jaula tan grande, señor? —Quiso saber Bob.

—¿De qué otro modo podría estudiar los movimientos de los animales, de sus músculos, su forma de andar, de sentarse, de gritar? —preguntó a su vez e barbudo.

—¡Usted es el pintor! —exclamó Jupiter—. ¡El célebre Maxwell James!

—Y está pintando a la pantera —adivinó Bob.

—He pintado muchos temas africanos. Por ejemplo, esta lanza.

Es una azagaya poco corriente, de hoja muy fina y alargada. Una azagaya «masai». Se fabrica para cazar leones, pero tiene también otros usos —y Maxwell James apuntó con la azagaya a los asustados muchachos—. Bien, ahora, ¿qué hacéis en mi estudio? ¿Por qué habéis entrado tan furtivamente?

—¡No hemos entrado en su estudio! —negó Pete—, y menos furtivamente.

—Entonces, lo preguntaré de otro modo: ¿por qué estáis huroneando por mis dominios?

—Somos detectives, señor James —repuso Jupiter—. Y hemos venido para hablar con su ayudante, Skinny Norris. Pero ahora…

—¿Norris? ¿Ese bribonzuelo? ¡Ahora estoy seguro de que vosotros tres tampoco sois buenos chicos! Vamos, entrad en la casa, y llamaré a la Policía.

El pintor levantó amenazadoramente la azagaya. Tristemente.

Los Tres Investigadores emprendieron la marcha hacia el falso castillo. Maxwell James los introdujo en una biblioteca cuyas estanterías estaban repletas de libros del suelo al techo.

—Si llama a la Policía, señor —indicó Jupiter—, pregunte por el jefe Reynolds. Él nos conoce.

—¿El jefe de Policía os conoce? —se admiró el pintor.

Jupiter aprovechó la ocasión que se le brindaba.

—Si quiere examinar nuestras credenciales, Señor…

El grueso jefe de los Investigadores entregó las tarjetas y la carta de la Policía al artista. Este lo leyó todo, frunciendo el ceño.

—Sí, ésta parece la firma de Reynolds —reconoció con un gruñido.

—Llame, si quiere, a Alfred Hitchcock, el famoso director de cine, y él responderá de nosotros —añadió Pete.

—¿Alfred? —Sonrió James—. Ahora estáis bien atrapados, amiguitos. Le conozco muy bien y sé que no me dará buenos informes vuestros.

El pintor descolgó el teléfono y marcó un número. Luego, preguntó por Alfred Hitchcock.

—¿Alfred? Aquí Maxwell James… Hola… Te llamo para comunicarte que tengo en casa un trío de chavales, que han entrado furtivamente y… ¿Cómo…? Sí, así se llaman. Tengo sus tarjetas. ¿Cómo lo sabes?… Ya, entiendo… ¿Qué son?… Ah, muy bien,

Alfred, encantado de saludarte. Adiós.

El pintor colgó el aparato y miró atentamente a los muchachos.

—De modo que sois verdaderamente detectives. Alfred me ha dicho que sois chicos honrados y muy listos. Vaya, por lo visto no necesito la azagaya.

Maxwell James dejó el arma apoyada en un rincón.

—El señor Hitchcock nos ha prestado su valiosa colaboración muchas veces —afirmó Jupiter.

—Eso ha dicho —repuso brevemente el pintor—. Sin embargo, también ha añadido que he de evitar a toda costa verme envuelto en un asunto con vosotros si deseo gozar de paz y sosiego, ya que tendéis a demostrar una imaginación demasiado fantástica. Hum… Tal vez yo necesite un poco de imaginación.

—¿Para solucionar el misterio de su estudio? —preguntó Pete ávidamente.

—¿Cómo? ¿Cómo sabes que hay un misterio en mi estudio?

—Usted nos ha acusado de querer penetrar en su estudio, señor —respondió Jupiter—. Por tanto, allí ha ocurrido algo. Y acaba de declarar que necesita un poco de imaginación, de forma que lo que sea, tiene que ser un misterio.

—Sí, buena deducción.

—¿Tiene algo que ver con el cuadro robado?

—¿Cómo estáis enterados de esto? No fueron robados, sino tomados sin permiso y devueltos. Pero esto no tiene nada que ver con el misterio. La verdad, chicos, es que al parecer, ¡he comprado unos cuadros embrujados!

—¿Cuadros embrujados? —repitieron a la vez Bob y Pete.

—No encuentro otra explicación —afirmó Maxwell James—. Mi estudio se halla a cierta distancia de esta casa. Estas dos últimas mañanas, yo llegué allí para pintar… y hallé que durante la noche alguien había movido los cuadros. Asimismo, había otros objetos fuera de sitio. No faltaba nada, ni había desorden alguno… sólo algunas cosas que no estaban donde yo las había dejado.

—¿Los cuadros embrujados son como el que le fue sustraído y devuelto, señor? —se interesó Jupiter.

—Oh, sí… Los adquirí todos en una chatarrería…

—Entonces, creo que puedo explicarle lo ocurrido —replicó Jupiter.

A continuación, le contó al pintor todo lo relativo al difunto Joshua Cameron, la Condesa y el señor Marechal, y el holandés De Groot.

—Por consiguiente, opino —prosiguió—, que alguien ha penetrado «furtivamente» en su estudio para examinar esos cuadros.

—Entiendo —asintió el pintor—. Pero existe un pequeño problema. ¡De noche no hay forma de entrar en mi estudio! ¡Porque todas las noches lo dejo completamente cerrado y atrancado!

Capítulo 15

Los muchachos tienden una trampa

—¿Un estudio cerrado y atrancado? —repitió Bob.

—Sin que haya absolutamente modo alguno de entrar o salir —explicó James—. ¿Os gustaría inspeccionarlo?

—Oh, si… —asintió Pete, entusiasmado.

Los tres siguieron a Maxwell James por la enorme casa de piedra y el parque, pasando frente a la inmensa jaula de la pantera. El estudio era también una construcción de piedra, con las ventanas provistas de gruesos barrotes de hierro, así como la puerta muy maciza. Al entrar, Jupiter se detuvo a estudiar el moderno cerrojo, a prueba de ladrones.

—Esté garantizado: un experto tardaría una hora en abrir este cerrojo, amigo mío —observó el pintor—, y no hay en él la menor huella o señal de que haya sido forzado.

Ya en el interior, Jupiter inspeccionó ante todo los goznes de la puerta. Estaban por la parte de adentro y tampoco parecían haber sido forzados.

—Solo hay una puerta —Jupiter siguió explicando el artista—. Era un estudio amplio, provisto de muchas estanterías para contener de todo. La luz penetraba allí a través de dos ventanales y una claraboya en el techo. Los ventanales, que se abrían hacia dentro, tenían por fuera unas rejas muy sólidas. La claraboya no se abría en absoluto. No había chimenea ni estufa alguna. En la pared del fondo había un ventilador para la aireación de la estancia, y del mismo colgaba un cordón hasta el suelo. Este era de piedra sólida, sin sótano debajo. No había hoyos ni hendiduras en el suelo ni en las paredes. El estudio era como una fortaleza sólida, sin otro medio

de entrada o salida que la puerta.

—Y yo la cierro perfectamente todas las noches —aclaró el pintor.

—¡Canastos! —exclamó Pete—. Tal vez las cosas se han movido a causa de un terremoto. Por aquí siempre tiembla un poco la tierra.

—No, Pete —denegó el barbudo artista—. Los cuadros no se han movido solos, ya que estaban colocados en distintos sitios de estas estanterías.

—¿Estas, señor James? —insistió Jupiter, señalando un estante muy ancho, lleno de cuadros terminados.

—No, éstos son obra mía —replicó el pintor—. Las telas que compré en la cacharrería se hallan en aquel otro estante.

Maxwell James indicó una estantería más pequeña donde se exhibían diversas telas en blanco. Jupiter divisó a un lado los bordes de dos de los últimos cuadros del difunto Joshua Cameron.

—¿Podemos ver todos los cuadros, señor James? —indagó el Primer Investigador.

—Naturalmente. Ayudadme a sacarlos, chicos.

Unos instantes más tarde, los veinte cuadros se hallaban diseminados por el estudio, apoyados en las paredes y los estantes.

—¿Por qué los guarda en esta estantería dedicada a telas sin pintar, señor James? —Quiso saber Jupiter.

—Porque los compré para pintar encima de esas telas; utilizándolas para mi propio trabajo. Casi todos los pintores lo hacemos. Siempre busco telas usadas. La semana pasada entré en la chatarrería de tu tío, por primera vez, y tuve la suerte de ver allí esos veinte cuadros, que adquirí.

—¿Y piensa usted pintar encima de ellos? —insistió Bob.

El artista asintió.

—Entonces —intervino Jupiter—, usted no cree que esos cuadros, valgan mucho, ¿verdad?

—Para mí, no, Jupiter, y jamás oí hablar de ese Joshua Cameron —repuso James—. Aunque, en realidad, esos cuadros demuestran una técnica muy buena. Por raro que parezca, ese Cameron era un buen pintor. Y, cosa extraña, totalmente desconocido.

—Nunca exhibió ni vendió sus obras —explicó Pete.

—Sí, un excéntrico —asintió James—. ¡Ay!, el mundo ha perdido un excelente pintor.

—¿Podía haber hecho grandes cosas? —Quiso saber Jupiter—. Quiero decir, señor, si alguien podría pensar que esos cuadros son valiosos, hasta el punto de desear adquirirlos.

—Tal vez —el artista examinó pensativamente los veinte cuadros—. Aunque lo dudo. Para ser un gran artista se necesita algo más que habilidad. Hay que tener «sentimiento», «estilo», el «genio» que indica la originalidad de una obra. ¿No veis cómo cada uno de esos cuadros parece de estilo diferente? Como hechos por un pintor distinto cada uno. La mayoría de artistas posee un estilo propio, y Joshua Cameron carecía de él.

—¿Quiere decir que todos los artistas pintan siempre igual?

—Cambian, pero no mucho. Estos cuadros están hechos de veinte modos diferentes, ninguno de ellos muy original. Cameron imitaba la labor de otros pintores en lugar de expresar un estilo propio. Ningún comprador o tratante en arte con experiencia pensaría jamás que esos cuadros son valiosos.

—¿Podemos examinarlos, señor? —inquirió Jupiter.

—Como gustes, Jupiter.

Los muchachos estudiaron atenta y prolijamente las telas. No tenían marcos, ya que las telas estaban simplemente extendidas tensamente sobre tablas. Por fin, no hallaron nada.

—No, no tienen nada escondido —decidió Pete—, y menos aún un mensaje.

—No —concedió Jupiter, mirando los cuadros.

En todos ellos se veía la casita del Cañón Remuda, contigua al caserón de los Carswell.

De pronto, Jupiter se inclinó para estudiar uno de ellos más de cerca.

—Caramba, parecen estar numerados… Este es el número uno y…

Los muchachos se apresuraron a examinar otra vez los cuadros, y hallaron un número en cada uno… pintado en una esquina. Acto seguido, los colocaron todos por orden. Luego, retrocedieron y volvieron a contemplarlos. Lo mismo que el artista barbudo.

Los cuadros estaban alineados de manera que el primero mostraba un vasto primer plano de la casita, y el último un tamaño más reducido.

—No veo ningún mensaje —admitió Pete al cabo de unos

minutos.

—Ni yo —asintió Bob.

—Por mi parte os diré algo —declaró Jupiter—. Por la manera como fueron pintados, parece como si la casita se hubiera ido encogiendo. Los árboles de delante, las rocas, la silla de lona… todo ostenta el mismo tamaño en cada cuadro. Pero la casita es un poco más pequeña en cada uno, hasta que en el último sólo se ve con claridad el porche con el toldo.

—¡Tienes razón, Jupe! —exclamó Bob excitado—. Parece como si la casa se encogiera en lugar de alejarse. ¿Qué puede significar esto?

—De manera que ahora os enfrentáis con el misterio de la casa que se encoge —sonrió James—, aparte del de mis cuadros embrujados.

—Yo «sé» que hay algo importante en esos cuadros —afirmó Jupiter—, y que por eso alguien los movió esas dos noches.

—Jupiter, nadie puede entrar aquí —le recordó el pintor. Jupiter meneó firmemente la cabeza.

—Las cosas no se mueven solas en un cuarto cerrado.

El Primer Investigador se sentó en un diván tapizado con una tela rugosa y miró en torno al estudio. El artista tomó asiento en un sillón. Bob y Pete lo hicieron en otros.

—Si lográsemos saber quién es la persona que entró aquí —reflexionó Jupe—, sabríamos por qué son tan importantes los cuadros.

—¿Y cómo podemos averiguarlo? —preguntó Pete. Jupiter se puso en pie y abrió la puerta de la única alacena del estudio. Estaba llena de estantes ocupados por latas, pinceles y otros útiles de pintar, y sus paredes eran de piedra sólida.

—Sólo existe un medio —declaró luego—. Uno de nosotros se esconderá en esta alacena para vigilar durante la noche, por si viene alguien.

—Excelente, Jupiter —aprobó Maxwell James—. Yo me ocultaré en la alacena.

—Usted no, señor. Usted tiene que cerrar la puerta como siempre e irse a la casa. Estoy seguro de que alguien le vigilará. Un intruso jamás entrará aquí sin estar seguro de que usted no está dentro.

—Bueno… —vaciló Bob—, yo he de trabajar para papá esta noche.

—Y yo —decidió Jupiter— me quedaré fuera a observar.

Pete gruñó penosamente.

—Un momento, amigos… creo que yo también tengo que hacer algo esta noche.

—Hemos de saber qué ocurre aquí, Pete —le recordó Jupiter.

—Seguro, también yo quiero saber cómo se mueven solas las cosas en este estudio —se estremeció Pete—. ¡Pero no quiero estar aquí cuando se muevan!

—Nosotros estaremos fuera, Pete —le aseguró el pintor.

Jupiter bosquejó el plan de aquella noche. Luego, los tres muchachos regresaron a sus respectivos domicilios, y Jupe y Pete dispusieron todo lo preciso para pasar la noche fuera de casa. Después de cenar, los dos amigos volvieron a la finca de Maxwell James, y se abrieron paso silenciosamente por el parque hasta el estudio. Se ocultaron fuera, escuchando atentamente los ruidos y alguna señal que delatara la presencia del misterioso intruso. Cuando estuvieron absolutamente seguros de su impunidad, Pete se dirigió calladamente al estudio y se metió en la alacena. Con la puerta entreabierta unas pulgadas, podía divisar los ventanales y la mitad de la puerta.

Fuera, Jupiter adoptó una posición estratégica, en medio de unos arbustos, desde donde podía vigilar la puerta del estudio.

Poco después de la puesta del sol, de acuerdo con el plan de Jupiter, Maxwell James recorrió pausadamente el sendero que enlazaba la casa-castillo con el estudio. El pintor comprobó que Pete estaba en la alacena, arregló algunos objetos y cerró los ventanales. Luego, salió y cerró la puerta con toda seguridad. Después de lo cual, regresó a la casa para aguardar la llegada de la noche, momento en que debía juntarse con Jupiter.

Capítulo 16

Una estancia cerrada

Por la abertura de la puerta, Pete observó cómo oscurecía fuera, a través de los dos ventanales enrejados. Estaba dolorido por tener que estar sentado en posición forzosa, pero no quería moverse por temor a hacer ruido.

Transcurrió una hora.

No ocurrió nada. La alacena estaba muy caldeada, casi sofocante. Pete no sabía si Jupiter y el pintor estaban de guardia en el parque. Se le dormían las piernas y esto le ponía muy nervioso.

Poco después, el Segundo Investigador sintió hambre. Se había llevado consigo unos bocadillos y, con sumo cuidado, desenvolvió uno y comenzó a comer sin hacer ruido al masticar.

Pasó otra hora.

La luz de la luna se filtraba por entre el follaje de los árboles, arrojando contra el suelo unas sombras extrañas. Jupiter y Maxwell James estaban agazapados detrás de los espesos matorrales, vigilando la cerrada puerta del estudio.

A las diez de la noche aún no habían visto nada.

El estudio estaba a oscuras y en silencio.

Nadie se movía por el parque de la finca de Maxwell James.

No había sucedido nada en absoluto… al menos, nada fuera de lo normal. El leopardo se paseaba ferozmente por su jaula de cristal, gruñendo y mostrándose inquieto; zumbaban varios insectos, y por entre la maleza se agitaban los animalitos nocturnos.

Jupiter cambió de postura y suspiró.

No sucedía nada.

Pete luchaba contra el sueño. Sentado en la alacena, sintiendo

calor y cansancio, cada vez le pesaban más los párpados. Algo parecía nublarle la cabeza, enviándole como unas oleadas de sueño.

Luchó contra esta sensación, pero sus ojos se le iban cerrando por momentos. Dos veces consiguió dejar de dormitar. La tercera vez despertó después de haber dormido largo rato, y comprendió por qué sentía tan pesada la cabeza. ¡Por los humos!

La alacena estaba llena de latas de pintura, disolventes y aclarantes. Y sus humos llenaban aquel reducto. Debido al calor, al silencio y a los humos, Pete no podía pelear contra el sueño.

Dormitó. Sin saber cuánto tiempo. Pero cuando volvió a despertarse lentamente… ¡algo estaba en el estudio! ¡Sí, algo, al menos, estaba en el estudio!

Pete sacudió la cabeza para aclararla. ¿Estaba ya despierto?

¿O dormía todavía? Su cerebro parecía nadar dentro de una piscina de niebla.

«Ello», lo que fuese, se movía por el estudio. Una forma muy delgada flotaba en medio de un resplandor lunar. Una figura espantosa que parecía coger un cuadro y flotar con él hacia una ventana enrejada, ¡donde el cuadro se desvanecía en el aire!

La fantasmal figura se quedaba junto al ventanal durante varias horas, según Pete. Desesperadamente, éste trató de despabilarse para poder hacer algo.

Un cuadro borroso, movedizo, apareció de nuevo cerca de la figura. Ésta flotó otra vez hacia la estantería, cogió otro cuadro, dejando el primero, y regresó hacia el ventanal.

Pete trató de ponerse de pie.

¡Sus piernas no le obedecían!

La neblinosa figura flotó hacia él.

Pete quiso gritar.

Jupiter y Maxwell James oyeron el ahogado chillido.

—¡Socorro!

¡El grito era débil… y había sonado dentro del estudio!

—¡De prisa, Jupiter —exclamó James!

Los dos se pusieron de pie al mismo tiempo y echaron a correr hacia la pesada puerta de hierro. El estudio estaba a oscuras. Al llegar a la puerta, todo volvía a estar en silencio en el interior. Maxwell James hurgó en la cerradura con la llave, fallando la primera vez. Al fin, el artista logró insertar la llave y abrió. Al

momento, se precipitó junto con Jupiter dentro del estudio.

—¡La luz, Jupiter! El interruptor está cerca de la puerta.

El muchacho lo encontró fácilmente y encendió la luz.

El estudio estaba vacío.

El pintor y Jupiter corrieron hacia la alacena. Pete estaba aún sentado en el suelo. Tenía los ojos muy abiertos, pero parecía ofuscado, aturdido.

—¡Rayos y truenos! —exclamó el artista—. ¡Los humos de los disolventes y los aclarantes! ¡Hay que sacar de ahí a ese chico!

Entre los dos ayudaron a Pete a ponerse en pie. El Segundo Investigador tenía las piernas dormidas; Jupiter y Maxwell James se vieron obligados a pasearle entre los dos por la estancia, a fin de restablecerle la circulación en las extremidades. A Pete se le aclaró rápidamente el cerebro gracias al aire fresco del estudio.

—¡Dios mío! —murmuró el joven—. No podía continuar despierto… pero le vi. Vi algo espantoso, una figura como un fantasmal.

—¡Mirad! —gritó Jupiter de repente.

¡En el suelo del estudio, cerca de la ventana trasera, se hallaba uno de los cuadros de Joshua Cameron! La ventana estaba abierta.

—¡Lo hizo el fantasma! —Se estremeció Pete, y se sentó en el diván cubierto por un mantón, que se hallaba en un rincón del estudio, como si necesitase apoyarse en algo sólido.

Luego describió de qué modo el fantasma había flotado de un lado a otro del estudio, cogiendo los cuadros y llevándolos a la ventana.

—Sí, claro —reflexionó Jupiter—, allí había alguien. No puedo creer que un fantasma esté interesado en los cuadros del viejo Joshua.

—¡Yo vi un fantasma! —Se obstinó Pete.

—Vaya, Segundo, sé lógico. Estabas medio dormido y tenías la vista borrosa por culpa de esos humos del disolvente. Viste aquí en el estudio a alguien, eso sí, y supusiste que era un fantasma.

—Entonces, ¿cómo entró aquí? —Quiso saber James—. Sólo un fantasma podría deslizarse por entre las rejas de los ventanales, y nosotros no hemos visto que nadie se acercara a la puerta del estudio.

—Por tanto, entró por otro camino —replicó Jupiter.

Paseó atentamente su mirada por el estudio y de pronto le brillaron las pupilas.

—¡Ya está! —gritó—. ¡Allí!

Pete y James miraron hacia donde señalaba Jupiter, en la pared del fondo, bastante arriba. Allí, donde se hallaba el ventilador para la aireación del estudio, había un agujero, no muy grande, por donde entraba el resplandor nocturno. El cable eléctrico se hallaba muy tenso desde el enchufe hasta la abertura… saliendo hacia fuera.

Jupiter se dirigió hacia allí y tiró suavemente del cable. Al otro lado de la pared se oyó un ruidito áspero.

—El ventilador no está debidamente cerrado, señor James —explicó triunfante—. Nuestro «fantasma» lo abrió, ya que se abre hacia fuera, y lo dejó colgando, unido al cable, mientras él trepaba aquí dentro.

—¡Pero, Jupiter —protestó el pintor—, ese agujero apenas tiene más de un palmo cuadrado! ¿Quién podría pasar por ahí?

—Alguien muy delgado o muy pequeño, naturalmente —respondió Jupiter.

El artista sacudió la cabeza, incrédulamente.

—Sí, ya sabía que existía una explicación lógica. No se me ocurrió comprobar el ventilador.

—Tampoco a mí —reconoció Jupiter.

Al jefe de Los Tres Investigadores no le gustaba cometer errores, y se hallaba enfadado consigo mismo por haber cometido aquel fallo cuando examinó por primera vez el estudio. Por esto, miró enojadamente la abertura del ventilador. Después, y de forma gradual, su expresión se trocó en otra de intriga.

—Hay un solo problema —exclamó, casi para sí—. Nosotros hemos acudido aquí rápidamente al oír el grito de Pete… en unos cuantos segundos. Yo no he visto a nadie que trepase o descendiese por la pared, ni escapase sin ser visto.

El pintor miró a su alrededor y se encogió de hombros.

—Pues, aquí no hay nadie.

—Exacto, Jupe —añadió Pete.

Jupiter miró a su amigo… ¡y su mirada se inmovilizó!

—¿Qué te pasa, Jupe? —inquirió Pete, nerviosamente.

—Creo que sé la respuesta —afirmó su amigo quedamente—. Sé

donde está «nuestro» fantasmal.

—¿Dónde? —preguntó Pete.

—Debajo de ti. ¡Estás sentado precisamente encima del fantasma!

Pete se levantó como si le hubiesen pinchado. Luego, contempló estúpidamente el diván cubierto con el mantón donde se había sentado. La voz de Jupiter sonó muy alta:

—Bien, ahora ya puedes salir del arcón.

Hubo un silencio. Después, el mantón se elevó lentamente en el aire y cayó hacia atrás, dejando ver que el diván no era más que un arcón muy grande, cuya tapa acababa de levantarse. Los muchachos y el pintor parpadearon asombrados ante la asustada aparición que surgió del arcón.

—¡Skinny Norris! —exclamó Pete.

Capítulo 17

La obra maestra perdida

Skinny Norris estaba sentado muy pálido y desmadejado en un rincón del estudio. Pete se hallaba ante él, custodiándole.

—¿Cómo supiste que estaba en el arcón? —Quiso saber el artista.

—Cuando entró en el arcón desarregló el mantón —explicó Jupiter—. Y por una esquina se veía el arcón. Entonces, al darme cuenta de que no se trataba de ningún diván, como había supuesto antes, y puesto que no había ningún otro sitio donde esconderse, llegué a la conclusión de que, por fuerza, tenía que hallarse ahí dentro.

—Una deducción lógica —asintió James, volviéndose acto seguido hacia Skinny Norris—. De manera que no fue suficiente despedirte por haberte llevado un cuadro sin permiso, ¿eh? Volviste e irrumpiste en el estudio furtivamente, ¿no? ¿Por qué?

—Usted no debió despedirme —repuso Skinny, enfurruñado—. Yo le devolví el cuadro.

No se trata de eso. Tú cogiste algo que no te pertenecía, sin pedir permiso —replicó el pintor, airadamente—. ¿Qué has hecho estas noches en mi estudio? ¿Por qué te interesan tanto los cuadros de Joshua Cameron?

—A todos les gustaría saberlo, ¿eh? —Sonrió Skinny.

—Tú los pasaste a alguien por la ventana, y luego los fuiste devolviendo a la estantería —le acusó Jupiter—. ¿A quién los entregaste, y qué quería ver esa persona en los cuadros?

—¡No pienso decir nada!

—¿Estaba ahí fuera De Groot, el holandés? —preguntó Pete.

—No conozco a nadie llamado De Groot —repuso Skinny.

—¿Te niegas a ayudarnos? —Se enfadó el barbudo pintor—. Muy bien, jovencito. Esto no es «coger» un cuadro y devolverlo. Esto es asalto con nocturnidad y escalo, o sea, un grave delito. Veremos qué opina de esto la Policía.

—¿La Po… Policía? —tartamudeó Skinny—. ¡Oh, no, papá me mataría! Yo no quería…

Fue Pete quien captó un destello, como una cara, en el ventanal de atrás del estudio.

—¡Jupe! —avisó—. ¡Hay alguien en…!

—¡Que nadie se mueva! —murmuró una voz disfrazada—. ¡Tengo una pistola! Quedaos donde estáis. ¡De prisa, Norris!

Ni Jupiter ni Pete reconocieron aquella voz disfrazada.

—No os mováis, chicos —les recomendó James—. Ese individuo dispararía.

A sus espaldas se cerró la puerta de hierro, al escapar Skinny. Luego, oyeron cómo el hombre apostado junto al ventanal corría por entre la penumbra de la noche.

—¡Se ha ido! —exclamó Pete.

—Lo mismo que Skinny —gruñó Jupiter—. A Skinny podemos hallarle cuando queramos. Y me dará explicación satisfactoria o… iré a la Policía.

—Bien, hemos descubierto que Skinny era el intruso y sabemos que está confabulado con alguien —dijo Jupe—, aunque ignoramos con quién y por qué. ¿Para qué querrá examinar un individuo los viejos cuadros de Joshua?

—Skinny los iba pasando por el ventanal —observó Pete—, y el otro se los devolvía. Por tanto, no eran los cuadros lo que quería. A menos que los haya cambiado por otros… ¡A menos que se haya llevado los buenos, sustituyéndolos por otros de menor calidad!

—No —replicó James—, el cuadro que está en el suelo es auténtico. De esto no hay duda.

Jupiter se inclinó para recoger el cuadro caído en tierra, cerca del ventanal. Luego, meneó la cabeza con desaliento.

—Si esos cuadros formasen una especie de mensaje, una clave… Yo no puedo… ¡Señor James!

Jupiter estaba examinando atentamente una esquina del cuadro. El pintor se le aproximó.

—¡Esta esquina del cuadro está húmeda! —afirmó el Primer Investigador.

—¿Húmeda? —repitió el artista, tocando la tela—. Pues sí, está húmeda. ¡Alguien la ha mojado… alguien ha querido comprobar si había algo debajo de la pintura, y luego ha vuelto a retocarlo todo!

—¿Por qué? —se interesó Pete.

El pintor frotó la esquina mojada de la tela.

—Pues para ver si había otra pintura debajo de la de Joshua Cameron. Ese hombre quitó una capa de pintura de la esquina, y retocó luego el cuadro para disimular lo que había hecho.

Jupiter miraba al espacio, como viendo una visión.

—¿Algo «debajo» de la pintura del viejo Joshua? Señor James, ¿puedo utilizar el teléfono? Tengo que efectuar una llamada… ¡Todavía no es demasiado tarde!

Media hora más tarde, Jupiter, Pete y el pintor se hallaban delante del falso castillo, cuando llegaron en el coche el profesor Carswell y Hal. Jupe presentó los recién llegados al artista.

—¿Qué pasa, Jupe? —preguntó Hal.

—Vamos al estudio del señor James —invitó el Primer Investigador.

Dentro del estudio, Pete y Jupiter sacaron otra vez todos los cuadros del viejo Cameron de su estantería. Hal y su padre los divisaron tan pronto como entraron.

—¡Los habéis hallado! —proclamé Hal.

—Buen trabajo, amiguitos —alabó el profesor—. ¿Se lo habéis comunicado ya a la Condesa? Estará muy contenta.

—Aún no, señor —replicó Jupiter—. Les hemos llamado a usted y a su hijo porque tenemos ya una idea del caso. Creemos saber ya qué es eso tan valioso que todo el mundo quiere poseer.

—¿Ya lo sabemos? —se extrañó Pete.

—Sí, lo sabemos —asintió Jupe—. Hal, ¿te acuerdas del marco dorado que vimos en la cabaña de adobe? Dijiste que antes había enmarcado un cuadro.

—¿Un marco? ¿El marco dorado? —repitió el profesor Carswell —. No recuerdo haber visto ningún cuadro en un marco dorado, Hal.

—Fue cuando llegó el viejo Joshua a la casita, papá —le explicó su hijo—. Yo lo vi un día por casualidad. —El viejo me contó que se

trataba de una imitación, un grabado, y que iba a deshacerse de él. Ya no volví a ver más aquella tela. Después, volví a ver el marco ya sin el cuadro, en la cabaña.

—¿Puedes describir el cuadro, Hal? —le pidió Jupiter.

Hal se rascó la cabeza.

—Bueno, había una montaña, unos caballos, unos árboles como palmeras y unas personas desnudas delante de una choza de hierbajos. Pero la montaña era de color púrpura, los caballos eran azules, las palmeras amarillas y las personas rojas.

—¿Cómo? —gritó el artista, con sus pupilas muy resplandecientes—. ¿Estás seguro de que así era el cuadro, Hal?

—Seguro. Una algarabía muy rara de colores.

—¿Lo reconocerías de nuevo? —preguntó Jupiter.

—Si lo viese, si.

—Y usted, señor James, ¿sabe de qué cuadro se trata?

—¡Un momento! —exclamó el pintor.

Luego, se dirigió velozmente hacia un estante donde había varios libros de arte. Buscó uno, lo abrió y fue pasando las hojas.

¡Ah, aquí esta! Es este el cuadro que viste, ¿verdad, Hal?

El muchacho contempló el cuadro reproducido en el libro. Todos le imitaron.

—¡Seguro! —declaró Hal—. ¡Es éste!, ¡exactamente el mismo!

—Entonces, lo que viste fue un grabado de un famoso cuadro del famoso pintor francés Francois Fortunard. Una obra maestra, chicos, que por desgracia ya no existe. Los nazis la destruyeron cuando ocuparon Francia en la Segunda Guerra Mundial. Los nazis odiaban a Francois Fortunard y a toda su obra. Fue una terrible tragedia para el arte. Sólo que… —el pintor tenía una expresión rara en su rostro— este cuadro lo poseía un particular y no creo que se hicieran grabados del mismo.

—No creo que se trate de ningún grabado o reproducción, señor James —asintió James—. Creo, más bien, que el cuadro no fue destruido… ¡y que Joshua Cameron lo tenía en su poder!

—¡Canastos! —exclamó Pete—. ¿Cuánto valdría hoy si estuviera en venta?

—Un Fortunard vale una fortuna… y perdonad el chiste —respondió el pintor—, pero éste, supuestamente destruido, valdría mucho más. ¡Tal vez medio millón de dólares! Jupiter, ¿no

pensarás…?

—Estoy segura de que el viejo Joshua poseía algo muy valioso —insistió Jupiter—. Empleó la palabra «maestra» en su último delirio… y bien podía haber pronunciado «maestras», refiriéndose a «obras maestras», y por esto alguien deseaba apoderarse de sus cuadros… ¡creyendo que uno ocultaba algo!

—¡El Fortunard debajo de uno de esos cuadros! —exclamó el pintor, contemplando los veinte cuadros del viejo difunto—. ¡Vamos a comprobarlo!

—¡Un momento! —Le detuvo el profesor Carswell—. ¿Cómo puede usted comprobar si hay alguna pintura debajo de estas obras sin dañar la que haya debajo?

—Se trata de un truco —admitió James—. Yo he estudiado la técnica de la restauración y sé cómo hacerlo sin perjudicar las pinturas.

El barbudo artista sacó de la alacena un frasco de disolvente, un paño suave y otros instrumentos. Luego, con sumo cuidado, frotó con el paño mojado en el disolvente una esquina de un cuadro del viejo Cameron. Al ver que debajo no había nada, retocó la esquina y procedió a hacer lo propio con otro cuadro. Media hora más tarde se incorporó con expresión de fastidio.

—No hay nada escondido debajo de ninguno de estos cuadros —anunció—. Lo siento, Jupiter. Estás equivocado. El Fortunard fue destruido.

Jupiter se tiró del labio.

—Estaba tan seguro, señor… —murmuró—. ¡Estos cuadros han de ser la clave de algo muy valioso, de algo muy importante!

—Tal vez, Jupiter —asintió James—, mas la respuesta es otra. Los cuadros no son más que lo que representan.



—Supongo que lo mejor será que Hal y yo nos los llevemos —dijo el profesor—. Mañana se los devolveremos a la Condesa y ella le devolverá, a su vez, el dinero que usted pagó por ellos, señor James.

Los muchachos ayudaron a cargar los cuadros en el coche del profesor Carswell, y éste y su hijo Hal se marcharon a su casa.

—Muchachos, vosotros podéis quedaros a dormir aquí —les aconsejó el pintor a Jupiter y Pete—. Ya es demasiado tarde para que os vayáis a casa. Tal vez se os ocurrirá otra explicación respecto al valor posible de esos cuadros. Y quizá Skinny Norris podrá

decirnos algo más ahora —añadió el artista, sonriendo ominosamente—. Mañana iré a verle y le obligaré a hablar.

Capítulo 18

¡Desaparición!

Por la mañana, Jupiter tuvo que quedarse en la oficina, puesto que su tío Titus salió con Hans y Konrad en una camioneta para ir en busca de unos objetos que le hablan ofrecido.

Y fue Pete quien condujo al señor James a la casa de Skinny Norris.

—No veo el coche de Skinny por ninguna parte, señor James —observó Pete.

—Tal vez sus padres sepan dónde esté —repuso el artista.

Fue la señora Norris la que contestó a la llamada. Su rostro adoptó una expresión angustiada cuando les vio.

—Pensé que… —empezó a decir la buena mujer. Después se fijó en Pete y se enfureció súbitamente—. ¿Qué le has hecho a mi Skinner, Pete Crenshaw? Siempre que mi hijo tiene tratos contigo y con tu ridículo y gordo amigo, ese Jupiter Jones, ¡le ocurre algo! ¿Qué le habéis hecho ahora?

—Los chicos no le han hecho nada, señora Norris —intervino el pintor, con cierto enojo—. Más bien se trata de lo contrario, y si a su hijo le sucede alguna desgracia cuando tiene tratos con Pete y Jupiter, supongo que la culpa es suya.

—¿Y usted quién es? —Quiso saber la madre de Skinny.

—Me llamo Maxwell James, señora.

—¿El pintor para quien trabajaba mi hijo? ¿Por qué le despidió tan injustamente?

—¿Que yo le despedí injustamente? —repitió James—. Me parece que su hijo también le miente a usted, señora.

El pintor pasó entonces a relatarle a la señora Norris por qué

había despedido a Skinny, cuando se enteró de que el joven había cogido un cuadro sin pedir permiso.

La señora Norris pareció desolada.

—Skinner no me contó eso. Lo siento, señor James. A veces, mi hijo no tiene un gran sentido de la responsabilidad, y yo sé que Pete y Jupiter le vuelven loco.

—Temo que lo que ocurre es que su hijo tiene celos de ellos, señora Norris —replicó el artista—. Bien, ¿podemos hablar con él?

—No está en casa, señor James.

—¿Dónde está? Le aseguro que se trata de un asunto muy grave, y por esto es necesario que hable con él —objetó James.

—Ignoro dónde está Skinner, señor James… No… no ha venido a casa en toda la noche.

—¿Ha estado fuera toda la noche? —preguntó Pete, estupefacto.

—Si. —La señora Norris parecía asustada—. Cuando ustedes llamaron, creí que era Skinner, o alguien que sabía dónde estaba. Su padre ya ha ido a informar a la policía de su desaparición.

—Señora Norris, ¿le contó Skinny —quiso saber Pete— algo de lo que ha hecho desde que el señor James le despidió?

—No, pero yo he tratado de imaginarlo —confesó la madre de Skinny—. Lo único que recuerdo es que ha trabajado para alguien, y que él me dijo que se trataba de la clave para obtener una fortuna. No sé a qué se refería, pero ahora estoy terriblemente angustiada. Si hay una fortuna envuelta en este caso, puede haberle ocurrido alguna grave desgracia a mi pobre Skinner.

—No se inquiete, señora Norris —la calmó el pintor—. Anoche, Skinny se vio en un apuro en mi casa. Supongo que le asusté al decirle que iba denunciarle a la Policía, y debe estar, sencillamente, escondido en alguna parte, para evitar que lo atrapen.

—Ojalá sea así, señor James —suspiró la atribulada madre—, pero estoy muy preocupada. Por aquí hubo un individuo que llevaba un coche azul. Skinner habló con ese hombre, y luego descubrimos que teníamos el teléfono derivado. ¡Temo que alguien haya secuestrado a mi pobrecito Skinner!

Bob llegó al «Patio Salvaje» en el mismo instante en que tío Titus regresaba de su viaje. Jupiter quedó libre por unos minutos y los dos chicos se retiraron al puesto de mando, a fin de estudiar otra vez tan intrigante caso.

Jupiter le contó rápidamente a su amigo los sucesos de la noche pasada en el estudio del pintor, y Bob escuché atenta, y casi incrédulamente, todos los hechos. Al saber que no había nada escondido debajo de los veinte cuadros se mostró tan desanimado como su obeso amigo, y comentó, con gran desilusión:

—Entonces, ¿Joshua no poseía el valioso cuadro Fortunard? —exclamó, tristemente—. ¿O sea, que realmente fue destruido por los nazis, y Joshua sólo poseía una reproducción?

—No, yo estoy seguro de que el viejo Joshua poseía el verdadero Fortunard y que lo escondió —replicó Jupiter, tercamente—. Cuando murmuré la palabra «maestra» en su delirio, sé que se refería a «obra maestra». Hal lo vio y Joshua pretendió que era solo una reproducción o un grabado. Después, el viejo escondió el cuadro para que no lo viera nadie más. Cuando se puso enfermo, trató de dejar un mensaje diciendo donde estaba. Un mensaje cifrado para que Hal o su padre no pudieran entenderlo.

Jupiter volvió a sacar la hoja de papel donde había anotado las últimas palabras del moribundo Joshua, y la puso encima de la mesa.

—Bien, «zig cuando zag» puede ser una orientación, y «camino equivocado» podría ser lo mismo, y querer significar «donde no debe estar», o sea, «al revés». Sin embargo, la segunda vez que Joshua empleé la palabra «equivocado», lo hizo sin acompañarla de ninguna otra. Tal vez quiso decir que había de buscar algo erróneo. Algo que debía de ser diferente de lo que parecía. Como en esos dibujos donde hay que encontrar los errores cometidos a propósito, ¿comprendes?

—¡Huy, si! Yo los resuelvo siempre.

—Yo también —afirmó Jupe, sin darle importancia.

—O sea, que él hizo algo de manera equivocada —reflexionó Bob—. Tal vez un «zig» que debía ser un «zag».

—Exactamente —asintió Jupiter—. Estoy seguro de que «maestra» significa «obra maestra», y el hecho de que el viejo Joshua hablase de «mis cuadros, mis telas» y las «telas», indica claramente que los cuadros son la clave del mensaje. En esos cuadros hay algo que nos indica dónde está la obra maestra.

—Sí, pero ¿qué, Jupe? —Bob estudió de nuevo el mensaje del papel—. Tú y Pete examinasteis esos cuadros minuciosamente,

¿verdad?

Jupe meneó la cabeza desdichadamente.

—Reconozco que, por el momento, no lo sé. Pero tenemos una pista que seguir… Si, se trata de la manera cómo se encoge la casita en esos cuadros. ¿Por qué el viejo Joshua pintó la casita cada vez más pequeña en los veinte cuadros, dejando todo lo demás de los cuadros del mismo tamaño?

Bob meditó arduamente.

—Tal vez quería decir que había que quitar la casita del paisaje, Jupe. Quizás el cuadro está escondido debajo de la casita.

—Bueno… es posible —concedió Jupiter—. Pero, en tal caso, habría omitido la casita por completo en el último cuadro.

—¿Y uno de los árboles? En alguno puede hallarse el cuadro oculto. Tal vez si examinamos otra vez los cuadros, veamos que algún detalle, algún objeto, siempre es el mismo.

—También es posible, Archivero. Si, necesito examinar otra vez esos cuadros cuando Pete y el señor James vuelvan de hablar con Skinny Norris. Quizás éste les cuente ya la clave.

—¿Crees que lo haría, en caso de saberla?

—Tal vez, si bien no me siento muy optimista, Bob. Dudo mucho que la persona que contrató a Skinny le contase la verdad de todo.

—Seguro que no —asintió Bob.

—Mientras tanto —prosiguió Jupe—, hay otra cosa que me intriga mucho.

—¿Qué es, Jupe?

—¿Recuerdas que Hal nos contó que el viejo Joshua le dijo una vez que él era el pintor más caro del mundo y se echó a reír, añadiendo que esto no lo sabía nadie? ¿Por qué lo dijo y por qué se echó a reír? —Tal vez quiso decir que sus cuadros eran muy caros porque eran la clave para encontrar el cuadro maestro de Fortunard.

—Ya lo he pensado —admitió Jupiter—, pero creo que el viejo Joshua hablaba de forma más general… como si sus cuadros fuesen muy caros, pero desconocidos.

—Bueno, el señor James afirmó que esos cuadros eran, técnicamente, muy buenos, y De Groot piensa lo mismo, por lo visto.

—Pero el señor James añadió que Joshua carecía de estilo

propio, por lo que sus obras no son muy buenas… y cualquier comerciante en obras de arte lo sabría al momento. Creo que De Groot nos ha engañado y que no es siquiera un marchante de cuadros.

—¿Qué es, entonces, Jupe? ¿Un miembro de la banda?

—No estoy seguro —confesó Jupiter—, pero estoy convencido de que De Groot sabe que Joshua poseía el famoso Fortunard…, y lo quiere para sí.

—¿Crees que el viejo Joshua dejó su mensaje para De Groot? —indagó Bob.

—Quizá sí, Archivos —asintió Jupiter—. Creo que…

Los dos oyeron en aquel momento unos arañazos en el túnel dos. Se abrió la trampilla y apareció Pete. El Segundo investigador estaba grave y descompuesto al mirar a sus amigos.

—¡Chicos, ha desaparecido Skinny! —anunció—. ¡Y su madre cree que lo han secuestrado!

—¿Secuestrado? —gritó Bob.

—¿Por quién, Pete? —Quiso saber Jupiter.

—Los Norris no lo saben, primero. Pero la madre de Skinny nos ha contado que vio el coche azul dando vueltas en torno a su casa, y a Skinny hablando con un hombre.

—¡Con De Groot! —exclamó Bob.

—La señora Norris nos ha contado que hicieron una derivación en su teléfono —agregó Pete—. Eso debió ocurrir el día en que nosotros le vimos como un empleado de Teléfonos. El mismo día en que nos cogió.

—Sí —asintió Jupiter—. ¿Sabe la señora Norris lo que ha estado haciendo su hijo, o para quién trabajaba?

—No, Jupe —replicó Pete—. Sabe solamente que Skinny trabajaba para alguien, y que el chico le dijo que se trataba de hallar la clave de una fortuna.

Jupiter meditó unos instantes antes de hablar.

—Amigos, el trabajo de Skinny consistía en pasar los cuadros del viejo Joshua a través del ventanal del estudio del señor James a otra persona. ¡Esto demuestra que esos cuadros son la verdadera clave del asunto! Y su secuestro sólo puede significar una cosa: que Skinny sabe demasiado y alguien desea obligarle a callar. ¡Seguro que ese alguien se llama De Groot!

—Pobre Skinny… —se compadeció Bob—. Seguro que está en un apuro muy serio.

—Sí —asintió Jupiter—, y si queremos librarle del mismo, tenemos que solucionar el mensaje de los cuadros del viejo Joshua. ¡Vámonos a casa del profesor Carswell!

Capítulo 19

¡Atrapados!

Cuando los muchachos iban en bicicleta hacia el caserón del profesor Carswell, Pete les contó a sus amigos que el señor James se había dirigido a la Policía para comunicar el incidente de su estudio la noche anterior.

—El señor Norris ya había ido también a dar parte de la desaparición de su hijo —añadió Pete.

—Entonces, estarán buscando el coche azul de De Groot —decidió Jupiter—. Pero si nosotros solucionamos el enigma de las ultimas palabras y los cuadros del viejo Joshua, hallaremos a De Groot antes.

—¿Crees que el holandés ha solucionado el mensaje? —preguntó Bob.

—Al menos, está muy cerca de la solución. Por esto probablemente ha secuestrado a Skinny —repuso Jupiter—. Para impedir que el chico hablar con nadie antes de que halle la obra maestra.

Cuando llegaron al caserón del cañón, los muchachos divisaron al momento a Hal en el porche de la casita. El chico bajó corriendo a su encuentro. Estaba muy agitado.

—¡Esta mañana alguien ha estado aquí! —Les comunicó atropelladamente—. Y ese alguien registró toda la casita.

—¿Estaban ahí dentro los veinte cuadros? —preguntó Jupiter.

—No, los tenemos en la casa. Quisimos llamar a la Condesa, pero ella y el señor Marechal no estaban en el motel esta mañana —explicó Hal—. Papá fue hasta allí para hablar con la Condesa en persona, y comunicarle que tenemos ya los cuadros en nuestro

poder, y que alguien todavía anda registrando la casita.

—¿Visteis a alguien por los alrededores? —preguntó Jupiter.

—Sí —afirmó Hal—. Cerca del garaje. Sólo un vistazo…; pero era un hombre. Corrió hacia el barranco y fue entonces cuando descubrimos que habían registrado la casita.

—Miremos en el garaje —propuso Jupiter.

—Tal vez ese hombre dejara caer algo —añadió Bob.

Fueron todos hacia el garaje, situado detrás del caserón, y se separaron para examinar el terreno. No hallaron nada. Decepcionados, se reunieron delante del garaje.

—Ciertamente, no hay el menor rastro —declaró Bob.

—No —concedió Jupiter—. Ni huellas, ni pisadas… Vámonos a la casita. Quiero ver si…

En aquel momento llegó hasta sus oídos un ruido muy extraño. Todos se contemplaron entre sí. Era un sonido muy raro, como el gruñido estrangulado de un animalito.

—¿Qué… qué es eso, compañeros? —preguntó Hal, tartamudeando.

—¡Chist…! —Les recomendó Jupiter silencio.

El extraño rumor era débil y como ahogado. Pero sonaba muy cerca. Como si alguien quisiera hablar con el rostro pegado al suelo. Un murmullo ininteligible. Luego, algo resonó dentro del garaje.

—¡Es en el garaje! —exclamó Bob.

—¡Hay alguien allí dentro! —agregó Pete.

Fue él quien corrió hacia la portalada y trató de abrirla. No lo consiguió.

—Esta puerta está bien cerrada —anunció Hal—. Vamos, entraremos por la puertecita lateral.

Echó a correr hacia allá y se detuvo sorprendido.

—¡Eh! —gritó.

Miró con extrañeza la portezuela, asegurada con un candado.

—¿Qué pasa, Hal? —inquirió Bob.

—Nosotros jamás cerramos esa puerta a menos que estemos fuera de casa algún tiempo. Y ahora…

El hijo del profesor sacó del bolsillo un llavero, eligió una llave y apresuradamente abrió el candado. Después, empujó la puerta. Al irrumpir dentro del garaje, los muchachos miraron a su alrededor. El garaje estaba vacío, aparte de unas herramientas y unas tablas

amontonadas en un rincón.

¡Algo se movía en una esquina! Alguien estaba allí, maniatado y amordazado, con los ojos desorbitados. Y ese alguien balbuceaba unas palabras entre la mordaza.

—¡Es Skinny! —Le reconoció Bob.

Entre todos desataron al joven.

—¿Qué ha sucedido, Skinny? —le preguntó Pete.

Skinny Norris se puso de pie con gran trabajo. Tenía el rostro pálido y los ojos mostraban su enorme susto. Se frotó las muñecas y los tobillos, enrojecidos por las cuerdas.

—Jamás pensé que me alegraría tanto de veros —confesó, atemorizado aún—. Caramba, siento haberos causado tantas molestias.

—Seguro —musitó Pete.

Sabía que Skinny estaba temblando, muy asustado, pero tenía muy poca fe en el agradecimiento del muchacho, y pensaba que cuando se hubiera tranquilizado volvería a ser el mismo Skinny de siempre.

—Skinny, cuéntanos qué ha pasado —insistió Jupiter con impaciencia.

—¿Dónde has estado toda la noche? —preguntó Bob.

—Bueno —explicó el joven, nerviosamente—, cuando huí del estudio, nosotros vinimos aquí. Entonces, me agarró por detrás… y me ató. Estuve a punto de caer al barranco. Oh, en la oscuridad no se ve, a menos que uno conozca bien estos andurriales. Él se echó a reír y dijo que, al menos una vez, todo el mundo se cae al barranco.

Jupiter contemplaba fijamente al asustado muchacho.

—Sí, alguna vez todo el mundo se cae al barranco —corroboró lentamente.

—A primera hora de esta mañana, me encerró en el garaje. Y desde entonces he estado ahí. Temía hacer ruido… por si él estaba por aquí. Pero cuando oí vuestras voces.

—¡Tuviste suerte! —exclamó Pete.

—Jupe, ¿en qué piensas? —Quiso saber Bob de pronto. El grueso jefe del trío todavía seguía mirando fijamente a Skinny, como si en el rostro del joven tuviese algo asombroso.

—Skinny, ¿quién fue…? —preguntó luego, con voz temblorosa por la agitación.

La puerta lateral del garaje se cerró de repente, y los muchachos se sobresaltaron, alarmados. Luego, oyeron cómo alguien cerraba el candado. ¡Estaban encerrados en la oscuridad del garaje, que carecía de ventanas!

—¡Eh! —gritó Hal—. ¡Estamos aquí! No hubo respuesta.

—¡De prisa! —les urgió Jupiter—. ¡Miremos por las grietas y desconchaduras de las puertas, por todos los agujeros que encontremos en las paredes y las puertas!

Pete y Bob se agacharon a atisbar hacia fuera por entre las aberturas y grietas de la gran portalada principal. Jupiter halló un agujero en la pared de atrás. Hal se arrodilló delante de una grieta de la pared lateral.

—¡He visto a alguien! —proclamó Hal.

Los Tres Investigadores corrieron silenciosamente a su lado y miraron también por la grieta.

—¡Es De Groot! —susurró Pete.

El grueso holandés estaba mirando al garaje, frunciendo el ceño. Mientras los chicos le observaban, tendió la vista a su alrededor como buscando algo o a alguien.

—¡Déjenos salir de aquí, De Groot! —gritó Hal.

—¡Ya sabemos lo que busca usted! —añadió Bob.

De Groot volvió la vista hacia el garaje, frunciendo aún más el ceño.

—Ahí dentro estáis a salvo —replicó—. Quietos y…

El holandés dio media vuelta rápidamente, mirando hacía el caserón y después echó a correr hacia el chaparral que se extendía detrás del garaje, desapareciendo de la vista.

Durante un largo minuto nada se movió en el exterior.

Luego, los muchachos oyeron unas pisadas, y el señor Marechal entró dentro de su radio visual.

—¡Señor Marechal! —gritó Pete, aliviado—. ¡Tenga cuidado, que De Groot está por ahí!

El intendente de la Condesa miró hacia el garaje.

—Se internó por esa arboleda de atrás —le indicó Bob. El señor Marechal dio media vuelta para examinar con la vista el chaparral.

—Nos ha encerrado aquí. ¡Déjenos salir, señor —gritó!

El señor Marechal se aproximó al garaje.

—¿Está solo De Groot? —preguntó.

—Sí —repuso Pete—. ¡Skinny Norris está aquí con nosotros!

—¿Norris? —repitió Marechal—. Ya. Vigilad atentamente a ese chico, amigos. No os fiéis de él. ¡Os engañará en cuanto pueda!

El caballero del pelo plateado probó la puerta lateral.

—El candado está cerrado. ¿Y la puerta principal?

—Está cerrada, señor —le informó Hal—. Pero yo tengo la llave del candado. Se la pasaré por debajo de la puerta.

—¡Eh, Jupiter! —gritó Skinny.

—Calla, Skinny —le murmuró Jupiter al oído.

Hal sacó la llave del llavero y se agachó para deslizaría por debajo de la puerta lateral… y chocó fuertemente contra Jupiter. Hal perdió el equilibrio, cayendo al suelo. Se oyó un sonido metálico.

—¡La llave! —exclamó Hal—. La he perdido. ¡Mirad por el suelo!

—¿Qué ocurre, chicos? —preguntó el señor Marechal desde fuera.

—¡Se me ha caído la llave! —gimió Hal—. Y aquí dentro no se ve nada. ¡Ahora la estamos buscando por el suelo!

—De prisa, muchachos —urgió el señor Marechal.

Pete, Bob y Hal estaban agachados, buscando la llave por el piso de cemento, Skinny estaba sentado en un rincón, y Jupiter no se había movido desde su encontronazo con Hal.

—No la encuentro —dijo Pete.

—Ni yo —añadió Bob.

—¿Dónde estará? —gimió Hal, tanteando el suelo con las manos.

—Viene un coche, amigos —dijo Jupiter de repente. Todos corrieron hacia la puerta a mirar… todos, excepto Skinny, que siguió sentado en su rincón. De espaldas al sol, el señor Marechal estaba mirando al frente. Los muchachos oyeron cómo se detenía un coche en el senderito de la casa del profesor Carswell.

De pronto, el señor Marechal desapareció, corriendo hacia el chaparral, camino del barranco.

—¡Debe de haber visto a De Groot! —exclamó Hal.

—¡Oh, no! —objetó Pete—. ¡Mirad, amigos!

Todos vieron a De Groot que de repente surgió de la arboleda y echaba a correr en la misma dirección emprendida por el señor

Marechal.

¡El grueso holandés empuñaba una pistola!

Capítulo 20

Un criminal desenmascarado

Desvalidamente, los muchachos miraban a través de las grietas de la pared posterior del garaje. De Groot y el señor Marechal ya habían desaparecido. Unos segundos más tarde, el profesor Carswell y la Condesa entraron en el radio visual de los chicos.

—¡Papá! —chilló Hal.

El profesor Carswell dio media vuelta.

—Hal, ¿dónde estás?

—En el garaje, ¡papá! ¡Estamos encerrados!

El profesor y la Condesa corrieron hacia el garaje. El padre de Hal abrió el candado con su propia llave y entró en el garaje. Todos los chicos se agruparon en torno al profesor y la Condesa.

—¿Cómo demontres os habéis quedado encerrados, chicos? —preguntó el profesor.

—Fue De Groot quien nos encerró —explicó Pete, añadiendo.

El señor Marechal nos habría hecho salir, pero Hal perdió su llave por el suelo y no logramos encontrarla. ¡Y ahora De Groot está persiguiendo al señor Marechal con una pistola!

—¿Armand está aquí? —inquirió la Condesa—. ¿Y también De Groot?

—¿No sabía que el señor Marechal estaba aquí, Condesa? —preguntó súbitamente Jupiter, con gran interés—. ¿Está sorprendida?

—Sí, lo estoy —admitió la Condesa—. Como ya le he dicho al profesor Carswell, desde ayer por la noche el señor Marechal no se ha presentado por el motel. Ha estado fuera toda la noche. No sé dónde ni por qué. No me dijo que se iba.

—La Condesa asegura —intervino el profesor— que anoche el coche azul de De Groot estuvo estacionado delante del motel.

—¡Y de Groot ahora persigue al señor Marechal con una pistola! —repitió Pete, asustado.

—Si no hubiera perdido la llave —declaró Hal—, y el señor Marechal nos hubiera dejado huir, De Groot no se hubiese atrevido a abandonar su escondite. ¡Tenemos que ayudar al señor Marechal!

—Oh, no —objetó Jupiter—. No tenemos que ayudar al señor Marechal, ni se ha perdido la llave.

El obeso jefe de Los Tres Investigadores movió el pie. Se agachó y recogió la llave que había estado debajo de aquel pie todo el tiempo. Todos le contemplaron estupefactos, al verle con la llave en la mano.

—Jupe —exclamó Bob sorprendido—. ¿Por qué…?

—¿Tú tenias la llave debajo del pie? —se extrañó Pete.

Jupiter volvióse hacia Skinny Norris, que continuaba en el rincón.

—Ahora ya estés a salvo, Skinny —le dijo Jupiter—. Puedes decirnos quién te secuestró y te encerró aquí. Puedes decirnos quién es la persona para quien trabajas.

—¡Para De Groot, naturalmente! —intervino Hal.

—No, en absoluto —negó Jupiter.

Skinny se humedeció los labios nerviosamente.

—Tienes razón, Jupiter. Fue el señor Marechal quien me contrató. Fue a verme al día siguiente de llevaros yo el cuadro que le quité al señor James. Me contrató para que le pasara los cuadros a través del ventanal del estudio para ver si había algo escondido debajo de las veinte pinturas. Yo estaba furioso por haberme despedido el señor James y me ofrecí a ayudar al señor Marechal.

—¿Estabas trabajando para el señor Marechal? —repitió Bob, aturdido.

—Ya os dije que ninguno de vosotros sabía lo que pasaba —sonrió Skinny, con la misma expresión aviesa de otras veces.

Ahora que se encontraba a salvo volvía a sentir celos de los investigadores.

—Sí, entonces debí comprender a qué te referías —asintió tristemente Jupiter—. Amigos, Marechal no nos hubiera dejado salir del garaje. Probablemente, planeaba atarnos a todos igual que a

Skinny. ¡O algo peor! Por eso yo pisé la llave. Encerrados aquí, estábamos a salvo de Marechal.

Pete se estremeció.

—¡Dios mío, cómo me engañó el señor Marechal! —exclamó.

—Y a mí —asintió la Condesa—. ¿Estás seguro de lo que dices, Jupiter?

—Sí, Condesa —afirmó el aludido, con firmeza—. La historia de Skinny demuestra que Marechal es un tipo peligroso. Y sabiéndolo, muchos detalles tienen ahora más sentido. Por ejemplo, que la Policía todavía no haya aparecido en este caso. Marechal nos dijo en el hotel que llamaría a la Policía cuando nos despidió. Pero no la llamó.

—No, supongo que no —concedió la Condesa.

—Naturalmente, la Policía le habría malogrado el plan —asintió Jupiter—. No nos despidió a causa del peligro que corríamos en este caso, sino para quitarnos de en medio. Ya tenía consigo a Skinny y necesitaba librarse de nosotros.

Jupiter hizo una pausa, contemplando a Skinny Norris.

—Ahora ya sabemos qué hacía Skinny ayer por la mañana en el motel —prosiguió el jefe de los investigadores—. Estaba simplemente buscando a Marechal. Y huyó para evitar tener que hablar con nosotros. Pero nosotros interpretamos mal su huida, y sus acciones, pensando que había intentado penetrar en el pabellón de Marechal con intenciones malvadas.

—Vaya, resulta que no sois tan listos como parece —se burló Skinny.

Jupiter le ignoró y continuó con su relato.

—Supongo, Condesa, que el señor Marechal ni siquiera estuvo visitando a la mujer que adquirió la estatua del viejo Joshua, para recuperarla, ¿verdad?

—No, que yo sepa, Jupiter —replicó la Condesa.

—Supongo que no —asintió Jupiter—. Siempre se mostró mucho más interesado en los cuadros desaparecidos que en los demás objetos. Y cuando oyó las palabras del moribundo, de labios de Hal, comprendió que los cuadros eran la clave.

—¿La clave, Jupiter? —La Condesa frunció el ceño—. ¿La clave de qué?

—Para saber dónde escondió su hermano Joshua la obra maestra

de Francois Fortunard, Condesa —explicó Jupiter—. Un cuadro supuestamente destruido que el señor James asegura que vale una gran fortuna.

—Pero, Jupiter —objetó el profesor Carswell—, ¿cómo podía saber el señor Marechal que el viejo Joshua poseía ese cuadro? La Condesa no lo sabía. Y con toda seguridad, sabía más cosas de su propio hermano que el señor Marechal.

—No, señor —replicó Jupiter, firmemente—. Temo que el señor Marechal también engañó a la señora Condesa. Mientras hemos estado encerrados en el garaje he hecho algunas deducciones. Ahora estoy seguro de que no fue De Groot el que nos encerró en la cabaña de adobe hace dos días, ni quien la registró tan frenéticamente. Tampoco fue De Groot el misterioso intruso del primer día en la casita, cuando tío Titus le compró al profesor todos los objetos del viejo Joshua. ¡Fue Marechal! Estaba enterado de lo referente a la obra maestra de Fortunard. Y vino aquí en secreto, antes de venir ostentosamente con la Condesa, para apoderarse del cuadro.

—¿Cómo sabía que Joshua tenía esa pintura? —Quiso saber la Condesa.

—Lo supo siempre, Condesa —respondió Jupiter—. ¿Recuerda que el viejo Joshua murmuró las palabras «diles y diama»? Bien, yo pensé que quería decir Diana. No, no era esto. En realidad, quiso decir: «di a Ma»… Seguramente, le falló la voz, pero se refería a Marechal. ¿Lo entienden? Dile a Marechal… ¡Porque Marechal era el antiguo compinche de Joshua!

—¿Compinche? —Se asombró la Condesa—. ¿Compinche de qué? ¿De algo criminal?

—Exactamente, Condesa. De algo criminal relacionado con la obra maestra de Fortunard. Todavía no conozco con exactitud todos los detalles, pero sé que se trata de algo criminal.

—¡Me estás dejando aturdida, Jupiter! —exclamó la Condesa, con gran dignidad—. Si es así, tenemos que llamar a la Policía ahora mismo para que cojan a Armand… antes de que haga más daño.

—Y no olvides que De Groot todavía debe de estar por ahí fuera —añadió Bob—. Y que está mezclado en el caso.

—Yo mismo iré a avisar a la Policía —se ofreció el profesor

Carswell—. Skinny, ven conmigo.

—Iré yo también —decidió Jupiter—. Quiero volver a estudiar los cuadros. Tenemos que descifrar la clave del lugar donde está escondida la obra maestra de Fortunard antes que lo hagan Marechal o De Groot… ¡o la Policía llegará demasiado tarde para atraparles!

Capítulo 21

Un Zig por un Zag

Todos corrieron hacia el caserón. El profesor Carswell y Skinny desaparecieron por el pasillo para telefonear a la Policía. Los demás, con la Condesa, penetraron en el salón, donde los veinte cuadros se hallaban alineados en las paredes.

—Los he colocado por orden de numeración, Jupe —explicó Hal.

—El número uno es el primero de la izquierda, y el veinte, el último de la derecha.

Todos contemplaron los veinte cuadros que representaban la casita. Cada cual tenía un estilo diferente, y en ellos todo era del mismo tamaño, excepto la casita. La Condesa, que jamás los había visto parpadeó asombrada.

—¡Vaya —exclamó—, parece como si la casita se encogiera! ¡Un efecto muy notable! ¡Realmente asombroso!

—Sí —asintió Jupiter—, por lo visto Joshua era un pintor excelente. Lograr este efecto no es fácil.

—Pero ¿qué nos dices de esto, Jupe? —Quiso saber Pete.

—Pues —comenzó a explicar el grueso jefe del trío—. Bob sugirió que tal vez haya algo en esos cuadros que siempre sea igual. Como un árbol, por ejemplo. ¿Nota alguien algo así?

Todos examinaron atentamente las pinturas. Uno a uno, fueron moviendo negativamente la cabeza. Todos, excepto la casita con su porche y su toldo a listas, un toldo muy remendado, tenía siempre el mismo tamaño, aunque nada seguía teniendo la misma forma, color o posición.

Hal tuvo una idea.

—Es como un microscopio o un telescopio, ¿eh? —observó,

mirando fijamente los veinte cuadros de la casa encogida—. Quiero decir, como si alguien estuviese enfocando la casita con un telescopio.

—¿Enfocando? —repitió lentamente Jupiter.

—Ya entiendo —asintió Bob—. Se trata de concentrar la atención en la casita. El pintor quiso decir que la única parte importante de los cuadros es la casita.

De pronto, Jupiter abrió mucho los ojos. Parpadeó varias veces ante la serie de pinturas y rápidamente sacó del bolsillo el papel donde había anotado las últimas palabras del viejo Joshua. Estudió el papel y las pupilas se le iluminaron de excitación.

—«Di a Ma» —leyó—. Esto significa dile a Marechal. Estoy seguro. «Mis cuadros y maestra» significa que la pista del escondite de la obra maestra está en los veinte cuadros. «Zig cuando zag y camino equivocado», quieren decir, creo, que hay que buscar un error… que donde hay un zig debiera de haber un zag.

Jupiter dejó el papel sobre una mesita.

—En conjunto, el mensaje de Joshua significa esto: Decide a Marechal que la clave para hallar la obra maestra está en mis cuadros, en algo que está en zig cuando debiera estar en zag —los contempló a todos en triunfo—. ¡Y esto sólo deja fuera una palabra pronunciada también por Joshua!

Todos le miraban en silencio, aturdidos. Luego, Pete se inclinó sobre el papel y leyó todas las palabras contenidas en el mismo.

—«Mis telas» —leyó—, o sólo «telas». Hal no estaba seguro. ¿Qué significa eso, Jupe?

—¡Mira los veinte cuadros! —ordenó Jupiter.

Los miraron todos.

—¡En la casa! ¡En la casita encogida! —urgidle Jupiter—. La casita es tan pequeña en el último cuadro que casi únicamente podemos ver…

—¡El toldo del porche! —gritó Bob.

—¡Un toldo a rayas! —añadió Hal.

—¡Un toldo de lona! —exclamó Pete.

—Con unos parches, o remiendos —terminó Jupiter—. ¡Y uno de los parches está pintado con las rayas al revés!

—Una raya hace «zig» cuando debería hacer «zag», o sea que sube cuando debería bajar —proclamó Bob, entusiasmado ante el

descubrimiento.

—¡Todo el mundo a la casita! —ordenó Jupiter.

Corrieron apresuradamente a través del parque, en dirección a la casita que en vida había ocupado el viejo Joshua. La Condesa iba detrás de todos. Jupiter, al llegar, estudió un gran remiendo que, aproximadamente, tenía el tamaño de los cuadros en clave… ¡un pedazo de lona que estaba cosido con las rayas al revés!

Pete y Hal fueron a buscar una escalera de mano al garaje. Pete trepó, sacó el cortaplumas del bolsillo, y primorosamente cortó el cosido del remiendo de la lona. El remiendo se soltó por entero. Pete se lo arrojó a Jupiter, el cual lo enrolló distraídamente, mientras seguía mirando hacia arriba.

Debajo del remiendo, donde no hubiera debido de haber nada, o al menos sólo otro pedazo de lona agujereada, había otro parche de lona. Cuidadosamente, con suma gentileza Pete cortó las cuatro puntadas que mantenían el pedazo de lona sujeto al resto del toldo. Cuando se soltó, dejó al descubierto un espacio de lona sin el menor desperfecto.

—O sea, que aquí no hacía ninguna falta este parche —exclamé Pete.

—Bájalo y dale la vuelta —ordené Jupiter.

Pete descendió al suelo y volvió del revés el pedazo de lona. Todos lanzaron diversas exclamaciones de estupor. Los maravillosos colores resplandecían al sol. Todos contemplaron la montaña púrpura, los caballos azules, las palmeras amarillas y las personas rojas. ¡Habían encontrado la obra maestra perdida de Francois Fortunard!

—Llévala adentro —ordenó de nuevo Jupiter.

Pete y Bob llevaron el cuadro al interior de la casita. Todos entraron detrás y la Condesa tomó la tela con reverencia, cuando los dos muchachos la dejaron con mucho cuidado encima de la mesa.

—Debe de valer el rescate de un rey, chicos —exclamó la elegante dama—. ¿Cómo es posible que estuviera en poder de mi pobre hermano?

—Bueno, señora… —empezó a decir Jupe.

En aquel momento, llegaron el profesor y Skinny.

—La Policía viene hacia aquí. Hablé con el jefe Reynolds y…

¡oh, lo habéis encontrado! ¿Dónde estaba?

Rápidamente, los muchachos le contaron cómo Jupiter había hallado la solución al enigma.

—¡Buen trabajo, Jupe! —alabó el profesor—. ¿A quién se le habría ocurrido buscar un valioso cuadro debajo de un remiendo del toldo? Un sitio perfecto como escondite… a salvo de la lluvia, y muy cerca del viejo Joshua… Sin embargo, sugiero que ahora enrolléis la tela y la manejéis con sumo cuidado. Podría dañarse con facilidad.

Bob y Pete enrollaron cuidadosamente la tela y se la entregaron a Jupiter. Skinny parecía mohíno.

—Bien, Condesa —dijo sonriendo el profesor—, a menos que ese cuadro fuese robado, supongo que le pertenece a usted. ¡Una gran fortuna!

—¿Robado? —se indignó la Condesa—. ¿Cree que Joshua lo robó?

—No —intervino Jupiter—, yo no creo que fuese robado, sino…

De repente, una gran sombra pareció llenar el umbral del salón. ¡Una sombra con una pistola!

—¡Pero ahora si robaré yo esta tela! —rió una voz.

Marechal estaba en la puerta del salón con siniestra expresión, apuntando a todos con el arma. La Condesa miró fijamente al caballero del pelo plateado.

—¡Eres un ladrón despreciable! ¡Pero no te saldrás con la tuya!

—Lo intentaré —sonrió Marechal—. No intente detenerme, mi querida Condesa, porque no vacilaré en utilizar la pistola.

El falso caballero miró ávidamente la tela enrollada en la mano de Jupiter.

—Te felicito, chico. Te has adelantado a mí en la solución del acertijo del viejo Joshua. Felizmente, os estaba vigilando estrechamente. Ahora…

El señor Marechal ladeó la cabeza. Todos oyeron las distantes sirenas de los coches de la policía que volaban hacia el cañón. Marechal blandió la pistola.

—¡Basta de charla!, ¡dame la tela, de prisa!

Jupiter vaciló, aferrando fuertemente la tela enrollada.

—¡Te lo advierto por última vez! ¡Voy a disparar! —gruñó el ladrón.

—Dásela, Jupiter —aconsejó el profesor.

—¡De prisa! —urgió Marechal.

Jupiter tragó saliva y tendió la tela enrollada. Marechal la cogió, movió la pistola amenazadoramente y corrió hacia la puerta. Tan pronto como hubo desaparecido, todos se precipitaron a las ventanas.

—¡Detenedle! —chilló la Condesa.

—No —objetó el profesor—, es demasiado peligroso. Que se vaya.

Desesperadamente, todos vieron a Marechal correr por el parque y desaparecer detrás de unas matas, por la carretera. Un momento después, el «Mercedes» amarillo descendía cañón abajo. Las sirenas de la Policía sonaban más cerca.

—¡La Policía le detendrá! —suspiró el profesor Carswell.

—No —objetó Jupiter, meneando la cabeza—. Buscan un coche azul y no el «Mercedes» amarillo.

Como de costumbre, Jupiter tuvo razón. Cuando la Policía llegó un instante después, el «Mercedes» amarillo no se contaba entre los coches.

¡El falso caballero del cabello plateado acababa de huir con una fortuna en sus manos!

Capítulo 22

Jupiter revela la verdad

Todos salieron de la casita para reunirse con el jefe Reynolds y sus hombres. Rápidamente, el profesor explicó todo lo sucedido, y el jefe se mostró muy trastornado.

—Caramba, hemos visto al «Mercedes» hace un momento —suspiró.

—¡Tienen que perseguir a Marechal inmediatamente! —insistió la Condesa.

—¡Es un criminal! ¡Huirá con esa obra maestra!

—Oh, no —sonrió Jupiter—. Por suerte, ustedes usaron las sirenas, señor Reynolds. Y Marechal se asustó tanto al oírlas, que ni siquiera miró qué tela le entregaba.

¡Y Jupiter exhibió una segunda tela enrollada!

—¡Éste es el Fortunard perdido! —rió triunfante el Primer Investigador—. Marechal huye con un parche de lona enrollada. ¡Yo le di el cambiazo en sus propias narices!

Jupiter desenrolló la tela y la obra maestra quedó de nuevo al descubierto.

Por un momento, todos contemplaron a Jupiter estupefactos, mirando al mismo tiempo la magnífica pintura. Después, todos se echaron a reír. El jefe Reynolds palmeó a Jupiter en la espalda.

—Bravo, chico —alabó el jefe—. Marechal debió poner más cuidado al enfrentarse contigo. No sabía los recursos que siempre despliegas, ¿eh? —El jefe se echó a reír de nuevo y le ordenó a uno de sus hombres que radiase una alarma en busca del «Mercedes» amarillo.

—¡Le hemos derrotado, Jupe! —exclamaron Pete y Bob.

—Aún no, amigos —objetó Jupiter—. Hemos impedido que se llevase el Fortunard, pero aún hay que apresarle.

—Ahora lo atraparán con facilidad, Jupiter —le tranquilizó el jefe Reynolds—. De haber tenido consigo el cuadro, todo habría sido más complicado. Ese individuo tal vez nos hubiese amenazado con destruir la tela, o podía haberse dañado accidentalmente. Pero ahora… con sólo un rollo de lona sin valor alguno… ¡no irá muy lejos!

—¡Aún hay que encontrar a De Groot! —Les recordó el profesor —. Probablemente, él y Marechal están asociados en este asunto.

—Naturalmente —afirmó Pete—. ¡será mejor que sigamos vigilando esa obra maestra!

—Bueno —sonrió la Condesa—, muchachos, os habéis portado muy bien. No creo que De Groot pueda ya apoderarse del cuadro. Haré que se os entregue una buena recompensa, chicos.

Bob y Pete enrojecieron de placer al escuchar las amables palabras de la dama. Pero Jupiter parecía reflexionar.

El Primer Investigador contemplaba fijamente la abigarra tela del cuadro.

—Bien, jefe —quiso saber el profesor, de repente.

—¿A quién le pertenece esa pintura? Yo creo que a la Conde a menos que Joshua la robase de alguna parte. Pareció muy afanoso de esconderla.

—Estoy segura de que mi pobre hermano no la robó —arguyó la Condesa—. Joshua era un excéntrico, pero no ladrón.

—No —intervino de pronto Jupiter—. No creo que el cuadro haya sido robado jamás.

—Entonces, lo donaré a un museo —dijo la Condesa—. Las obras de los genios pertenecen al mundo entero.

—Naturalmente, tendremos que realizar una investigación —explicó el jefe—. Nosotros lo guardaremos hasta que haya descubierto toda la verdad. Pero si Jupiter está en cierto y el cuadro no fue robado, se lo entregaremos a usted, señora Condesa. Y ahora…

—¡Cuidado! —gritó la Condesa repentinamente—. ¡Allí en el garaje! ¡Es De Groot!

Todos dieron media vuelta. En el garaje no se veía a nadie.

—¡Le he visto! ¡Es De Groot! —insistió la Condesa—. ¡Estaba en

la esquina del garaje con una pistola! ¡Huyó cuando yo grité!

—¡No irá muy lejos! —prometió Reynolds—. Mis hombres y yo rodearemos el caserón. Profesor, usted y los chachos vayan por la derecha. Si ven a De Groot, traten hacer que venga hacia nosotros. Llévese con usted a Norris… Más tarde me ocuparé de él. Condesa, usted vigile la obra maestra.

Los muchachos siguieron al profesor hacia el garaje. Skinny Norris les siguió a regañadientes, como temeroso de enfrentarse con De Groot. Pero no hallaron ni rastro del holandés. En el otro extremo del garaje se tropezaron con Reynolds y sus hombres.

—¿Le han visto? —preguntó el jefe de Policía.

—No —repuso el profesor—. ¿Cómo puede escapar con usted y todos esos policías por la casa?

—No lo sé —contestó el jefe—. Por esos lugares es muy fácil esconderse. Yo creo que…

—¡Jefe! —exclamó de pronto Jupiter—. ¡Es mejor que volvamos a la casita! ¡Rápido!

—¿Qué ocurre, Jupiter? —se extrañó el jefe Reynolds—. ¿Por qué?

—¡De prisa, señor!

Jupiter abrió la marcha hacia la casita. Fue Bob quien vio a las dos figuras corriendo por el sendero.

—¡Miren, es De Groot! —exclamó.

—¡Y la Condesa! —añadió Hal—. ¡De Groot la persigue!

—¡La Condesa lleva el cuadro! —gritó Pete.



—De Groot nos ha engañado —murmuró el profesor—. Dio la vuelta para poder robar el cuadro, y la Condesa se le adelantó y está corriendo para preservar la pintura. ¡Ahora intenta llegar hasta mi coche antes de que De Groot la alcance!

Los policías sacaron los revólveres. La Condesa se hallaba ya junto al coche del profesor Carswell, con De Groot casi a su alcance. El jefe Reynolds disparó un tiro al aire. De Groot y la Condesa se detuvieron en seco. Los policías, el profesor Carswell y todos los muchachos corrieron hacia allí.

—¡Ahora ya te hemos atrapado, De Groot! —gruñó Bob.

—¡Gracias a Dios! —exclamó la Condesa—. ¡Intentó robar el cuadro, y yo me lo llevé! ¡Arréstele, jefe!

—Sí —asintió Reynolds—. Queda usted detenido en nombre de la ley, De Groot. Y ahora, tiene usted derecho a…

—No —objetó Jupiter—, no a De Groot. ¡Arreste a la Condesa, jefe!

Por un momento, todos se quedaron clavados en el suelo.

—Esta broma no tiene gracia, Jupiter —exclamó la dama.

Jupiter sacudió negativamente la cabeza.

—No es ninguna broma, Condesa. Usted trataba de huir con el cuadro. Sabía que, si realizaban alguna investigación respecto al mismo, jamás conseguiría tenerlo en su poder. En realidad, sabía que iría a parar a la cárcel. Y De Groot trataba de detenerla.

—¡Qué bobada! —exclamó la dama—. Este cuadro es…

—Oh, si, naturalmente —asintió Jupiter—. Porque era de Joshua, y Joshua tenía dos cómplices: Marechal y usted.

—Vaya —intervino De Groot—, ¿también sabes esto? Por lo visto cometí un error. Debí colaborar con vosotros en vez de intentar manteneros fuera de este asunto. No os aprecié en lo que valéis, muchachos.

—Jupiter, ¿qué dices? —gruñó Reynolds—. ¿Quién es ese De Groot?

—Supongo que es un policía holandés —repuso Jupiter—. Lleva ya mucho tiempo persiguiendo a Marechal y a la Condesa, ¿verdad?

—El chico tiene razón, jefe —asintió De Groot—. Soy un detective privado de Amsterdam. Llevo bastante tiempo detrás de Joshua Cameron y sus cómplices. Conocía la existencia de esa obra maestra, y cuando me enteré de que el viejo había muerto en Rocky Beach, corrí hacia aquí para impedir que Marechal o la Condesa se apoderasen del cuadro.

—Los dos eran cómplices de los delitos de Joshua —continuó Jupiter—. El señor Marechal intentó estafar a la Condesa. Cuando nosotros le derrotamos, la Condesa quiso llevarse el cuadro, fingiendo que había visto a De Groot cerca del garaje, con el fin de que corriésemos en su persecución, mientras ella se largaba con la tela. Pensaba huir en el coche del profesor. Pero De Groot si estaba vigilando, en realidad, bien escondido, y salió en su persecución.

—Exacto —afirmó el holandés—. ¡Y ahora, la Condesa tiene que ir a la cárcel!

—Entonces, ¿el Fortunard fue robado? —indagó el jefe de Policía.

—No, no fue robado —negó Jupiter—. El Fortunard no existe, lo destruyeron los nazis durante la guerra, como dijo el señor James.

—Pero…

—¡Jupiter! No entiendo… —exclamó Bob.

Jupiter sonrió tristemente.

—¿Recordáis que una vez el viejo Joshua le contó a Hal que él era el pintor más caro del mundo, pero que nadie lo sabía? ¡Pues bien, lo era!

—Ah —se admiró el holandés—, de modo que también sabes eso, jovencito. Eres un detective muy inteligente.

—¿Sabes qué, Jupe? —gritó Pete.

—Que el viejo Joshua era un gran pintor. Era un genio… ¡de falsificaciones! El valioso Fortunard no es más que una falsificación, y por esto la querían Marechal y la Condesa… para vendérsela como una obra maestra auténtica a algún tonto…

—Pero —intervino Reynolds— De Groot acaba de decir que él sabía que Joshua poseía una obra maestra.

—En efecto, jefe —asintió Jupiter—. Su última obra maestra… ¡Una obra maestra de falsificación!

Capítulo 23

Alfred Hitchcock no ve una pista

—¡Maldición! —gruñó Alfred por teléfono—. ¿He de pasar toda la vida presentando a unos investigadores juveniles a los lectores?

Bob suplicaba por teléfono.

—Lea nuestro reportaje, señor. Es uno de los casos más brillantes de Jupiter. ¡Usted aprenderá mucho!

El gran director se mostró ominosamente mudo.

—¿Sugieres, Bob Andrews —inquirió al fin—, que Jupiter Jones es más inteligente que yo?

—Oh, no, en absoluto —se apresuró Bob a replicar—. Usted sería un detective excelente, pero nosotros… hum…

—¡Rayos y truenos! —Hubo otro largo silencio—. Bien, Bob Andrews, deja el reportaje en mi oficina. Lo leeré y volveré a ponerle un pequeño prólogo…, con una condición.

—¿Cuál, señor?

—Escribiré el prólogo sólo sí hay una sola pista que no vea clara, utilizando las mismas evidencias que ese insufrible Jupiter.

—Creo que no habrá inconveniente, señor.

—¡Entonces, venid mañana a mi despacho!

Al día siguiente, Bob, Pete y Jupiter estaban sentados en el despacho de Alfred Hitchcock. El director levantó la vista del reportaje redactado por Los Tres Investigadores y sonrió.

—De modo, que el traidor del caso era un detective holandés, mientras que el atildado señor Marechal y la elegante Condesa eran los verdaderos delincuentes. Ah, qué sencillo sería mirar a una persona y saber al momento si es buena o mala… ¿Han cogido ya al señor Marechal?

—Sí, señor —explicó Pete—, y él y la Condesa se han acusado mutuamente. Hace años hicieron una fortuna vendiendo los cuadros falsificados por Joshua en Europa. Hace un año, los dos fueron enviados a la cárcel. El viejo Joshua logró huir y vino a América con su última obra maestra. Luego…

—¡Basta! —gritó el director de cine—. Ahora, haré yo mis deducciones. Una vez en la cárcel, no pudieron hacer nada al recibir la carta del profesor Carswell explicando que el viejo Joshua había muerto. Marechal salió de la prisión una semana antes que la Condesa y rápidamente vino a Rocky Beach. Intentaba estafar a la Condesa, apoderándose antes de la obra maestra falsificada. Pero no consiguió localizarla, se lastimó la pierna en el barranco y regresó a Europa para recuperarse de la lesión y reunirse con la Condesa.

—De Groot se enteró de que Joshua había fallecido y siguió hasta aquí a su pareja de cómplices. Tan pronto como comprendió que Marechal estaba interesado en Skinny Norris, presumió que el canalla trataría de vender la obra maestra falsificada a los Norris, que coleccionan obras de arte, aunque son muy ignorantes. Por tanto, derivó el teléfono de esa gente, esperando poder seguir los progresos hechos por Marechal e intervenir en el momento en que intentase vender el cuadro.

Jupiter asintió.

El famoso director de cine sonrió confiadamente, no perdiendo de vista al muchacho.

—El viejo Joshua había escondido su obra maestra, para que Hal y su padre no la vieran. Después, ideó el medio de que sus cómplices dieran con el lugar del escondrijo por si a él le ocurría algo. Supongo que no se atrevió a escribirles. Por tanto, pintó veinte cuadros de una casa que cada vez era más pequeña. Después, irónicamente, traicionó su propio secreto, delirando poco antes de morir. Tan pronto como Marechal se enteró de la existencia de los cuadros, comprendió que le conducirían a la obra maestra falsificada. Las últimas palabras del viejo Joshua confirmaron que los cuadros eran la clave…, aunque Marechal no llegó a interpretar bien todo el mensaje. Cuando Skinny apareció con un cuadro, Marechal se puso en contacto con él. Skinny, que había sido despedido, accedió a pasarle los cuadros a través del ventanal del estudio de Maxwell James, para que Marechal pudiese examinarlos.

—Marechal pensaba que la copia de la obra maestra estaba escondida debajo de uno de los cuadros del viejo Joshua —explicó Jupiter.

—Conclusión natural aunque errónea —observó Hitchcock—. Pero Marechal continuó registrando la casita, y la cabaña de adobe, en la que os dejó encerrados. Luego, vosotros sorprendisteis a Skinny en el estudio y Marechal tuvo que salvarle para salvarse a su vez. Por suerte, cuando estabais en el garaje, también encerrados, tú, Jupiter, sospechaste a tiempo que Marechal era el ladrón y, al pisar la llave, impedisteis que os atrapara a todos… ¡o algo peor! De Groot, naturalmente, os encerró en el garaje para teneros a salvo de Marechal. Incidentalmente, supongo que la cojera de De Groot, que a vosotros os engañó, tomándole por el criminal, es una lesión antigua.

—Si, señor, cojea desde hace años —asintió Bob.

Alfred Hitchcock inclinó la cabeza.

—El hallazgo de la obra maestra fue un razonamiento excelente, que ya habéis explicado en el reportaje. Después, tú, Jupiter, dedujiste que el viejo Joshua y Marechal eran falsificadores de cuadros. Pero ignorabas aún que la Condesa también estaba entrometida en el fraude. Sólo sospechaste de la Condesa cuando afirmó haber visto a De Groot cerca del garaje. Por lo que sabías, la Condesa no había visto nunca al holandés en Rocky Beach. Por tanto, tenía que conocerle de tiempos pasados. Como De Groot perseguía a Marechal desde el principio del caso, y como sólo había intentado manteneros alejados de Marechal, era probable que fuese un policía. Cuando por fin persiguió a la Condesa, tú viste claro que la mujer era también cómplice del viejo Joshua y que trataba de apoderarse del Fortunard para venderlo como auténtico.

Jupiter suspiré.

—Sí, así razoné exactamente.

—Pero —intervino Pete—, ¿cómo adivinó Jupe que el viejo Joshua era un falsificador, señor Hitchcock?

—Oh, muy fácilmente, Pete. Como es natural, había la pista del propio Joshua referente a ser el pintor más caro del mundo, aunque nadie lo supiese. Además, el señor James os explicó que el viejo Joshua era un pintor excelente si bien había imitado veinte estilos diferentes. ¿Quién puede pintar, con tantos estilos, y continuar

desconocido? ¡Sólo un genio de la falsificación!

—Eso me imaginé exactamente, señor —asintió Jupiter.

—Lo cual pone fin al caso —concluyó el famoso director de cine —, y puesto que lo he comprendido todo, quedo relevado de la obligación de tener que escribir el prólogo.

—Así es, señor —concedió Bob con tristeza.

—Excelente —declaró Hitchcock—. ¿Puedo preguntar cuál ha sido el destino final de los principales protagonistas del caso?

—Bueno —respondió Jupiter—. Marechal ha sido acusado de haber secuestrado a Skinny Norris, y por ello irá a la cárcel. La Condesa no está acusada de tal cosa, naturalmente, pero la policía la tiene custodiada hasta que los oficiales europeos decidan qué hacer con ella…, seguramente, encarcelaría por delitos pasados. De Groot ha regresado a Ámsterdam. Su cliente era una antigua víctima de los falsificadores, que deseaba llevarlos a la cárcel por una larga temporada.

Dicho cliente no quedó contento cuando Marechal y la Condesa obtuvieron la condena de un año de cárcel y el viejo Joshua logró escapar. Ahora será mucho más feliz.

El director de cine asintió.

—¿Y qué harán con esa obra maestra falsificada?

—Técnicamente, pertenece a la Condesa —replicó Jupiter—. Pero ahora no le sirve de nada. Y como no puede venderla, no la quiere. Se la entregó al profesor Carswell en pago de las deudas de Joshua. En realidad, el profesor sacará del cuadro bastante más dinero. Un coleccionista de falsificaciones ya le ha ofrecido buena cantidad, y con este dinero, el profesor y Hal restaurarán la vieja cabaña de adobe.

—Ya hay gente ansiosa de adquirir los veinte cuadros del viejo Joshua —añadió Bob—. El señor James ha vuelto a quedarse con ellos, por el momento.

—¿Y Skinny Norris?

—Como de costumbre, Skinny es un estúpido —declaró Jupiter —. La Policía no le ha acusado de nada, pero sus padres lo han enviado a una escuela de verano.

—Bien, y ahora chicos, tengo mucho trabajo y…

Alfred Hitchcock se puso de pie.

—Eh… señor Hitchcock —exclamó de repente Pete—. Creo que

se ha olvidado usted de aclarar una deducción. Si, ¿cómo supo Jupe, cuando De Groot nos encerró en el garaje, y le creíamos culpable, que el verdadero criminal era el señor Marechal?

—¿Cómo? Pues…

—Skinny estaba todavía demasiado asustado para confesar —le recordó oportunamente Bob—. ¡De no haberlo adivinado Jupe, nunca hubiera hablado!

El señor Hitchcock estudió el reportaje de los muchachos repasando las páginas.

—¡Ajá! —exclamó—. Jupiter supo que Marechal era el culpable al comprender que «diama» significaba «di a Ma…».

—No —rió Jupiter—. Esto fue más tarde. Cuando estábamos en el garaje, Skinny murmuró algo que me permitió ver claro en la identidad de Marechal.

—Skinny murmuró… murmuró… —el director estudió el reportaje y después levantó la vista, aturdido—. Bien, maldición, ¿qué dijo Skinny para que tú comprendieras que De Groot era inocente y Marechal culpable?

Jupiter sonrió.

—Skinny dijo que su secuestrador se echó a reír, observando que todo el mundo se caía a aquel barranco, al menos una vez, antes de saber que el barranco estaba allí.

—Sí, si…, ¿y qué más? —Se impacientó Hitchcock.

—Que De Groot se cayó al barranco aquella noche de la cabaña de adobe —explicó Jupiter simplemente.

—Naturalmente —gruñó el famoso director de cine—. De Groot no se habría caído al barranco de haber sabido que estaba allí. Lo cual significaba que De Groot no podía haberos encerrado antes en la cabaña, ni podía ser el misterioso intruso del primer día en la casita, a pesar de ser cojera. Una vez comprendiste esto, el intruso tenía que se por fuerza el señor Marechal. ¡Estaba muy claro, rayos truenos, pero yo no lo he sabido ver!

—De todos modos, siempre me pareció que algo estaba equivocado aquella noche en la cabaña de adobe —añadió Jupiter.

El famoso director volvió a soltar un gruñido.

—¡Es monstruoso! Pero he fracasado. He fallado una pista y ahora tengo que escribir un prólogo para este caso.

—Gracias, señor —exclamó Bob.

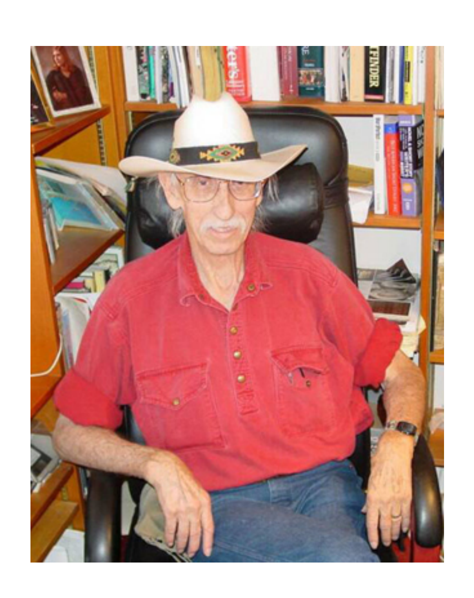
—Oh, se lo agradecemos mucho —agregó Pete.

—Y, como consuelo, señor Hitchcock —terminó Jupiter—, le hemos pedido al señor James —prosiguió sonriendo y mostrando un cuadro que al entrar había dejado envuelto en el suelo—, que nos permitiese ofrecerle a usted un cuadro de la casa encogida.

—A veces —replicó Alfred Hitchcock, aceptando el cuadro—, vosotros, jovencitos, sois tan malvados como vuestros criminales. ¡Vamos, largo de aquí!

Los muchachos se apresuraron a abandonar el despacho. A sus espaldas, Alfred Hitchcock quedóse contemplando el cuadro del difunto Joshua, el maestro de falsificadores, y se echó a reír a carcajadas.

Fin



WILLIAM ARDEN, es uno de los seudónimos de Dennis Lynds (St. Louis, 1924 - San Francisco, 2005), escritor estadounidense. Creció en Nueva York, donde estudió en el Instituto de Brooklyn. Más tarde estudió Química en Hempstead y se licenció en Periodismo en la Universidad de Siracusa. Recibió varias condecoraciones por su papel durante la Segunda Guerra Mundial. Con la salud del creador de la serie, Robert Arthur, en declive, Dennis Lynds fue el primero de varios autores contratados para escribir para la serie de Los tres investigadores. Usando el seudónimo de William Arden, escribió trece de los títulos originales. Lynds también escribió bajo los seudónimos **Nick Carter**, **Michael Collins**, **John Crowe**, **Carl Dekker**, **Maxwell Grant** y **Mark Sadler**.